GIOVANNI GUARESCHI

UN MARIDO EN EL COLEGIO

Versión castellana de

LINO MESTRONI

(3ª EDICION)



COLECCIÓN
VÉRTICE

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

Titulo original de la obra:
IL MARITO IN COLLEGIO
Editores: RIZZOLI y CIA.
MILÁN

Primera Edición - septiembre 1952

IMPRESO EN LA ARGENTINA

P R O L O G O

Hubo quien oportunamente hiciera notar al señor Safo Madellis que las posibilidades eran dos: o había equivocado el nombre o había equivocado el sexo. No se sabe qué contestó nuestro personaje; y es, además, cierto que el tenor Safo Madellis logró encontrar a una Leonilda Foulard, con quien casó, restableciendo en cierto modo el equilibrio.

Un tiempo después Safo y Leonilda hicieron llegar al mundo dos graciosas hijas y basados en su triste experiencia evitaron (cuidadosamente llamarlas Jeremías, o Isaías o Eneas; y eligieron dos nombres inequívocamente femeninos, como Elisa y Flaminia. Con el correr de los anos, Elisa y Flaminia Madellis se transformaron en dos adorables señoritas y hubo necesidad de pensar en casarlas.

Conviene recordar que los ascendientes de los Madellis y de los Foulard habían participado en las más importantes Cruzadas, trasmitiendo a sus descendientes palacetes, un castillo y la nobleza que al correr de los siglos —a pesar de haber desaparecido los palacetes y el castillo— se mantenía intacta e incorruptible. Era lógico por lo tanto, que debiendo casar la primogénita Elisa, Safo y Leonilda le buscaran esposo entre los descendientes de familia nobilísima y fue el elegido, Gastón Food cuyos antepasados habían participado en todas las Cruzadas indistintamente. Pero inmediatamente advirtieron que sumados los tienes de los Madellis, de los Foulard y de los Food, tenían solamente de que vivir, hasta que el crédito de los proveedores lo permitiese. La segunda hija, Flaminia, fue sacrificada y entregada en casamiento a un Wonder, cuyos antecedentes para las Cruzadas, ocupados como estaban en vender salchichas no habían visto ni siquiera partir a los nobles caballeros chas y coles, y que a pesar de ello, habían trasmitido a sus descendientes una modesta fortuna, la cual poco a poco fue aumentando hasta llegar a una verdadera riqueza.

Tomás Wonder cuando casó con Flaminia Madellis, a pesar de haber comprometido en raras especulaciones su patrimonio, era todavía suficientemente rico y los Madellis y los Food le hicieron el honor de compartir su casa, viviendo a sus expensas unos veinte años.

Durante este lapso el hogar Wonder se alegró con los nacimientos de Robinia Food, de Edo Food y luego de Carlota Wonder. Después, en forma imprevista, el señor Tomás Wonder abandonó este mundo y las cosas se presentaron en forma tal que nuestros personajes, al cabo de seis meses, poseían exactamente: Safo Madellis, setenta años; Leonilda Madellis, setenta años; Gastón Food, cuarenta y siete años; su esposa Elisa, cuarenta y ocho años; Robinia, su hija, dieciocho años; Edo, su hijo, dieciséis años; Flaminia Madellis, viuda de Wonder, cuarenta años y Carlota, su hija, catorce años. Aparte de sus años, poseían solamente algunos trajes y elementos indispensables de ropa blanca. Y nada más.

Intervino en esa oportunidad el hermano del difunto Tomás, Casimiro Wonder, quien pasaba gran parte de su vida recorriendo el mundo y regresaba de tanto en tanto a su patria para cuidar su gran patrimonio, todavía intacto. Vivía solo y no tenía más parientes fuera de los que le había procurado su hermano Tomás. El señor Casimiro Wonder conocedor de esas dificultades familiares, se presentó a los Foulard, Madellis, Wonder y Food y dijo:

—No se preocupen: de la joven y de su madre, me encargo yo.

El señor Safo Madellis contestó en forma airada:

—Nuestra familia es una e indisoluble y todos sus componentes vivirán juntos o juntos morirán.

—¡Entonces váyanse todos juntos al diablo! —concluyó Casimiro bruscamente. Recapacitó luego y concedió a los Madellis-Foulard, un palacio y una asignación mensual.

—El dinero lo regalo —agregó—, pero el palacio y todas las cosas que contiene continúan siendo de mi propiedad y el día que me harten de fastidio, los arrojo a puntapiés y asunto terminado.

—Nuestros antepasados han combatido en todas las Cruzadas —dijo con indignación Safo Madellis. Casimiro se encogió de hombros y contestó:

—Me parece bien que cuando yo los ponga en la calle, se dirijan a ellos.

Los Madellis-Food-Foulard-Wonder se establecieron en el palacio de Casimiro y como la asignación era generosa reiniciaron su vida con el antiguo esplendor y sus salones fueron el punto de reunión de las más nobles familias de la comarco.

Sin embargo, ningún hombre del mundo fue más despreciado que el señor Casimiro Wonder. Solamente Carlota nunca hablaba de su tío; los demás se referían a él todos los días y lo nombraban con desdén "el susodicho señor Wonder".

Casimiro aparecía de vez en cuando; entraba en la casa sin descubrirse, trataba mal a la servidumbre si advertía alguna deficiencia, daba órdenes al mayordomo o al administrador de efectuar las reparaciones necesarias, y de toda la familia sólo tomaba en consideración a Carlota.

En el momento de iniciarse nuestra historia, Carlota acataba de cumplir veintidós años, lo cual significaba que la familia Madellis, etcétera, nacía ocho anos vivía a expensas del señor Casimiro Wonder, exceptuando el señor Safo Madellis, quien cumplidos los setenta y siete años había abandonado los quehaceres terrenos para ir a juntarse con los cruzados, sus mayores. Sus últimas palabras fueron éstas:

—Lo lamento por el susodicho señor Wonder...

—No se aflija, abuelo —le contestó el señor Gastón Food—, yo lo vengaré. Comeré por los dos.

CAPÍTULO PRIMERO
SE ENTRA A CONOCER AL SUSODICHO SEÑOR WONDER.- UN TÍO QUE NO PIERDE TIEMPO — UNA SOBRINA EN SERIA INCERTIDUMBRE. — URGE MARIDO.

La señora Leonilda Foulard viuda de Madellis, acababa de dar la orden de servir el café, cuando entró José María, el viejo mayordomo con aspecto convulso.

—¡Está aquí!...

La señora Leo, sus hijas Elisa y Flaminia y la sobrina Robinia, palidecieron. El señor Gastón Food contrajo amenazadoramente las cejas. El joven Edo Food, se encogió suavemente de hombros y Carlota dijo alegremente: "¡Oh!", exclamación que fue acogida con indignación por todos.

El señor Casimiro Wonder regresaba de improviso después de unía ausencia de casi dos años. Sin el menor cumplimiento entró en el comedor como solía hacerlo, con el sombrero puesto y un cigarro entre los dientes. Recorrió con la vista a la familia sentada a la mesa y dijo:

—¿Qué demonios le ha sucedido al viejo para obligarlo a renunciar a la comida?

—El señor Safo Madellis ha muerto —respondió desdeñosamente la señora Leo.

—Pudo haber avisado —objetó Casimiro—, he dicho cien veces que en mi casa nada puede hacerse sin mi permiso.

—¡Señor —exclamó con noble orgullo la vieja dama—, no hace falta ningún permiso: desde hace siglos los Madellis saben morir por su propia cuenta!

—Lo malo es que no saben vivir por su propia cuenta —agregó Casimiro alzando los hombros. Luego, dirigiéndose a Carlota en tono severo le preguntó:

—Y bien, ¿Se puede conocer a tu despreciable marido?

Todos miraron con estupor a Carlota, quien agachó la cabeza, turbada. Intervino Gastón Food haciendo notar que no entendía de qué se trataba.

—Poco hay que comprender —vociferó Casimiro—. La última vez que los visité, dije a Carlota que a mi regreso debía conocer al hombre elegido para marido, de tal modo que si el candidato era de mi agrado, el casamiento podía efectuarse antes de mi nueva partida. Y por lo que compruebo, la señorita Carlota se burló de mis órdenes.

La señora Flaminia, resentida, dijo que no tenía ninguna intención de casar a su hija y Casimiro la interrumpió:

—Lo quiero yo y como no tengo parientes y a mi muerte debo dejar mis bienes a mi sobrina, deseo conocer qué clase de hombre será su esposo. No permitiré nunca que se case con un bribón u holgazán que le malgaste su dinero.

—O se casa con un hombre a mi gusto o dejo todos mis bienes a una institución de beneficencia.

—Tío —intervino Carlota—, no veo el motivo de tanta prisa. Usted es joven y fuerte todavía y no creo que tenga intención de morir ya.

Casimiro contestó que él conocía bien sus intenciones y que el asunto era otro: no se cumplían sus órdenes, y concluyó en forma perentoria:

—¡Si pasado mañana por la noche no te has casado con el hombre que me gusta, no sólo dejo mis bienes para la beneficencia, sino que, además, los arrojo a todos fuera de mi casa y les corto los víveres!

Carlota conocía perfectamente a su tío y le constaba que no bromeaba nunca, por lo que se puso a gemir desesperada:

—¿Cómo se hace, tío Casimiro, para encontrar marido en dos días?

—Estos son asuntos de mujeres —contestó Casimiro—. Arréglate: tuviste el tiempo necesario.

La situación era seria y la vieja señora Leo miró a Flaminia, quien movió la cabeza afirmativamente, mientras miraba a su hermana Elisa. Ésta, dio a entender que había comprendido y miró a su marido. Gastón a su vez miró a su hija Robinia quien susurró algunas palabras al oído de su hermano Edo.

Edo se levantó pálido por la emoción y en el silencio profundo dijo:

—Señor Wonder, solicito la mano de su sobrina.

—Crecieron juntos y siempre se han querido —explicó la señora Elisa. -

Casimiro miró a Edo, luego tomó por las espaldas a Carlota:

—¿Es cierto que tú quieres a semejante imbécil? —preguntó indignado.

Carlota expresó que no con un movimiento de cabeza, y Casimiro se tranquilizó.

—Menos mal. Y ahora basta de bromas. Pasado mañana por la noche o te has casado o los expulso a todos. Estaré mañana en mi casa, y cuando tengas alguna novedad lleva al candidato para verlo. Recuerda que no quiero hombrea rubios y mucho menos pelirrojos. Preferiría fuesen calvos.

Luego Casimiro recomendó airado al mayordomo que no durmiese para poder cuidar los muebles, al mismo tiempo que sacando violentamente la silla donde estaba sentado Gastón, ordenó:

—Llévala a reparar, ¿No has visto que una de sus patas está por desprenderse?

Inmediatamente salió mientras todos lo miraban, aplastados en dos sillas, con excepción de Gastón que permanecía de pie, maltratado, escarnecido, pero lleno de orgullo.

A la hora del café se realizó en la casa Madellis el más dramático congreso. Clausuradas las puertas, tomó la palabra doña Leo, quien alzando los brazos al cielo exclamó:

—Este hombre está loco.

—Loco y criminal —especificó Robinia, que habiendo llegado a los veintiséis sin haber encontrado jamás criatura humana que solicitara su mano, no toleraba que una niña de veintidós fuera obligada a casarse en dos días.

—No podemos tomar en serio las fantasías de un desequilibrado —afirmó por su parte doña Elisa, herida profundamente porque se había osado definir a su hijo como imbécil.

—No —vociferó con orgullo Gastón.

—Si pasado mañana por la noche Carlota no ha contraído matrimonio, nosotros terminaremos en la calle —concluyó Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico.

Todos callaron, mirando furtivamente a Carlota, quien al fin se levantó:

—Me marcho —afirmó,

—¡Dónde!

—A buscar un marido. No permitiré jamás que por culpa mía una familia entera se precipite en la ruina. Por lo demás, un marido es una molestia crónica, pero nunca una enfermedad mortal.

—¡Un marido! —preguntó angustiosamente la señora Flaminia—. ¡Cómo podrás encontrarlo así en pocas horas, si no tienes ni has tenido nunca un novio.

Carlota alzó los hombros.

—¡Ah! —recomendó fastidiada doña Flaminia—. ¿Quieres decir, entonces, que tú, sin conocimiento de tu abuela y sin el permiso de la familia, galanteas a escondidas con uno, con dos o quizá con tres jovenzuelos, como es costumbre de las infelices niñas modernas? Carlota, en nombre de Dios, contesta.

—No —dijo Carlota—. No tengo ningún novio secreto. Conozco algunos jóvenes a los cuales soy simpática. Eso es todo.

—Qué lástima —suspiró la buena madre—. Si tuvieses algún novio, el asunto sería más sencillo.

—Me voy —repitió Carlota con aire decidido.

Las mujeres se pusieron a sollozar, expresando que Carlota no debía sacrificarse de ese modo y que no le permitirían cometer semejante locura. Mientras tanto la acompañaron hasta la puerta.

—Alma generosa —suspiró admirado Gastón, mientras Edo dirigía al cielo apasionadas palabras:

—Te doy las gracias, buen Dios, de haberme salvado de Carlota. Buen Dios, antes de soportar una esposa como Carlota, condéname a las más terribles penas, hasta la de trabajar...

Fuera de su casa, Carlota dirigió sus pasos hacia el Parque Viejo. Se trataba de un lugar casi siempre solitario y por lo tanto poco adecuado para encontrar maridos, pero en cambio muy aconsejable para quien quería pensar tranquilamente sus asuntos, y nuestra estimada joven tenía urgente necesidad de ordenar sus propias ideas y llegar a una conclusión.

Nos limitaremos a repetir aquí las conclusiones a que llegó, luego de madurísima reflexión: "Los hombres que después de intentar en vano transformarse en novios míos, me han manifestado el deseo de ser mis maridos, son cinco: el conde Donalot, el doctor Grimal, el señor De Parpay, Flamel y Luisito. De los tinco, los tres primeros me son perfectamente indiferentes mientras que Flamel y Luisito me gustan mucho. Especialmente de Luisito pienso que podría- enamorarme fácilmente. Y especialmente también de Flamel. Sí, especialmente del primero y del segundo. En resumen, especialmente de los dos. Por lo tanto, imposible pensar en casamiento con estos dos, porque si me caso con el primero, me pesará mucho no haberlo hecho con el segundo y viceversa. Hacerlo con los dos no se puede; pero en cambio puedo casarme con uno de los otros tres y ser novia luego, a escondidas, un día de Luisito y otro de Flamel.

Este razonamiento no era muy recomendable, desde el punto de vista de la moral, pero tenía su lógica. Carlota, convencida con este argumento, abandonó el Parque Viejo y en un taxímetro se hizo conducir a la casa de su tío Casimiro a quien encontró en su escritorio ocupado en hojear planillas llenas de números y le dijo con dulzura:

—Tío Casimiro, tú tienes razón y yo haré todo lo posible para casarme antes de pasado mañana, pero es necesario que trates de ayudarme.

—No soy una agencia matrimonial —le contestó bruscamente el tío. Y Carlota agregó:

—Estamos de acuerdo: no pretendo que me encuentres el marido. Me lo encontraré yo misma sin mucha dificultad: tengo efectivamente tres caballeros que en repetidas oportunidades me han propuesto casamiento. Queda solamente por decidir cuál te gasta.

—Te lo repito —dijo tío Casimiro—, tráelos y se decidirá.

Carlota explicó que no se podía proponer perentoriamente a un caballero: "Ven conmigo porque tío Casimiro debe examinarte; si le caes en gracia, me casaré contigo". Es indispensable proceder con más elegancia, encontrar un buen pretexto para poner a los tres en contacto con tío Casimiro, quien entonces podría estudiar a sus pollos y efectuar la elección.

—Se podría realizar en casa una fiestecita íntima para festejar tu regreso —concluyó Carlota—. Invitaríamos a los tres caballeros, te los presentaría y podrías así observarlos a tu gusto. Naturalmente será necesario que por dos o tres horas realices un esfuerzo y te muestres amable.

Tío Casimiro barboteó de mal humor que él sabía comportarse en el mundo y no necesitaba recomendaciones especiales. De todos modos, aceptó.

—Mañana por la noche a las veintiuna estaré en tu casa y veré de qué se trata. Ten en cuenta que mañana debe estar todo decidido, pues aun apurando los trámites al máximo, se necesita un día para el matrimonio.

—Depende de ti, tío Casimiro: elige al que mejor te plazca, yo me limitaré a obedecerte.

—De acuerdo —aprobó el tío Casimiro—. Inmediatamente Carlota corrió a su casa para informar del proyecto a la familia, para cursar las invitaciones y para organizar la reunión fatal.

CAPÍTULO SEGUNDO
PRIMERA PARTE
PREOCUPACIONES DE LA VÍSPERA. — LA FIESTA. — UN EXAMEN EXTRAÑO. — TÍO CASIMIRO OTORGA UNA PRÓRROGA.

DESDE la mañana siguiente, los principales exponentes de la familia Madellis comenzaron a sufrir las penas del infierno.

—¡Sólo Dios sabe el ridículo que pasaremos con aquel salvaje! —Se lamentaba doña Leo, oliendo de cuando en cuando su frasco de sales.

—No me causaría extrañeza qué llegase vestido de gancho —gemía Elisa.

—¡Escupirá hacia el cielo raso! ¡Blasfemará en siete idiomas! ¡Dará manotazos sobre los hombros a las señoras! —sollozaban los demás.

Pero el tío Casimiro no llegó vestido de gaucho, sino con elegante y bien cortado atuendo, ni escupió hacia el cielo raso, ni dio manotazos sobre los hombros de las señoras. Hasta parecía educado.

Los invitados eran varios y entre ellos, naturalmente, se encontraban los tres candidatos. Carlota los trabajó con extremo cuidado. Encontró el modo de apartarse en un tranquilo rincón, primero con uno, luego con el otro y por fin con el tercero: supo mantenerse lánguida con los tres y a los tres les hizo saber que el tío Casimiro tenía sobre ella poderes extraordinarios.

—Es él quien dirige mi vida, y no podré casarme jamás con un hombre que no le caiga en gracia. Parece una burla y, sin embargo, para casarse con Carlota, no hay que cortejar a Carlota sino al tío Casimiro.

Con esta explicación, primero uno, luego el otro y por fin el tercero, estrecharon la manecita que Carlota distraídamente había olvidado entre las de ellos y partieron al abordaje del tío Casimiro.

Tío Casimiro, después de las presentaciones y algunas otras amables palabras, se había instalado decorosamente en el saloncito japonés, para fumar su cigarro y fue allí donde lo encontró el conde Donalot, primero de los tres pretendientes a la lánguida manecita de Carlota.

—Señor —preguntó elegantemente al tío Casimiro—, ¿quiere que nos ayudemos a matar el aburrimiento jugando a la baraja?

Tío Casimiro aceptó con buena voluntad y jugó y charló con el conde Donalot. Luego éste fue llamado a otra parte con un significativo gesto de Carlota y lo sucedió en ese lugar el doctor Grimal, quien fue a su vez sucedido por el señor De Parpay. En resumen, Carlota dirigió hábilmente las operaciones a fin de que sus tres adoradores pudieran, uno después de otro, conquistar al autoritario tío. Más tarde, cuando el tío Casimiro quedó solo, se pudo saber cuál de los tres candidatos le había caído más en gracia, pues llamó a Carlota y le dijo bruscamente:

—Y bien, ¿es o no posible ver a los tres famosos ejemplares?

—Tío Casimiro —replicó sonriendo Carlota—, los has visto ya, porque son precisamente los tres caballeros con los cuales te has entretenido tan largo rato. No te queda sino elegir cuál de los tres prefieres

—¡Ninguno! —afirmó perentoriamente el tío Casimiro— ¡Muéstrame otros o no se hará nada!

Carlota habló con dulzura; trató de explicar que su surtido de adoradores se había terminado por el momento y que no veía el medio de poder renovarlo allí sentada..

—Concédeme una prórroga —concluyó—. Por el momento no puedo presentarte otros candidatos.

Tío Casimiro extrajo su reloj.

—Falta poco para la medianoche —dijo— y me doy cuenta de la dificultad con que podrías tropezar en la búsqueda de los nuevos mamelucos. Te concedo, pues, un día de prórroga. Antes de la hora doce de mañana debes encontrar el marido que me gusta, o todo se irá al demonio.

—¡Tío Casimiro! —imploró Carlota—, ten presente que el ambiente en que me desenvuelvo es el así llamado "elegante": los hombres que pertenecen a él no se levantan de la cama hasta el mediodía. ¿No querrás obligarme a sacarlos de la cama en camisón?

—Otorgo otras cinco horas de prórroga —gruñó el tío Casimiro—. Se lleva el plazo hasta las diecisiete del día de mañana. Buenas noches para ti y al infierno todos los demás mamelucos aquí presentes.

—¿Y dónde puedo llevarte los candidatos? —preguntó Carlota afligida.

—No por cierto aquí, sino a mi casa.

Tío Casimiro se retiró y poco después hicieron lo mismo los invitados y sólo entonces Carlota pudo poner al corriente de los acontecimientos a su familia.

—¿Y ahora qué hacemos? —expresó el señor Gastón—. ¿Dónde encontrar otros candidatos?

—No les he pedido ayuda para encontrar los primeros y no la pediré para encontrar los restantes —-aseguró Carlota.

La serena calma de la joven confortó a todos. Muy pronto Carlota se encontró entre las sábanas- y se durmió después de esta histórica decisión: "Mañana lanzaré al asalto del tío Casimiro a Flamel y a Luisito. Si le gustara Luisito, me casaría con Luisito y me comprometería con Flamel. Si eligiera a Flamel, me casaría con Flamel y me comprometería con Luisito. Sí le gustaran los dos... "

Carlota rió para sí: "Si le gustaran los dos, me casaría con los dos".

"¿Y si no fuesen de su agrado ninguno de los dos?" -preguntóle una voz interna.

"Mandaré al diablo a los tres: a tío Casimiro, a Flamel y a Luisito".

CAPÍTULO SEGUNDO
SEGUNDA PARTE
UN PRETENDIENTE REPROBADO. — TAMBIÉN CON LUISITO LAS COSAS VAN MAL. — UN RAMILLETE. — SE TRABA CONOCIMIENTO CON CAMILO DEBRAI

Cara para Luisito y cruz para Flamel —decidió Carlota tirando al aire una moneda.

La moneda cayó sobre la alfombra y marcó cruz: entonces Carlota saltó de la cama, se vistió con singular cuidado y como hacía rato que había pasado el mediodía, almorzó con gran apetito.

—La tomas muy cómodamente —observó Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico—. ¿Te quedará luego tiempo para realizar la reunión general de tus adoradores? ¿No era preferible que publicaras un manifiesto convocándolos, por ejemplo, en grupos por edades?

—Te prohíbo bromear en asunto tan serio —intervino doña Leo—. Tú no serías capaz de hacer otro tanto por el bien de tu familia.

—De veras que no —reconoció honestamente Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico—. Yo no sería nunca capaz de encontrar marido en tres horas.

Carlota se levantó de la mesa.

—Antes de las catorce sería inútil ponerse en movimiento —explicó—. Solamente después de esa hora sé donde encontraré a mis pollos.

Efectivamente, nuestra adorable protagonista, tenía razón: después de las catorce (entiéndase hasta las dos de la, mañana siguiente) Luisito y Flamel eran respectivamente visibles en el Círculo de Cazadores y en el Círculo de la Osa Pálida, donde tenían siempre mucho que hacer alrededor de la mesa del bacarat o del pócker.

Carlota se hizo conducir en un coche hasta el solitario café del Parque Viejo, un silencioso café ahogado entre la fronda y telefoneó al Círculo de la Rosa Pálida preguntando por Flamel. El caballero llegó inmediatamente al aparato pero no tuvo tiempo de pronunciar muchas palabras. Carlota le descerrajó:

--Flam, soy Carlota: te espero en el café del Parque Viejo antes de diez minutos. Negocio urgentísimo, importantísimo. —Luego colgó el receptor.

Mientras esperaba, telefoneó al Círculo de Cazadores preguntando por Luisito. Le interesaba conocer la exacta ubicación del otro candidato de modo de poder lanzarlo inmediatamente al asalto del tío Casimiro si el primer candidato resultase reprobado.

Le comunicaron que Luisito acababa de salir, pero Carlota no se preocupó mayormente:

—No puede haber ido muy lejos, con su habitual indolencia. Regresará pronto.—Al rato llegó Flamel.

—Flam—exclamó Carlota poniéndole las manos sobre los hombros y mirándole los ojos—, Flam, ¿es cierto que me quieres?

—¡Estoy dispuesto a realizar cualquier locura para demostrártelo! —gimió Flam.

—Entonces, ésta es la «oportunidad. Vete a ver a mi tío Casimiro y pídele mi mano

—¿A tu tío Casimiro?

—Sí, a él, que exige que me case antes de mañana o me quita la herencia; a ti te lo puedo confesar y no tengo más que a ti en el mundo, Flam.

Flamel no pidió más explicaciones.

—Vuelo a ver a tu tío, Carlota. ¡Oh inmensa felicidad!

¡Oh inconmensurable alegría! ,

—Ten cuidado, Flam, no construyas muchos castillos en el aire —le advirtió Carlota—. El matrimonio se efectuará solamente si tú resaltas del agrado del tío. Es tan extravagante...

—He domado hasta ahora osos más osos que el oso de tu tío —afirmó alegremente Flamel.

El tío Casimiro estaba en su escritorio y permaneció sentado cuando entraron Carlota y Flamel. Ni siquiera se levantó cuando Carlota le presentó el caballero.

—El señor Flamel desea hablarte, tío Casimiro —susurró Carlota y se dirigió inmediatamente al vestíbulo para esperar el resultado del examen.

—Tengo el honor de solicitarle la mano de su sobrina; Carlota —dijo Flamel, apenas se encontró solo con el señor Wonder.

—Es usted un sujeto extraño —gruñó el tío Casimiro—. No termina usted de conocerme y ya me pide algo. Y, ¿por qué quiere casarse con Carlota?

—¿Por qué?... porque la amo —balbució vacilante Flamel.

—¿Y ella lo ama?

—Sí. Naturalmente.

—Pamplinas, jovencito mío. Si las cosas fuesen como usted dice ya se habrían casado sin pedirme permiso. El amor verdadero no se preocupa de los tíos, por lo tanto usted es un embustero.

—No señor: no nos hemos casado antes porque Carlota se oponía —explicó Flamel—. Si hubiese dependido de mí ya estaríamos casados hace dos años.

—No tiene usted dignidad. Cuando una mujer coquetea de ese modo se la manda al demonio. Muéstreme sus manos.

Flamel obedeció.

—Tiene usted el índice y el mayor de la mano derecha, negros por la nicotina. Fuma usted exageradamente un cigarrillo detrás del otro. Diga treinta y tres.

—Treinta y tres —dijo Flamel mientras el tío Casimiro le auscultaba la espalda.

—Pulmones débiles —gruñó tío Casimiro—. Permanece mucho tiempo en lugares cerrados. Tiene usted la palidez de una servilleta. {Sabe jugar a la escoba

—Juego muy poco —mintió Flamel que no quería poner en evidencia sus vicios.

—Peor para usted: mis asuntos siempre los decido con el juego. Tome aquel mazo de cartas y siéntese frente a la mesa. Jugaremos una partida, si usted vence le concedo la mano de Carlota; si pierde, nada.

—Como en "La Partida de Ajedrez" —dijo riendo Flamel, habilísimo jugador de escoba, alegrándose por la facilidad con que vencería la prueba.

—Exacto, con la diferencia de que usted no es el paje Fernando y que yo no podré preguntarle por qué me mira y no me habla.

Fue una partida fulmínea: Flamel perdió del modo más aplastante y quedó mirando boquiabierto al tío Casimiro.

—Habré jugado veinte mil partidas sin haber encontrada a un jugador tan formidable como usted —balbució al fin.

—Yo en cambio he trampeado, por lo menos en cuarenta mil partidas y jamás encontré un jugador tan tonto como usted —agregó tío Casimiro- sacando los "sietes" de las mangas, los bolsillos, el cuello y hasta de los pliegues de su pantalón—. Jugador empedernido y calavera como es usted, acabaría con el patrimonio de mi sobrina en dos años.

—Señor —protestó Flamel—, usted me juzga mal; yo soy un caballero y gasto solamente mi dinero.

—Eso se verá al punto, jovencito. Yo le concedo la mano de mi sobrina, siempre que usted renuncie a su dote.

—Acepto —exclamó Flamel con noble mirada.

Tío Casimiro movió su cabeza con gesto de desaprobación,

—Señor Wonder, ¿duda usted de mi sinceridad?

—Al contrario, señor Flamel. Se advierte que usted habla de buena fe. Ese es precisamente el inconveniente. Sólo un estúpido de sentimiento romántico puede renunciar a un patrimonio de tal naturaleza. No es usted el hombre que necesitamos.

Acompañó a Flamel hasta la puerta; luego asomándose al vestíbulo, dijo en voz alta:

—Pase el siguiente...

Carlota y Flamel se miraron largamente, luego Flamel dejó caer los brazos y se retiró, mientras Carlota entraba en el escritorio.

—Al grano, señor: ¿por qué quiere casarse con mi sobrina? —preguntó tío Casimiro, bruscamente sin levantar los ojos de sus papeles.

—Soy yo, tío. Soy Carlota.

—¿Y los otros? Ya son las dieciséis y quince. Dentro de tres cuartos de hora se termina el plazo, niña mía —gritó el tío Casimiro.

—Debes concederme algunas horas de prórroga —imploró Carlota—. No es fácil juntar pretendientes. Muéstrate gentil una vez en tu vida.

El tío Casimiro refunfuñó largo rato, luego dijo que esperaría hasta las veinte. Después de ese término el asunto quedaba irremediablemente terminado.

Carlota se dirigió precipitadamente al Círculo de los Cazadores, donde con voz trémula por la ansiedad, preguntó por Luisito, su última esperanza.

Le contestaron que Luisito se había retirado a eso de las catorce y que aun no había regresado. Le aconsejaron que telefoneara a cierto hotel pero no se le encontró.

En vista del fracaso, le aconsejaron nuevos llamados telefónicos: otro círculo, un restaurante, un teatro; finalmente llegó un caballero que dijo:

—Luisito está en su casa. Es inútil telefonearle, porque yo mismo he encerrado el aparato telefónico en la caja fuerte. Luisito duerme y quiere que no lo molesten.

Eran ya las dieciocho y treinta y había que economizar segundos. Carlota se hizo llevar a la casa de Luisito y llamó furiosamente a la puerta.

Llegó una vieja ama de llaves reblandecida que en vano intentó oponerse a la invasión: Carlota entró y pudo encontrar el dormitorio de Luisito. El desventurado dormía con una bolsa de hielo sobre la cabeza y dormía tan profundamente que, para despertarlo, Carlota hubo de abofetearlo con energía.

—Paso —balbució por fin Luisito, pero Carlota persistió hasta que éste abrió un ojo y explicó:

—No he dormido anoche, pues hasta las catorce he jugado, bebido y fumado. Me tiré a la cama con la cabeza en llamas y el cuerpo quebrantado. Déjeme dormir, Gelsomina.

—Yo no soy tu ama de llaves. Soy Carlota —gritó la muchacha salpicándole agua en la cara.

—¡Carlota! ¿Qué ha sucedido?

—Debes despertarte por completo y todo andará bien —gritó Carlota mientras lo golpeaba con un taco de zapato en la cabeza.

Luisito despertó por fin, abrió los ojos y adoptó una digna expresión.

—Debes levantarte a la carrera y ver a mi tío para pedirle mi mano, si es que me quieres como lo dices —le explicó entonces Carlota.

—¡Y cómo hago, amor mío! —sollozó Luisito—. ¿No ves que no me puedo tener en pie? ¿Qué diría tu tío si me presentara en estas miserandas condiciones?

Era verdaderamente cierto, pero Carlota no desesperó.

—Fingirás estar gravemente enfermo —dijo—. Induciré a mi tío a que venga a visitarte y a concederme una prórroga en vista de esto.

—Está bien, Carlota y que el buen Dios nos proteja —aprobó Luisito.

Y ya tenemos a Carlota frente a tío Casimiro. El áspero tío chilló al comienzo; que le venía con excusas y que era difícil engañarle, pero oída la apasionada peroración de la sobrina, consintió en visitar al enfermo y después de veinte minutos, precedido por Carlota, entró en el dormitorio de Luisito. El infeliz dormía nuevamente y roncaba del modo más indecente. Carlota lo sacudió.

—Luisito, aquí está el tío; despierta —imploró.

—Al infierno todos los tíos —gruñó Luisito.

—Delira —explicó Carlota a tío Casimiro. Luego volvió a dirigirse con dulzura a Luisito.

—Soy Carlota; despierta un momento, no me hagas sufrir.

El desventurado despertó, sin conseguir, por otra parte, sino mantener abierto medio ojo.

--Estoy muy enfermó, —masculló—. Discúlpeme, señor. Me siento muy enfermo y desde aquí, de este lecho de dolor, solicito su mano...

—Es la borrachera más vergonzosa que he visto en mi vida, —contestó duramente tío Casimiro—. Da usted asco.

—Solicito la mano de su sobrina -tartajeó Luisito en un soplo-, y comenzó a roncar nuevamente.

Carlota se encontró al rato sobre un coche al lado de su tío.

—Buena categoría de amistades tienes —dijo con disgusto el señor Wonder—. De todos modos la cosa ya termina: dentro de media hora se acaba el plazo y te juro que no tendré piedad de nadie.

—Comprendo, tío; esto es entonces lo que buscabas —observó amargamente Carlota, a lo cual agregó tío Casimiro:

—Y bien, sea. Te amplío el plazo hasta las diez de mañana. Pero si antes de esa hora no me presentas la persona con quien debes casarte en el día, a las doce anularé en el banco la orden de pago de la pensión y los liaré expulsar de la casa. Luego modificaré mi testamento.

Vuelta Carlota a su casa se negó a dar detalles de ninguna especie y dejó todo para la mañana siguiente.

—Mañana será necesario que nos despiertes a las seis-—ordenó a José María. Y cuando el viejo mayordomo preguntó si esa orden era sólo para la señorita, Carlota especificó:

—No: para todos los demás, menos para mí. Yo no necesitaré el llamado.

Y aquella noche efectivamente no durmió y a las cinco paseaba por el jardín.

El congreso familiar se reunió en el salón; los ojos de los congregados eran pequeños y estaban cargados de sueño todavía; pero cuando Carlota refirió los hechos del día precedente se abrieron de improviso y por el aire, como leva plumón al soplo del viento, huyeron los últimos vestigios de sueño. La discusión fue muy animada y la conclusión interesante: Casimiro Wonder no era solamente loco, sino criminal.

—No se puede pretender humanamente que una pobre joven encuentre un marido en cuatro horas —vociferó indignado Gastón Food.

—En una hora —precisó Edo Food quien no carecía, de cierto sentido práctico. Y la péndola, confirmando esa afirmación, dio las nueve.

Las señoras comenzaron a morder sus magníficos pañuelitos de batista, cuando Edo rompió el silencio:

—¿Entonces hay que preparar las valijas? —preguntó —Todavía no —exclamó Carlota levantándose—. Déjenme pensar.

—En nombre de Dios piensa con rapidez —le suplicó la tía Elisa—. El tiempo vuela,

Carlota subió corriendo las escaleras y una vez en su dormitorio, cerró con llave la puerta y se asomó a la ventana que daba al jardín. Pero, en el mismo instante que, apoyaba sus codos en el mármol frío del alféizar, recibió en pleno rostro algo húmedo y espinoso.

Llegados a este punto será oportuno interrumpir un instante la narración de las andanzas de Carlota, para presentar al melancólico héroe de esta historia: Camilo Debrai.

La casa que el señor Wonder había destinado a la familia Madellis era uno de esos viejos palacios que todavía hoy se ven en las calles, que la furia malsana de la fantasía de los arquitectos y de los planos reguladores, no lograron destruir. Largos edificios de un solo piso con frentes almohadillados, rejas panzudas en las ventanas de la planta baja y un gran portón en el centro. El plano de estos edificios es casi invariablemente una U: la base de la U es el frente y mira hacia la calle; en medio hay un gran patio, después del patio un jardín. Cuando el sol da detrás de la casa, en el frente sombreado se abre el gran ojo del portón Heno de luz y de verde claro.

La casa de los Madellis era uno de estos palacios y poseía un amplio jardín sobre el cual se abría la ventana de Carlota, situada al final del ala derecha de la construcción. Por lo tanto, de la ventana de su habitación Carlota podía ver a los que se encontrasen detrás del tapial de su casa, en el jardín limítrofe. Por otra parte como las leyes de la óptica son honestas e imparciales, naturalmente quien se hallase en el jardín limítrofe podía ver por lo menos la ventana a la cual se asomaba a menudo Carlota.

Este hecho es importante no sólo a los fines de la óptica, sino también a los de nuestro desgraciado asunto. En efecto, Camilo Debrai que permanecía a menudo buena parte del día en el jardín que hemos llamado limítrofe, había podido ver muchas veces a Carlota. Demasiadas, por lo que se verá.

Camilo Debrai tenía a la sazón veinticinco años, pero fuera de un agradabilísimo aspecto, no poseía nada más que su oficio de tallista. Trabajaba en una piecita en la planta baja del palacio contiguo al de los Madellis y cuando debía esculpir maderos grandes, trasladaba su taller al jardín por falta de espacio. Los antecesores de Camilo Debrai; no habían participado en las Cruzadas, como los maternos de Carlota, lo cual no fue obstáculo para que se enamorase; de Carlota Wonder. Por su parte, Carlota Wonder ni siquiera había advertido la existencia del pobre enamorado. Pero sí había advertido por lo menos hacía dos años, que todos los días un misterioso ramillete de flores aparecía en su pieza. Carlota encontraba el ramillete sobre la cama, en el suelo y algunas veces sobre el armario. A menudo se había preguntado de quién podía partir el perfumado homenaje: lo supo solamente aquella mañana al asomarse a la ventana. En efecto, en esa ocasión, el homenaje le llegó directo al rostro y quien lo había arrojado no tuvo tiempo de esconderse.

(De este modo Carlota descubrió que poseía, un cuarto pretendiente: quizá el más tenaz de todos.

Camilo tenía un gran delantal de color gris, de cuyo bolsillo asomaba el mango de una maza y la boya de una gubia y llevaba sobre la cabeza el horrible casquete de un pringoso sombrero viejo. Como ya eran las nueve y veinte, Carlota no podía sutilizar tanto. Quien está a punto de ahogarse se prende hasta de un palo de gallinero.

—¡Te manda el buen Dios! —dijo para sí Carlota, y un minuto después estaba en el jardín y subida sobre una escalera, se asomaba al huerto contiguo.

Camilo, aterrado por lo que había sucedido, permanecía en el lugar con la boca abierta mirando la ventana y cuando vio la cabeza de Carlota asomarse como por milagro sobre el muro, palideció.

—¿Cuál es su oficio? —preguntó Carlota. —Soy tallista —balbució Camilo.

—Muy bien: hay un trabajo urgentísimo para usted en el palacio Wonder de plaza Tocai. Lávese pronto las manos y la cara, vístase lo mejor que pueda y vuele al palacio. Me encontrará delante del portón. No me haga esperar. Tenga la cortesía de ser puntual.

—Sí señora... —contestó Camilo con vos tremola.

CAPÍTULO TERCERO
ES PREFERIBLE UN ARTESANO HOY QUE TRES CABALLERO MAÑANA. — CAMILO NO ENTIENDE NADA. — DOÑA LEO TIENE EXTRAÑAS IDEAS.

Apenas el señor Wonder vio a Carlota, le preguntó qué había decidido.

—Te he traído un nuevo candidato —explicó Carlota.

—¿Uno sólo? —gruñó el tío Casimiro—. No es un gran surtido.

—Es cuanto he podido hacer, tío. ¿Puedo presentártelo?

Tío Casimiro le aconsejó se diese prisa, porque el tiempo apuraba y Carlota bajó la escalera corriendo, rogando a Dios que aquel ejemplar no se hiciese esperar.

Pero el "ejemplar" estaba ya en el portón, todavía jadeante por la carrera y Carlota lo miró maravillada. Así compuesto, a pesar del pésimo corte del traje, Camilo parecía hasta un bellísimo joven. De todos modos esto tenía una importancia secundaria.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Carlota.

—Camilo Debrai.

—Entonces, señor Debrai, acompáñeme; le presentaré a mi tío.

—Sí señora —balbució Camilo y la siguió escaleras arriba.

El tío Casimiro estaba escribiendo y continuó escribiendo tranquilamente cuando entró Carlota remolcando a Camilo.

—Aquí tienes al señor Camilo Debrai —explicó Carlota.

—Está bien —contestó el tío—. Déjalo aquí. Entretanto déjanos y trata de echar una ojeada a mía baúles; los están preparando.

Camilo permaneció tieso frente al escritorio del señor Wonder: no alcanzaba a convencerse qué habría de cierto en todo lo que le había acontecido. Atribuía todo al maldito ramos de rosas que terminó en el rostro de Carlota y rogaba a Dios que no lo metiese en serios embrollos. El tío Casimiro dejó la pluma, se levantó y miró atentamente a Camilo, —Pero usted —preguntó severamente—, ¿a qué se dedica?

—Soy tallista —contestó palideciendo Camilo—. Muebles, estatuas, candelabros, artesonados, arcenes. Hago también taracea.

El tío Casimiro se acercó aun más al infeliz y le apuntó un dedo amenazante bajo la nariz.

—¡Y usted —gritó—, usted con una entrada de pocos pesos por día! ¿tiene la pretensión de casarse con Carlota Wonder, heredera de quince granjas, seis palacios, un bosque y dos cabañas?

Camilo creyó ver al señor Casimiro tan alto como una torre.

—Señor —protestó con voz trémula—, yo no he hecho nada malo. He venido aquí porque la señorita me dijo que había un trabajo urgente que realizar. Si molesto puedo marcharme en el acto.

—¿Cómo ha conocido usted a mi sobrina? —requirió tío Casimiro.

—Fue una desgracia, señor.

—¿Una desgracia?

—Sí señor: un ramillete de flores caído en la cabeza de la señorita... Entonces la señorita me indicó que concurriese aquí por un trabajo urgente.

Tío Casimiro miró perplejo al infeliz de Camilo.

—¿Y dónde estaba ella cuando a usted se le cayeron las flores?

—En la ventana de su dormitorio.

—¿Y usted?

—Abajo, en el jardín de mi casa.

Tío Casimiro aprobó gravemente con un gesto.

—Extrañas flores son éstas que caen de abajo hacia arriba, jovencito. ¿Era la primera vez que se le caían flores de ese modo?

Camilo se confundió, primero dijo: "no, señor", luego, "sí, señor", terminando por decir que él era un hombre honrado.

—Comprendido —dijo tío Casimiro—. Con tal de no perder la herencia fe procede de este modo. Se atrapa al primero que llega, esperando que yo para evitar el ridículo de la familia, alargue las cosas hasta las calendas griegas. ¡Yo los voy a arreglar!

El tío Casimiro llamó a Carlota.

—Bravo por mi Carlotita —le dijo alegremente cuando la tuvo delante—; estoy plenamente satisfecho de tu elección. Inmediatamente pongo en movimiento a mi secretario para los preparativos.

Carlota palideció y alcanzó a balbucir sólo un trémulo "sí, tío Casimiro".

Camilo preguntó tímidamente si su presencia era todavía necesaria.

—No —contestó tío Casimiro—. Usted vuele para procurarse los documentos matrimoniales y tráigalos aquí antes del mediodía.

—¿Documentos matrimoniales?

—Sí, señor.

—¿Para quién?

—Para usted, ¡diantre!

Camilo se preguntó sí él estaba loco o lo estaban los demás. Después osó formular una observación.

—Señor, disculpe usted: ¿con quién debo casarme?

—Con mi sobrina Carlota —vociferó tío Casimiro—. ¿Está acaso arrepentido? ¿no es acaso cierto que está enamorado de ella como un tonto, hasta el extremo de arrojarle a escondidas, quizá todas las mañanas, ramilletes de flores a su habitación?

—Pero señor, yo no tengo dinero...

—iLo tengo yo! —replicó tío Casimiro—. Y lo doy a quién me parece y agrada. Desaparezca en el acto y vuelva con los documentos antes de mediodía.

Camilo se dirigió a la salida desde donde se volvió para mirar una vez más, primero al tío y luego a la sobrina. Y desapareció.

—Difícilmente se podrá realizar todo en el día —hizo notar tío Casimiro—. De todas maneras retraso mi partida. No temas Carlotita mía: tío Casimiro quiere que su sobrinita sea feliz y quedará a su lado hasta cuando ella haya coronado su sueño de amor. ¿Estas contenta?

En casa Madellis se realizó por la tarde la segunda sesión del día y fue dramática.

—Mi hija casada con un miserable rajaleña —chilló la señora Flaminia, ni bien Carlota refirió los detalles del acontecimiento.

—Caerá el ridículo sobre nuestra casa —gimió la señora Elisa, mientras que Gastón con la mirada lija en el vacío, murmuraba.

—Cosas de locos..., cosas de locos...

—¿Qué hombre se dignará acercarse a mí, sabiendo que mi prima casó con un pordiosero? —sollozó Robinia, feliz de encontrar una justificación al hecho de que ningún hombre ni por error solicitara su mano.

—Si es un tallista hábil, diré a mi primo que me labre una, magnífica pipa historiada para poner sobre mi estufa —agregó alegremente Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico.

Luego la sesión siguió con mayor calma, bajo la presidencia de la abuela Leo y se llegó a una conclusión bastante satisfactoria. No se daría lugar a ningún ridículo; el matrimonio se celebraría secretamente, evitando la publicación. Luego... abuela Leo no quiso dar mayores detalles.

—Tengo una idea —se limitó a declarar— y es una óptima idea. Las cosas se resolverán a su tiempo. Entre tanto, antes que nada, cambiaremos la servidumbre. Quedará solamente José María. En éste se puede tener confianza.

Así dijo la abuela Leo y la familia Madellis-Foulard-Wonder-Food respiró aliviada. En esos momentos, en una habitación del Palacete, Camilo Debrai debilitado por alta fiebre permitía que un numeroso grupo de especialistas en indumentos, le probaran impunemente trajes, sombreros, zapatos, cuellos y guantes. El señor Casimiro Wonder dirigía gravemente las operaciones pero a menudo se distraía, su pensamiento volaba hacia la casa Madellis, y resonaban en sus oídos las altaneras palabras del difunto Safo Madellis:

—"¡Señor! ¡Nuestros antepasados combatieron en todas las Cruzadas!"

CAPÍTULO CUARTO
EL MATRIMONIO MÁS SECRETO DEL MUNDO. — UN VIAJE DE NOVIOS POR COMITIVA. — EL MAYORDOMO JOSÉ MARÍA SE RESISTE A CREER. — CAMILO QUISIERA ESCRIBIRLE A LA SEÑORITA CARLOTA, SU ESPOSA, PERO RESUELVE QUE ES MEJOR ESPERAR LOS ACONTECIMIENTOS.

El matrimonio Debrai-Wonder se celebró con tanta discreción que el mismo Camilo Debrai —que indudablemente presenció la ceremonia dada su calidad de esposo— apenas supo algo. Inmediatamente cuando encontró la manera de ordenar sus pensamientos, consiguió solamente recordar que una noche en una capilla desconocida de campo, un viejo sacerdote le había preguntado de improviso, si era de su voluntad casarse con la señorita Carlota Wonder, allí presente; y que, al volver la cabeza y comprobar con justificado estupor la presencia real y verdadera de la nombrada señorita Carlota, él había contestado:

—Sí, señor.

Con excepción del señor Casimiro Wonder, de los miembros de la familia Madellis y de poquísimas personas extrañas, cuya presencia en la ceremonia se justificaba por razones técnicas, y por otra parte interesadísimas por razones financieras en no tomar el asunto en broma, nadie advirtió que la noble señorita Carlota Wonder se había unido en matrimonio con el señor Camilo Debrai, tallista. Ni siquiera Camilo Debrai como ya se ha dicho. Al finalizar el acto como el señor Casimiro Wonder había impuesto a los esposos un viaje de bodas con itinerario ya preparado, Camilo y Carlota ascendieron a un coche ferroviario en un compartimento de primera clase reservado previamente para los desposados, pero que al fin resultó así organizado: asiento de la izquierda: Carlota Wonder de Debrai; Flaminia Madellis, viuda de Wonder, su madre; Elisa Madellis de Food, tía; Robinia Food, prima. Asiento de la derecha: doña Leonilda Foulard, viuda de Madellis, abuela; Gastón Food, tío; Edo Food, primo. Dado que por razones técnicas originadas en su venerable edad y en la poco común amplitud de sus formas, doña Leonilda estaba obligada a ocupar dos lugares, el compartimento podría considerarse completo. Debido a éso el esposo Camilo justamente fue invitado a buscar otro sitio en el compartimento vecino.

La situación de encontrarse separado de Carlota por un simple tabique de madera, se mantuvo solamente durante el viaje. Una vez en destino, las cosas cambiaron; en efecto, Carlota, la madre, la abuela, la tía, la prima y el tío, tomaron alojamiento en un hotel, mientras que Camilo y el cuñado Edo, se ubicaron convenientemente en otro hotel, situado en el lado opuesto de la ciudad. Al regreso hubo, además, una variante. Como todos los compartimentos estaban ocupados, Camilo permaneció en pie en el corredor del coche y pudo así contemplar a su esposa a través de los cristales. Sería ciertamente interesante conocer el estado de ánimo de Camilo, pero desgraciadamente no es posible. En efecto, Camilo no poseía todavía (ni siquiera al término del viaje de bodas de la familia

Madellis) un estado de ánimo. Nada importa que Camilo amase desde hacía tiempo a Carlota. Dice la historia que el marqués de Toupié amaba ardientemente a la hija del conde Veramón y pasaba y repasaba bajo el balcón en el cual siempre estaba asomada su dama. Asimismo el marqués de Toupié, que, demás, había seguido cursos regulares de Teología y Matemáticas y lógicamente poseía una sólida cultura; en lo que se diferenciaba de Camilo Debrai, el día en que el balcón se desplomó y la deseada niña le cayó sobre la cabeza, se encontró de improviso sin estado de ánimo, como Camilo, y no sólo por ese día sino durante dos meses.

Al finalizar el viaje de bodas realizado en comitiva, la familia Madellis volvió a su casa. Para hablar con más precisión, volvió y no volvió, pues el palacio de la ciudad fue abandonado temporariamente y la familia se instaló en la quinta de Trebotton, habitual residencia de veraneo. La servidumbre se había renovado por completo, excepto José María, viejo y discretísimo mayordomo. Faltaba solamente poner al tanto a José María y el fiel servidor fue recibido en audiencia particular por doña Leo.

—-Como lo habrá notado —dijo doña.Leo— tenemos en casa alguna novedad. La persona que se halla ahora con nosotros, ¿no le recuerda a alguien?

—Si la memoria no me es infiel —contestó José María— la persona a quien se refiere me recuerda a un joven que hace un mes tallaba madera en el jardín contiguo al del palacio de ustedes en la ciudad.

—Muy bien, José María —explicó la señora—. De ahora en adelante usted no debe recordar más liada de esto.

—Perfectamente, señora. ¿Puedo preguntar ahora cómo debo considerar a la persona de que me habla? ¿Cómo a un huésped?

Doña Leo permaneció pensativa.

—Más o menos —contestó por fin.

—¿Más o menos en el sentido de "menos" o de "más"?

—En el sentido de "más".

—Disculpe mi insistencia —suspiró José María con sincera pena—. ¿Cómo debo calificar a la expresada persona? Ignoro también su nombre.

—Se llama Camilo Debrai —suspiró doña Leo.

—Está bien: entonces podrá hablarse simplemente de "Camilo".

Doña Leo volvió a suspirar.

—Señor Camilo —precisó.

—Disculpe nuevamente, señora —dijo José María—. Me permitiría observar que ese tratamiento no es adecuado a su condición. Creo que si usted permite que le llame "señor Debrai", se haría ya una concesión demasiado notable para un huésped.

—He dicho "más que huésped", José María —insistió doña Leo—. Hay que considerarlo como casi perteneciente a la familia.

—Lo lamento —dijo José María.

—Nosotros también lo lamentamos.

—Ese "casi de la familia", ¿en el sentido de "mucho" o en el sentido de "poco"?

—En el sentido de "más bien" —hubo de confesar doña Leo.

—Me resisto a creerlo, señora —exclamó indignado José María.

Doña Leo meneó la cabeza.

—Usted debe obedecer, José María.

—La señora me perdone si insisto en un asunto tan doloroso —replicó José María—. ¿Pero cómo explicaré a la servidumbre la posición de la persona de quien hablamos?

—Un lejano pariente pobre.

—Muy bien. Un lejano pariente pobre.

—Un lejano pariente rico, quizás sea mejor —rectificó doña Leo.

—Sí, señora: mi lejano pariente rico.

Doña Leo permaneció pensativa un rato más, después estableció:

—Un lejano pariente bobo.

José María aprobó con un movimiento de cabeza.

—¿Bobo en el sentido de mucho o de poco? -preguntó.

—En el sentido de poco más o menos, José María. El compromiso es menor.

Hemos referido textualmente el histórico coloquio del salón verde, no para repetir chismes de cronistas, sino para dar una idea clara de la cordialidad con que fue acogido Camilo Debrai, quien casado en parte con Carlota Wonder, ingresó en la familia Madellis.

El diálogo es importante también por el hecho de que, mientras éste se realizaba en el salón verde, a poca distancia, se cumplía un no menos importante acontecimiento: Camila advertía los primeros síntomas de un estado de ánimo. En efecto, inmóvil en el centro de una habitación pequeña de soltero, se preguntaba:

—He dicho que me sentía contento de casarme con la señorita Carlota, y es así. ¿Pero cómo hago para saber si ella estaba o no contenta de casarse conmigo, si no he podido hablarle?

Camilo pensó que había transcurrido ya un mes de la ceremonia nocturna en la capilla, y que por lo tanto seria muy oportuno una explicación.

—Le escribiré una carta.

Después de haber malogrado un elevado numero de hojas, en la incertidumbre de comenzar con "Distinguida señorita" o con "distinguida señora", sacudió la cabeza y se echó sobre la cama suspirando.

—iQuizás esté enojada conmigo por haber dicho que deseaba casarme con ella sin preguntarle antes si ella estaba de acuerdo! ¿Pero cómo podría haberlo hecho cuando el señor Casimiro no me permitió ni siquiera salir de la habitación? Y luego: ¿qué culpa tengo de quererla?

Evidentemente eran los primeros asomos de un estado de ánimo. Mejor dicho, esbozos solamente, porque de otro modo Camilo se hubiera preguntado: "¿Cómo permito se me trate como al último estúpido de la creación?" En cambio, se dijo para sí, con fácil optimismo:

—Es inútil, distinguida señorita Carlota, tendrá usted que comprenderlo, el amor es asi

CAPÍTULO QUINTO
CAMILO DESPIERTA, — JOSÉ MARÍA DICE QUE ES MUCHO, PERO QUE ES NECESARIO SOPORTAR. — EL PLAN DE DOÑA LEO. — CAMILO SE RETIRA DEL CAMPO. — INTERVENCIÓN DEL TÍO CASIMIRO. — LA CLÁUSULA FATAL.

Aceptada en lo que respecta a Camilo Debrai la calificación de "pariente lejano y tonto en el sentido de poco", la servidumbre de casa Madellis encontró natural que nuestro personaje pasase el día y tomase sus comidas en su habitación.

Quien juzgó menos natural tal situación, fue en cambio el propio Camilo Debrai: en efecto, el excelente joven, aun encontrándose casi desprovisto, de un estado de animó verdadero y propio, propendía siempre más a considerarse "marido de Carlota en el sentido de más".

Así transcurrieron cuatro tristes días y Camilo juzgando insostenible la situación, decidió:

"La hablaré, y hasta le escribiré si no quiere escucharme".

Al llegar al pie de la escalera, cuando el infeliz estaba preguntándose hacia qué lado dirigiría su tembloroso pie, el buen Dios lo puso en presencia de José María, mayordomo ubicuo.

—Disculpe, ¿podría hablar con mi mujer? —Sin duda, señor —respondió José María—. Si usted tiene esposa, nadie puede impedirle que la hable.

—Gracias —balbuceó Camilo— ¿Y dónde podría encontrarla?

—No estoy en condiciones de contestarle, señor —replicó José María—. Como ignoro la identidad de su esposa, me es por consiguiente imposible conocer su ubicación.

Camilo se dio coraje:

—Yo —dijo— soy el marido de la señorita Carlota.

José María no contestó, levantó con soberbia esa cabeza que hacía sesenta y cinco años llevaba habitualmente inclinada por razones profesionales y se dirigió hacia el salón verde donde doña Leo, estaba resolviendo un complicado solitario.

—Señora —exclamó José María—. La persona a quien yo, solamente por respeto a usted, he aceptado en llamar "señor Camilo", se permite calificarse marido de la señorita Carlota, a quien he tenido el honor de ver nacer. Le ruego me autorice a expulsar a la persona en cuestión del más enérgico modo.

—Quisiera poder hacerlo— suspiró doña Leo—, pero por el momento usted debe juzgar tan ofensiva afirmación como correspondiente en parte a la realidad.

—Aun admitiendo que la persona en cuestión sea solamente en parte marido de la señorita Carlota, esto es demasiado.

—Usted debe sacrificarse, José María —dijo con voz doliente doña Leo—, como nos sacrificamos todos nosotros. Sea usted discreto como de costumbre: le aseguro que se trata de una cosa transitoria.

José María agachó la cabeza mientras una lágrima caía como hilo de plata sobre su descarnada mejilla de viejo servidor.

—¿Qué debo contestar al señor Camilo que me ha pedido hablar con la señorita Carlota? —preguntó.

—Dígale que la señorita ha salido y que volverá dentro de dos horas.

Camilo, que quedó solo al pie de la escalera sin saber qué hacer, no había encontrado nada mejor que sentarse en un sillón rojo esperando los acontecimientos (el detalle del sillón rojo es en absoluto secundario y tal sillón pudo ser verde o floreado. Sin embargo, sirve para caracterizar aquella escena de desolación).

La respuesta que le llevó José María alivió a Camilo que ya se veía relegado a las angustias de su sillón por un tiempo indeterminado.

—Muy bien —dijo Camilo, tomando de nuevo el camino de su habitación—. Muy bien.

El hecho no debe extrañarnos. El mismo conde de Gigolette, durante la batalla de Formitrol, en conocimiento de que el enemigo no había intentado una infiltración por el sudoeste como él temía, pero en cambio había cercado todo el campamento, contestó al mensajero: "Muy bien, muy bien".

Nosotros no juzgamos a la historia como infalible, como los demás la juzgan. Al contrario, guardamos hacia ella cierta desconfianza, porque sirve más que nada para proveer a los hombres elementos justificativos de sus mayores locuras. Dejemos por ahora a Camilo y volvamos al salón verde, donde doña Leo ha reunido con urgencia a toda la familia.

Esta fue una sesión dramática.

—El rajaleñas muestra las uñas —comenzó doña Leo—. Comienza a aumentar sus pretensiones y ha pedido hablar con Carlota.

—Es un bruto —exclamó Flaminia,

—Es un aventurero —dijo Elisa.

—Es un individuo —manifestó indignado Gastón.

—Es un idiota —afirmó Robinia.

—Es un pobre bobo —suspiró Carlota.

—Es tu marido —concluyó Edo que no carecía de un cierto sentido práctico.

Doña Leo resumió la situación.

—Es el marido de Carlota y podría adelantar pretensiones aun más horrendas que la de ver a su mujer y de hablarla: es necesario que inmediatamente pongamos en práctica nuestro proyecto.

Se trataba evidentemente de un plural inadecuado, por cuanto solamente doña Leo conocía el proyecto.

—Debemos impedir que Camilo Debrai, después de haber casado con Carlota, llegue a ser su marido —afirmó doña Leo—. Debemos mantener al Debrai en situación de espera hasta el día en que el condenado señor Casimiro Wonder nos haga la merced de su partida de este triste mundo. Una vez que Carlota haya tomado posesión de los bienes que la esperan, será fácil obtener la anulación de un matrimonio que no ha sido consumado.

Era sin duda, un proyecto ingenioso y Carlota comenzó a brincar de alegría, mientras la restante sección femenina de la reunión emitía grititos de admiración y la sección casi masculina (constituida por el señor Gastón Food), aprobaba tácitamente frotando sus manos.

—¿Y si Camilo consigue consumarlo? —observó Edo, de la sección masculina.

—No lo conseguirá —afirmó doña Leo—, Sin pérdida de tiempo, Carlota preparará sus valijas y con su madre se trasladará a un lugar secreto en la orilla del mar. Nuestro médico de familia legalizará y justificará esta ausencia por graves motivos de salud. Durante ese tiempo vigilaremos a Debrai.

—Podríamos también proponerle una transacción con el aspecto de un buen negocio —sugirió Carlota—. Creo que frente a un medio millón en efectivo, no puede resistirse ningún amor propio de rajaleña artístico.

Doña Leo con un grave movimiento de cabeza terminó:

—Naturalmente; pero extrematio.

Evidentemente la insigne señora creyó decir extrema ratio, pero nadie advirtió el error: lo que importa es la cita en latín en sí misma. El latín es en definitiva un idioma milagroso, por el cual aun cuando doña Leo hubiese dicho sursum corda, en lugar de extrema raizo, cada uno de los oyentes hubiese entendido la verdadera intención: a buen entendedor.

La asamblea resolvió ofrecer un té de despedida a las viajeras y llegaron el té y los bizcochos. Luego José María advirtió que todo estaba dispuesto, y por fin llegó también la noche.

Cuando nuestro joven vio que el sol se ocultaba detrás de los árboles del parque, hecho que según sus cálculos se producía alrededor de las veinte y que el diálogo se había producido a las catorce en punto, dedujo que en seis horas, las dos horas a que se refirió José María habrían ya trascurrido. Se aventuró a salir de su habitación y encontró nuevamente al pie de la escalera al mayordomo a quien preguntó si la señorita Carlota había regresado.

—La señorita Carlota y su señora madre han partido a un lugar de reposó, en procura de salud —respondió José María.

Esta vez Camilo no dijo "Muy bien", sino que se interesó por saber cuál era la enferma.

—La señorita Carlota —explicó José María, bien aleccionado—. No es cosa grave, pero larga, señor, y pienso no debe preocuparlo mucho. La señorita Carlota puede sanar por sí sola.

Si tuviésemos a nuestra disposición elementos que permitieran precisar el mes, el año, el día y la hora que se realizó este diálogo, lo consideraríamos como una fecha histórica, pues coincidió con la formación repentina de un completo estado de ánimo en Camilo. Nos limitaremos, en consecuencia, a recordar el hecho como un "instante histórico".

—Quiero saber en el acto dónde ha ido mi mujer —exclamó Camilo—. Yo debo acompañarla.

José María aterrado por la inesperada energía de Camilo, se apresuró a solicitar la intervención de doña Leo, y doña Leo intervino.

—Mi nieta está enferma —dijo severamente doña Leo cuando se encontró frente a Camilo—. Tiene necesidad de tranquilidad absoluta y en consecuencia usted no debe alterarse, señor. Tiene en su madre la persona más adecuada para curarla y protegerla.

—Yo no la molestaré —replicó fastidiado Camilo—, pero quiero saber dónde ha ido. Debo seguirla, señora. Perdóneme, pero soy su marido.

En numerosas ocasiones los planes más ingeniosamente arquitecturados caen deshechos por una ligera imprudencia. Quien desea llevar a término un plan, debería olvidar que posee nervios, pero, ¡oh desventura! doña Leo —dadas sus imponentes proporciones— poseía tantos que era humanamente imposible olvidarlos a todos. Por lo tanto con voz desafiante gritó:

—¿Marido? Todavía no, jovencito.

Cuando advirtió que había hablado, era demasiado tarde: se había producido el milagro. Camilo había comprendido todo. Con mayor precisión, diríamos que el excelente joven no había comprendido nada: pero es precisamente cuando no se comprende nada, que se suele comprenderlo todo.

—Muy bien —replicó Camilo y enfilando el corredor, salió precipitadamente.

Después de veinte minutos todavía corría y la noche ya había caído sobre la campiña silenciosa. Pasó un carruaje con los faroles encendidos y Camilo solicitó que lo dejaran subir.

—¡A dónde va! —preguntó el conductor.

—Donde quiera usted —replicó Camilo.

—Suba, es el mismo camino mío —contestó el hombre.

Camilo descendió en la periferia de la ciudad. Era ya de noche y se veían miles y miles de ventanas iluminadas. Los árboles aparecían negros contra el cielo y nuestro infeliz personaje creía hallarse en un mundo que no le pertenecía. Se sentó en un poyo húmedo de rocío; del otro lado de la calle un caserón muy negro tenía una sola ventana iluminada y se veía un cielo raso artesonado.

Camilo miró largo rato aquel cielo raso y después de un cierto tiempo, le pareció que aquellos rosetones y aquellas tallas le eran familiares. Trató de recordar dónde los había visto antes, y al fin lo recordó. Atravesó a la carrera la calle y se prendió desesperadamente del cordón de la campanilla que se balanceaba al lado del portón sacudido por la brisa nocturna.

El tío Casimiro Wonder estaba hojeando uno de esos registros cuando se le presentó Camilo.

—¿Cómo puedes estar acá? —le preguntó secamente.

—No lo sé, señor Wonder —susurró humillado Camilo.

El tío Casimiro exigió una explicación detallada de los hechos. Camilo refirió todos los detalles, y el tío Casimiro perdió la paciencia:

—Bravo —gritó—, ¿y eso es todo lo que supiste hacer?

—¿Y qué otra cosa pude haber hecho? —protestó Camilo—. Eran siete contra uno.

—Siete contra un tonto —precisó Casimiro—. En definitiva ¿eres o no su marido?

—No, todavía, señor Wonder —suspiró Camilo—. Y cuando la señora Leonilda me lo hizo notar con rabia, me escapé.

—Bravísimo —rió el tío Casimiro—. Era la única cosa que no debías haber realizado. Abandono del techo conyugal que es precisamente lo que busca aquella gentuza. Así les has brindado el camino para cuando quieran anular el matrimonio y mandarte a paseo. ¿No comprendes cuál es su proyecto?

—No, señor. Sólo comprendí que en aquella casa no podía permanecer más.

El tío Casimiro permaneció silencioso largo rato, luego preguntó con voz casi cordial:, —Dime, joven, ¿qué piensas tú de tu mujer?

—Sí, señor —suspiró Camilo agachando la cabeza.

El tío Casimiro se enojó.

—¿Quieres explicar de una buena vez, maldito artefacto, qué quieres decir con este "sí señor"?

Camilo se avergonzaba de pronunciar palabras tan dulces frente a un personaje tan severo. Dejó caer loa brazos y se encogió de hombros.

—¿Entonces, estás enamorado peor que antes? —dijo con disgusto el tío Casimiro.

—Sí, señor.

El tío Casimiro llamó a un criado y le ordenó enganchar los caballos al coche. Luego se dirigió a Camilo.

—Vuélvete a tu casa y permanece en tu habitación hasta que te rueguen bajar.

—Sí, señor...

—Al demonio los "sí señor". Muévete joven y aprende a conducirte como marido.

—Perdóneme, señor Wonder: es la primera vez que actúo de marido.

* *

Cuando salió Camilo, el tío Casimiro mandó llamar al notario, y cuando el letrado hubo llegado, le explicó:

—Hay que rehacer el testamento en este sentido: "Dejo todos mis bienes no a mi sobrina Carlota, sino a los hijos que mi sobrina Carlota Wonder-Debrai, tendrá dé su marido Camilo Debrai. En caso de que no hubiera hijos mi sobrina Carlota Wonder-Debrai entrará en posesión de la herencia solamente cuando cumpla cincuenta años de edad, Hasta aquella oportunidad los intereses y productos serán entregados a la "Fundación Brachette", deducida la suma de cinco mil liras mensuales que será repartida entre mi sobrina y su marido Camilo Debrai".

—Está bien —contestó el notario—. ¡Haremos la variación mañana!

—No, en el acto: no quisiera morirme esta noche con la pena de no haber podido prestar este servicio a la familia de los Cruzados.

—Cumplida la variación, ¿debo comunicarla a la señora Carlota?

—Se comprende: de otro modo el juego no podría tener éxito.

CAPÍTULO SEXTO
NUEVOS E IMPORTANTES CONGRESOS. — CAMILO REPROBADO EN EL PRIMER EXAMEN. — UN SISTEMA DIDÁCTICO EQUIVOCADO. — DE LAS FLORES A LAS OSTRAS. — ES NECESARIO PROCEDER CON ENERGÍA. — ¡INGRESAR EN UN COLEGIO CAMILO! — CARLOTA APRUEBA.

Cuando la familia Madellis conoció la novísima cláusula agregada al testamento del tío Casimiro, doña Leo tuvo una crisis de nervios comparable solamente, en intensidad y duración, a aquélla histórica de 1905 en ocasión del matrimonio de Flaminia con el extinto señor Tomás Wonder, que; aunque futuro padre de Carlota, era antes que nada descendiente de fabricantes de salchichas.

—No —vociferó finalmente la noble señora—. No permitiré jamás que el plebeyo Camilo Debrai me convierta en abuela. Prefiero la muerte.

Aun aprobando en principio la terrible decisión de doña: Leo, el señor Gastón Food hizo notar que la situación no era desesperada.

—¿La asignación que el nombrado señor Wonder nos pasa mensualmente, no nos ha alcanzado siempre?—preguntó el hidalgo—. Nos encontramos acaso en la necesidad de que haya un hijo de nuestra unión con el nombrado Camilo Debrai?

La asignación mensual ¿está acaso ligada al nacimiento de ese hijo? Perdónese la frase poco elegante; mientras se respira hay esperanza.

—Lo malo es que la respiración que interesa en estos momentos, no es la nuestra, pero sí la del señor Wonder —hizo notar el joven Edo Food, quien no carecía de cierto sentido práctico—. En efecto, en el momento que el señor Wonder cesara sorpresivamente de vivir, la asignación debida a su personal generosidad sin ninguna sanción legal, cesaría automáticamente y nuestra familia debería (faltando el hijo de quien se habló) adaptarse a vivir con las cinco mil liras mensuales asignadas a Carlota y a su marido, durante un intervalo.

—No me alcanza ni para los trajes —exclamó horrorizada la señera Elisa..

—Entonces se verificaría este absurdo insostenible: que todos nosotros deberíamos rogar a Dios día y noche, para que prolongase la vida al señor Wonder.

—Jamás. Esto jamás —aullaron indignados los más representativos miembros de la familia Madellis.

—En consecuencia considero indispensable, para no ser tomados por sorpresa, tener lo más pronto posible el hijo a que se refiere el testamento —concluyó Edo.

Era un razonamiento convincente y fue acogido con adecuada gravedad y meditado en profundo silencio. Habló primero el señor Gastón Food. No en balde el señor Gastón descendía de los más renombrados Cruzados de la historia. Bajo su aspecto de un plácido hidalgo escondía un corazón generoso. El señor Gastón Food dijo humildemente:

—¡Y bien, sea: caiga el orgullo personal, ante el beneficio común! Si por el bienestar de la familia hay que sacrificarse, heme aquí pronto al sacrificio. Acepto ser tío de un Debrai.

Edo encogió los hombros; el asunto no lo apasionaba y cuando un asunto no lo apasionaba, aceptaba la decisión de los otros.

—¡Es horrible! —murmuraron aplastadas por la cruel realidad de los hechos, la señora Flaminia, la señora Elisa y la señorita Robinia. Doña Leo no habló. Carlota levantóse de su sillón y con extrema decisión dijo su primera palabra:

—¡No!

Doña Leo miró a su nieta con orgullo.

—Ni yo ni Carlota permitiremos jamás afrenta semejante —afirmó—. Admitimos la necesidad de tener un hijo de nuestra unión con el señor Debrai, pero no estamos dispuestos a deshonrar la familia presentando al mundo un marido de las condiciones actuales del susodicho Debrai

—¿Un hijo secreto, entonces? —preguntó el señor Gastón.

—No es posible tener hijos secretos cuando se trata de personas de figuración —explicó doña Leo—. Y los hijos deben justificarse siempre con un marido. Presentando a nuestras relaciones un marido como Camilo Debrai, todo el mundo reiría de nosotros. Debemos fabricar para Carlota un marido digno de nuestras tradiciones.

—Pero el marido existe ya y es imposible cambiarlo —observó el señor Gastón.

—Existe la materia prima con la que se puede formar un marido y la ofrece, precisamente el señor Debrai. De aspecto agradable y edad juvenil, Debrai convenientemente cultivado puede trasformarse, al menos en la apariencia, en un hombre de nuestro rango, en un hombre aceptable en la buena sociedad. Plasmémoslo, eduquemos su ánimo y su inteligencia y cuando llegue la oportunidad lo podremos presentar como nuestro marido sin temer el ridículo.

Todos aprobaron tácitamente. Solamente Carlota objetó algo.

—¡Abuela, es imposible. No me gusta y no podré quererlo jamás!

—¿Es acaso el momento de pensar en sentimentalismos? —masculló el señor Gastón —. Además, ¿quién te obliga a quererlo?

—Hija mía —suspiró doña Leo—, aquí no se trata de amor, se trata simplemente de matrimonio. Si Dios nos ha condenado a un marido indigno de nosotros, tratemos de soportar la condena en la forma menos dolorosa. Todos aquí sufrimos.

—¡Pero el marido debo soportarlo yo! —dijo Carlota malhumorada—. Y el hijo...

—¡Carlota! —advirtió severamente doña Leo—. Estos no son argumentos que deben tratar las niñas. No debes preocuparte; por ti pensaremos nosotros.

—Acepto —suspiró Carlota. Pero si alguien hubiese osado decir que nuestra excelente Carlota estaba convencida de que todo marchaba bien, habría mentido del modo más descarado.

¿Cuáles eran los pensamientos de Camilo en el intervalo transcurrido entre la visita nocturna al tío Casimiro y el momento en que alguien llamó a la puerta de su habitación? En verdad pocos; mejor dicho uno solo, pero importante en intensidad y duración. Camilo se había limitado a pensar en Carlota.

"Yo —se dijo al fin Camilo— no sólo estoy enamorado del modo más indecente de Carlota, sino que, además, soy su marido y, si yo quisiese afirmar mis derechos, podría obligar a Carlota a ser mi mujer".

Pero luego había admitido tristemente: "Jamás me decidiré a ser enérgico. Haré siempre lo que los demás quieran. Y no porque sea tonto, sino porque me consta que Carlota me detesta. Tío Casimiro podrá obligar a una mujer a que se case con un hombre, podrá quizá obligarla a vivir a su lado, pero no podrá nunca obligarla a que lo quiera. Solo por mí mismo podré hacerme querer: ¿pero cómo conseguirlo si el buen Dios no me ayuda?

Siguiendo al pie de la letra el razonamiento de Camilo, el lector no podrá sino alegrarse. El asunto se presenta ahora claro y natural: Camilo ya no es un extraño personaje que, atrapado por la suerte de una extraña situación procede en forma extravagante. Camilo resulta ahora un hombre normal, un ser provisto de buen sentido y de regular inteligencia. En otras palabras, es un loco cualquiera. Hecho reconfortable porque permite a cualquiera de nosotros poder colocarse fácilmente en sus ropas y vivir así sus aventuras.

Como ya se ha dicho, alguien había llamado a la puerta de Camilo. Dejemos pues las consideraciones personales y acudamos al llamado.

—¡Adelante!

—Desean ver al señor —anunció José María, encarándose discretamente.

Camilo se metió rápidamente en una casaca y se dirigió hacia la puerta, pero José María lo retuvo con suavidad.

—Me permito hacer notar al señor la conveniencia de vestir traje oscuro en lugar del gris claro que lleva. Sería más adecuado a las circunstancias.

—¡Oh! —balbuceó Camilo—, ¿ha muerto por desgracia alguien?

—No señor: en ese caso le hubiera hablado de traje negro, no de traje obscuro.

—¿Hay alguien enfermo? —requirió Camilo interpretando a su modo la diferencia de tonalidad.

—Ya es noche —explicó José María—, y un traje obscuro, resultaría más del agrado de los señores que lo esperan para la comida.

Cuando Camilo entró en el comedor y vio a la familia Madellis sentada con toda gravedad en torno a la mesa, pidió misericordia al buen Dios. Es necesario reconocer honestamente que José María no dejó de atender a Camilo durante toda la comida, pero por muy solícito que, sea un mayordomo no puede realizar milagros. No puede evitar que la persona puesta a su cuidado intente llevar a la boca el caldo con el tenedor o que pretenda abrir las ostras rompiendo las valvas con el cascanueces o insista en mondar una manzana con la cuchara. Terminada la comida, cuando Camilo se encerró en su habitación después de haber pedido disculpas a todos, la familia Madellis llegó a las siguientes conclusiones:

—El examen preliminar ha sido satisfactorio —dijo doña Leo—. Nuestro hombre es un bruto. Es necesario comenzar desde el punto cero.

Fueron propuestos varios sistemas y al fin se aprobó la idea de Edo.

—Es una mente virgen —dijo Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—. No conviene sobrecargarla. Debe procederse gradualmente. No se puede pretender que aprenda a comportarse dignamente con una comida complicada de veinte platos. Le enseñaremos primero cómo se procede con el menos complicado e insistiremos hasta que se haya adueñado de su técnica.

De este modo, siguiendo este procedimiento, Camilo comenzó a comer en una salita apartada y le sirvieron como desayuno una taza de caldo con tostadas. En el almuerzo las tazas de caldo con tostadas fueron tres. Durante tres días Camilo vivió exclusivamente de tazas de caldo con tostadas y finalmente, gracias también a las enseñanzas amables de Edo, consiguió salir del paso decentemente. Por otros tres días se nutrió exclusivamente de entremeses y pareciéndole a Robinia, su profesora de entremeses que la cuestión presentaba alguna dificultad, Camilo debió efectuar repeticiones fuera de las comidas.

Luego comenzó el curso de asados, bajo la dirección de Gastón; más tarde el curso de sopas, docente la señora Flaminia; a continuación el curso de estofados, docente la señorita Robinia; y por fin el curso de fruta, profesora la señora Elisa. Al cabo de quince días Camilo llegó a los dulces, sobre los cuales se insistió durante tres días, bajo la vigilancia personal de doña Leo. Camilo esperaba ahora con ansias el café, porque confiaba que la directora del curso fuese Carlota.

—Un caballero se reconoce en la mesa —le explicó Edo a quien Camilo preguntó tímidamente por Carlota—. Ella debe conocerlo como un caballero para que pueda apreciarlo como usted ciertamente desea. En el momento que se encuentre en condiciones de comportarse en una comida con desenvoltura, se sentará en nuestra mesa con todos nosotros y podrá ver a Carlota. Antes no será posible.

Después de una veintena de días, doña Leo decidió someter a Camilo a una prueba de conjunto. Pero aquí se puso en evidencia el defecto fundamental del sistema didáctico. Por tres días seguidos Camilo había comido exclusivamente asados, por otros tres exclusivamente sopas y así sucesivamente; pero, después de veinte días debiendo enfrentarse simultáneamente con todas las materias, incurrió en confusiones. Manejó en forma correcta los cubiertos de pescado, pero los usó para comer el estofado de perdices, y con habilidad se comportó en modo análogo hasta intentar quitar el hollejo a las uvas después de haberlas atravesado con el tenedor.

Fue uno de los desastres graves de la temporada y José María estuvo a punto de desmayarse en varias ocasiones.

Carlota lo miró durante todo el almuerzo con disgusto y en el momento en que una ostra que Camilo pretendía cortar con el cuchillo en rebanadas, le saltó al rostro, prorrumpió:

—Progresa usted. Antes se limitaba a tirarme a la cara ramilletes de flores; ahora llegamos ya a las ostras. Persevere y conseguirá tirarme un armario a la cabeza.

Camilo salió cabizbajo y se alejó meditando sobre su derrota vergonzosa, mientras el congreso se reunía.

—No es posible obtener nada bueno del individuo en cuestión, siguiendo estos procedimientos empíricos —dijo doña Leo—. Será necesario un método racional y una vigilancia constante. Debe ser reeducado por especialistas, o no conseguiremos nunca un marido presentable.

—No veo cómo se podrá hacer —afirmó Gastón dejando caer los brazos—; después de mis enseñanzas hasta un caballo hubiera aprendido a comer correctamente un asado

—Es indispensable afrontar el problema y resolverlo. El sistema existe, estoy segura —insistió doña Leo.

Todos la miraron ansiosos.

—¡Lo enviaremos a un colegio! —explicó doña Leo.

—¿A su edad? —se asombró Gastón—. Ningún colegio lo aceptará.

—Para doña Leonilda Madellis existe siempre quien está dispuesto a hacer una excepción.

—Habría que ver si el sujeto aceptará —objetó Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico.

—Para Carlota Wonder existe siempre quien está dispuesto a cometer locuras —afirmó Carlota—. Yo arreglo este asunto; le hablaré inmediatamente.

Carlota salió y la señora Flaminia se horrorizó: —¡Carlota! ¿Sola en la habitación de un hombre? —No temas, mamá, no es un hombre, es mi marido.

CAPÍTULO SÉPTIMO
EL CASO DEBRAI. — UNA IMPORTANTÍSIMA ENTREVISTA ENTRE CARLOTA Y CAMILO. — CAMILO ESTA DISPUESTO A TODO. — INTERVENCIÓN INESPERADA. — ¿QUIÉN ES ESTE SEÑOR MEDITADO FILET?

El director del famoso Colegio Pipet era un personaje antiguo lleno de dignidad y de camisa almidonada. Los colegiales lo detestaban con el máximo respeto. Por esa razón, cuando lo vieron entrar de improviso en el gran salón de estudio, se pusieron de pie con admirable rapidez, procurando al mismo tiempo ejecutar el más infernal ruido que les fue posible alcanzar. —Mis queridos jóvenes —dijo el director, una vez que terminó la vituperable algazara producida por las sillas—, entre las cosas de este mundo que quedan aún en el mayor misterio, son de anotarse en primera línea, la electricidad y el cerebro humano. Aun conociendo los millares de máquinas que se mueven gracias al fluido eléctrico y los millares de acciones que el fluido cerebral ordena a la máquina humana, no estamos en condiciones, por lo menos hasta hoy, de explicarnos en definitiva qué cosas son el cerebro y la electricidad. No nos maravillemos entonces, si alguna vez, ya sea en el campo eléctrico o en el cerebral, nos encontramos con casos que escapan a todo análisis. Aceptemos, entonces, esos casos sin desmesurado asombro, y sin alharacas, evitando dar fundamento a rumores y chismes. Con este antecedente, precisemos enseguida que en este particular no se trata de novedades referentes al campo eléctrico. Si así fuese, la discreción no sería necesaria, muy al contrario, sería condenable por cuanto todo lo que concierne al progreso mecánico debe ser dominio de toda la humanidad. El caso particular que nos interesa es atinente al otro campo ya recordado. Aquí tenemos el caso de un ser humano que de improviso y a causa de una grave enfermedad, perdió su personalidad de hombre de bien y culto, para asumir la de un individuo áspero y tosco. La persona a quien me refiero ha sobrepasado los veinticinco años; pertenece a nobilísima familia y para volver a presentarse dignamente como vástago de tan noble cepa, es necesario reeducarla. Dicha reeducación, claro está, debe ser confiada lógicamente al Colegio Pipet, famoso en el mundo entero por la perfección de sus métodos didácticos. Reciban, entonces, mis queridos jóvenes al nuevo compañero con la cordialidad y el afecto que su caso particular merece. No lo hagan motivo de curiosidades inútiles y sean amigos de él en el sentido más amplio de la palabra.

Se trataba evidentemente de un discurso importante y su indudable fuerza persuasiva se pudo comprobar inmediatamente. En efecto, cuando entró en el aula un bien desarrollado joven, sin duda mayor de veinticinco años, todos los colegiales sin exclusión alguna rieron estrepitosamente.

Y el respeto y el afecto con los cuales, gracias siempre a la fuerza persuasiva del discurso, debía ser acogido el nuevo compañero, no pudo ser mejor expresado que con el apelativo afectuoso, y al mismo tiempo respetuoso que los jóvenes saludaron después de la algazara al maduro colegial:

—¡Salud, abuelo!

Entre las cosas que en este mundo quedan todavía en el misterio, deben anotarse indudablemente la electricidad y el cerebro humano. De otro modo no se podría admitir que Camilo Debrai tuviera el coraje de sonreír frente a una reunión inquietantemente risueña. Quizá se tratara de un fenómeno eléctrico ¿o es que nuestro Camilo tenía en realidad un carrete de Ruhmkorff en el lugar del cerebro? No: Camilo Debrai tenía un cerebro que era cerebro de punta a cabo. Lo malo es que tenía un corazón más corazón que nunca. Y Carlota había obtenido éxito en su desdichado propósito. ¿Renunciaremos a conocer los temas esenciales del diálogo Carlota-Camilo? No es posible.

Carlota apareció como un milagro frente a Camilo y éste la miró naturalmente como una aparición milagrosa.

—¿Conversamos un rato, señor marido?—dijo sonriendo Carlota.

Camilo no contestó.

--¿No? —continuó Carlota—. ¿Está quizá arrepentido e haberse casado conmigo?

—¡No! —exclamó Camilo.

Yo en cambio sí —precisó la niña—. Pero no es el caso de angustiarse por las cosas irreparables. Ahora está hecho, yo soy su mujer y usted es mi marido ¿no es cierto?

—Así dice el señor Casimiro. Su señora abuela, en cambio, dice que no.

—No metamos en el baile a los parientes, señor Camilo, se lo ruego. Nuestro casamiento sólo interesa a nosotros dos.

—No me parece, señorita —balbuceó Camilo—. Tengo la impresión que interesa sobre todo a los demás.

—No se deje impresionar por las apariencias —le advirtió Carlota—. Las apariencias engañan siempre. Nosotros somos los verdaderos interesados y el asunto debe ser resuelto entre nosotros. ¿No cree usted lo mismo?

—Sí, señora.

—Perfectamente. Hablemos ahora con franqueza, estamos solos y podemos hacerlo. ¿Usted al casarse conmigo lo hizo por interés o por amor?

—Por amor, señorita, se lo juro. Desde hace dos años todas las mañanas esperaba escondido en el jardín que usted apareciese para verla y luego de verla, quedaba contento por todo el día. Discúlpeme señorita Carlota, pero yo siempre la he querido.

—Lo lamento sinceramente —suspiró Carlota—. Yo en cambio no lo he querido nunca y me he casado solamente por interés. Me vi obligada a casarme en el término de pocas horas para no perder la herencia del tío Casimiro, y me he casado con usted, el primero que encontré. Espero sabrá apreciar mi franqueza.

—Le agradezco. Jamás osé pensar que usted advirtiera mi existencia. No podía pretenderla, me conformaba con mirarla. Me he casado con usted porque le oí decir que estaba contenta de aceptarme como esposo. De otro modo no me lo habría permitido nunca.

Carlota se puso a reír: el pobre Camilo la divertía.

—Posee usted un alma delicada, señor Debrai —replicó Carlota—. El hecho importante es éste: estamos casados, casados para toda la vida. Por lo tanto debemos vivir juntos y, además, tener hijos.

—Señorita —exclamó Camilo enrojeciendo—. Le aseguro que mis intenciones...

—Le creo, señor Debrai, pero la ley es la ley, y nosotros siendo casados, deberemos vivir juntos y tener hijos. Cuando marido y mujer se quieren, el asunto resulta fácil: lo malo es cuando la mujer y el marido no se quieren.

—Yo la quiero —protestó Camilo.

—Es ya algo señor Debrai. El asunto del amor está por lo tanto justo en el cincuenta por ciento. Falta el otro cincuenta por ciento, es decir, yo. Para que todo marchara bien tendría que quererlo yo también. Al menos, lo indispensable. Y yo, le aseguro, estoy dispuesta a hacer todo lo posible para quererlo.

—Sabía que usted tenía espíritu noble, —se conmovió Camilo.

—Pero en el punto como están las cosas —continuó Carlota,—, no lo puedo querer. Es necesario que vea en usted un hombre digno, por cultura, por educación y por discreción y tacto, a las tradiciones de mi noble familia. ¿Cómo podría querer a un hombre de quien me avergonzase de presentarlo a mis amigas? Antes que nada debo estimarlo. Y esto depende exclusivamente de usted, señor Camilo.

El infeliz Camilo, dejó caer los brazos:

—Dígame qué es lo que debo hacer, señorita. He puesto toda mi buena voluntad, pero en pocos días no he podido, por cierto, aprender cómo se come el pescado o el asado. Recomenzaré, si usted lo cree conveniente estudiaré, comeré aún durante la noche...

—No es esto sólo, al contrario, eso es lo menos. Debe usted procurarse una cultura, afinar el espíritu. Aprender a vivir material y espiritualmente. Confío en su inteligencia y en su amor por mí.

—Estoy dispuesto a todo —exclamó Camilo.

—¿Aceptaría perfeccionar su cultura en un colegio?

—¿Un colegio? ¡Ya he pasado los veinticinco años!

—Hágole notar que no se trata de un colegio para niños, sino para jóvenes. Por otra parte el único medio eficaz para aprender rápida y definitivamente las cosas necesarias que usted ignora, es el didáctico-escolar. Ni aun comprometiendo un ejército de maestros privados, podremos tener éxito en nuestro intento. Además, haciéndolo en casa, el asunto trascendería y caeríamos en el ridículo. El colegio de que hablo se halla en Suiza. Nadie sabrá nada.

—¿Y yo permaneceré encerrado allá sin poderla ver nunca?

—No, de vez en cuando iré a visitarlo.

—¿Y no se reirá de mí? Un marido colegial es una cosa un tanto cómica.

—No, es un sacrificio sublime. Una sublime prueba de amor que apreciaré en su justo valor y que ayudará a acercarme a usted.

Cuando Carlota reapareció, la asamblea la miró enmudecida.

—Creía que fuese un, tonto —explicó Carlota—. En cambio...

—¿En cambio? —requirió el congreso alarmado.

—En cambio es un cretino perfecto —concluyó Carlota—. Ha dicho que está dispuesto a ir hasta a un asilo.

—Carlota, te admiro —exclamó doña Leo abrazando a su nieta.

—¡Eres grande! —dijo tío Gastón.

—¡Eres formidable! —dijo la madre Flaminia.

—¡Eres inmensa! —dijo tía Elisa.

—¡Eres infernal! —dijo la prima Robinia.

—Mereces compasión como mujer del hombre más cretino del universo —comentó el primo Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico.

—Al contrario, ¡es de envidiarla! —vociferó la señora Food—. ¡Así debe ser el marido ideal!

El señor Food recordó entonces que siempre quedaba complacido cuando la señora Food decía a sus amigas: "Soy feliz, mi Gastón es el marido ideal".

—¡El tuyo es un caso especial! —le dijo la señora Food adivinando su pensamiento, y el señor Food se tranquilizó:

—Jamás lo he dudado —querida mía.

Llegado a este punto es innecesario explicar cómo doña Leo interesó en el caso al director del Colegio Pipet y cómo se trató de justificar ante los colegiales el "caso Debrai". Hemos referido textualmente el discurso del director mismo, por lo que no insistimos. No se insiste tampoco en los sufrimientos de Camilo Debrai durante los primeros contactos con sus jóvenes compañeros. Volveremos a hablar de Camilo más adelante. Graves asuntos urgen. El embrollo que parecía aplacarse, se complica. Entra en acción el señor Meditado Filet. Nadie pudo haber previsto la aparición de tan gran personaje. No sé

lamente el lector. En sus famosos Pensamientos Paralelos, Verre d'Eau, escribe textualmente: "Imprevisto es lo que no se puede prever; imprescindible es aquello de que no se puede prescindir; inevitable es aquello que no se puede evitar; ¡cuántas cosas no se pueden hacer en este mundo!"

No se lamente entonces el lector y no se sienta humillado por no haber sabido prever la aparición del señor Meditado Filet. Hay cosas, como acertadamente, hace notar con autoridad Yerre d'Eau, que son más fuertes que nuestra voluntad.

CAPÍTULO OCTAVO
LA NOVELA DEL JOVEN DESTER. — SINGULAR ENTRADA DEL SEÑOR FLLET EN UNA HISTORIA Y EN UN JARDÍN. — EL EMBROLLO SE COMPLICA. — DOÑA LEO ¿ES UNA DIABLESA? — CAMILO ESCRIBE DESDE EL COLEGIO. — CAMILO MARIDO Y COLEGIAL.

Antes de contar la entrada del señor Meditado Filet en la presente historia y con el objeto de tener un punto de referencia, será oportuno explicar algunos puntos de la aventura del joven Dester. Una mañana, el joven Dester, vistió sus mejores ropas y se hizo introducir en casa "Wagoon. Llegado a la presencia del señor Wagoon, se presentó correctamente y le dijo:

—Señor, tengo el honor de pedir la mano de su hija.

—No —respondió secamente el señor Wagoon. Luego advirtió al joven, que la salida era por la derecha.

El joven Dester aprovechó esa preciosa indicación y, mientras atravesaba el aposento contiguo al escritorio del señor Wagoon, encontró a la señora Wagoon.

—Señora —le dijo el joven Dester apasionadamente—, hace cerca de un año que me muero por usted y querría decírselo con toda libertad. ¿Podría usted acordarme una cita?

—No —contestó la señora Wagoon y suministró al joven útiles indicaciones sobre la ubicación del vestíbulo.

Mientras atravesaba el corredor, se enfrentó con la institutriz del menor de los Wagoon e inclinándose le dijo con adecuado calor:

—Señorita, hace tiempo que espero ansioso el instante de poder hablarle a solas. ¿Dónde puedo esperarla esta noche?

—En ninguna parte —contestó la institutriz y llamando a la mucama le indicó que acompañase al joven Dester hasta el vestíbulo.

La mucama no era gran cosa, pero tampoco era despreciable. Por lo tanto el joven Dester le dijo:

—Niña mía, me gustas desde hace tiempo, ¿Quieres acompañarme al cinematógrafo esta noche?

—No —contestó la muchacha abriendo la puerta. Enseguida, como la llamaron, explicó al joven Dester que era suficiente, apenas hubiese salido, tirar del batiente y la puerta quedaría cerrada.

Cuando se encontró solo en el vestíbulo el joven Dester vio un paraguas ensartado en la percha. Entonces el joven Dester, puso el paraguas bajo el brazo y se marchó exclamando:

—¡Bah!, mejor que nada.

Esta oportunidad de contar la historia del joven Dester se debe al hecho que la entrada del señor Filet en nuestra singular aventura, se produjo exactamente así, pero en sentido contrario.

En efecto, pasando el señor Meditado Filet frente a la casa de los Madellis, vio un lindo conjunto de flores y alargando un brazo entre las barras de la reja, trató de tomar una.

—¡Eh! —le gritó con severidad una camarera. El señor Meditado Filet entreabrió la puerta y entró en el jardín y con decidido ademán alargó la mano hacia la graciosa mucama mientras exclamaba:

—Entre las dos rosas, prefiero naturalmente la mas linda.

—¡Quietas las manos! —exclamó la muchacha avanzando risueña en el jardín. El señor Filet la siguió, pero le fue cortado el paso por la señora Elisa Food, mujer madura, pero no despreciable.

—Ruego quiera disculpar mi atrevimiento —explicó galantemente el señor Filet—, pero hace tiempo que esperaba el momento de decirle todo lo que...

—Señor —lo interrumpió la señora Elisa Food—, tengo marido y dos hijos. La puerta para salir es la misma por la que usted entró.

El señor Filet se alejó, pero cerca de la pérgola se encontró con la señora Flaminia. La señora Flaminia era más joven que su hermana y notablemente más apreciable.

—Señora —exclamó Meditado—, ¿no se dignará jamás advertir que un hombre desde hace más de seis meses se muere por usted?

—Le ruego se retire, soy una viuda honesta. Márchese: ¿quiere usted, entre otras cosas, ponerme en situación embarazosa frente a mi hija que en este momento llega con mi madre?

El señor Filet se encaminó entonces hacia la puerta y a los pocos instantes se encontró frente a Carlota.

Entre las rosas de aquel jardín, Carlota era ciertamente la más fresca y perfumada, pero doña Leo, rosa marchita y con muchas espinas velaba implacable.

—Señora —exclamó el señor Filet dirigiéndose a doña Leo—, tengo el honor de solicitar la mano de su nieta.

Doña Leo y Carlota lo miraron aturdidas y el señor Filet agregó:

—Soy Meditado Filet de los nobles de d'Altavianda, tengo aquí tierras y palacios y poseo dieciocho "fazendas" en el Brasil. Pongo todas mis riquezas y mi vida a sus pies y a los de su señorita nieta.

—Espero que será usted puntual a nuestro té de mañana a las cinco. Nos molestan las personas poco puntuales —respondió, sonriendo, doña Leo.

El señor Meditado Filet volvió a la calle en óptimas condiciones de espíritu y a diferencia del joven Dester, no dijo: "¡Bah!, mejor que nada".

Antes de contestar a la natural pregunta que le dirigió Carlota, doña Leo lanzó al fiel José María, al prudente señor Gastón y a la emprendedora señorita Robinia, sobre los rastros del nombrado señor Filet y esa misma noche encontraba que las tres versiones eran idénticas en el fondo: el señor Filet que acababa de comprar la ex residencia Pricot, llevaba una vida dispendiosa, poseía una importante cuenta en el banco, tierras y palacios en la provincia de Tunnel y hasta personas respetables hubiesen jurado que las dieciocho "fazendas" de Brasil eran las más rendidoras de toda la América latina.

Sólo entonces doña Leo contestó a la natural pregunta de Carlota. Dijo doña Leo:

—No, niña mía, no estoy loca. Esta es nuestra salvación. Las rentas del señor Filet pueden perfectamente permitirnos renunciar a la herencia del susodicho señor Wonder. El señor Filet es el marido que nos conviene.

—Abuela —objetó Carlota—, ¿olvidas que ya tengo un marido?

—No tenemos ningún marido, niña mía. Sólo existe actualmente en el colegio un hombre casado con nosotros en la parte remediable. Anular ese matrimonio será ahora más fácil que nunca. Dicho matrimonio, imperfecto del punto de vista material, es imperfectísimo desde el punto moral. ¿Quién no podrá jurar sobre la capacidad mental de un hombre que a los veinticinco años pretende entrar en un colegio? Se lo podría pasar fácilmente del colegio al manicomio.

—Me parece demasiado, abuela Leo —observó Carlota—. Sentiría remordimientos.

—Está bien —contestó condescendiente doña Leo—. Lo dejaremos libre, pero sólo como una atención hacia ti. ¡Pero que se cuide, el infeliz!

Carlota solicitó instrucciones sobre su futura conducta.

—Déjame hacer. Sé agradable, pero reservadísima con el señor Filet. En el momento oportuno le hablaré yo.

Los demás miembros de la familia fueron invitados a permanecer en observación cautelosa y a no solicitar explicaciones por hechos aparentemente extraños que podrían producirse en lo futuro.

Aquella noche soñó repetidamente una especie de cuadro plástico así compuesto: una imponente señora con la cabeza rodeada en aurora de fulgurante luz, golpeaba con fiereza con el pie izquierdo la cabeza de un hombre hundido de bruces en el polvo. El hombre era Casimiro Wonder, el déspota derrotado. La señora era doña Leo, la libertadora de la familia Madellis. El pobre Camilo en la alegoría no figuraba ni siquiera como alzapuertas. Nosotros, sin embargo, no olvidaremos a Camilo y a tal efecto lo visitaremos en el colegio donde se encuentra desde hace treinta días. También es de noche en Suiza, y mientras en su cama, con cortinados de terciopelo, doña Leo compone alegorías, Camilo en su breve habitación de colegial compone fatigosamente la larga carta que desde hace días viene redactando:

"Distinguida señora Carlota: Hace un mes que estoy en el colegio y las horas han pasado lentamente.

"He sufrido mucho los primeros días porque mis compañeros me llamaban abuelo y me hacían muchas bromas pesadas. Pero luego en un momento de profunda desazón, he tomado a los dieciséis más grandes y los arrojé al estanque del jardín. Desde entonces, después que hube salido de la celda de penitencia, me han respetado siempre y me ayudan a cumplir con los deberes escritos. Además, he resultado capitán del equipo de fútbol del colegio y como me desempeño bastante bien, hemos vencido ya a los mejores equipos de la ciudad.

"La aritmética y la composición no me causan fatiga, pero no alcanzo a comprender ni el latín ni la filosofía. ¿Es indispensable, pregunto, que yo aprenda estas extrañas complicaciones para tener derecho a todo lo que usted gentilmente me ha prometido? Por lo que respecta a la mesa, trato de hacerlo lo mejor posible, progreso mucho en pescado y en verduras, pero donde obtengo mejores resultados es en los asados, ya que se trata de una materia en la que es necesario tener fuerzas y realizo mucho adiestramiento, porque todos mis compañeros me piden les corte sus trozos. Confieso que en pollo me encuentro siempre en dificultades, tanto más debido a la flacura de los pollos suizos. De todas maneras, antes que usar las manos, las presas que no logro dominar con el cuchillo y con el tenedor, las arrojo bajo la mesa. Por mi larga práctica de escultor de madera y mi destreza en el uso del formón y de la gubia, logro muy buen éxito en novillo hervido que es duro y consistente.

"No sé si usted se sentirá satisfecha de mí; los señores profesores le habrán quizás informado que soy muy distraído durante las lecciones, pero no es por mala voluntad: el hecho es que usted está siempre presente en mi pensamiento y cuando dejo de pensar en usted un solo minuto, me siento tan culpable como si la hubiese olvidado.

"Tengo el gusto de comunicarle que el profesor de dibujo está entusiasmado conmigo, pero no me atribuyo mayor mérito por ello, pues se debe a la práctica de mi profesión de tallista. Ejecuto en estos momentos un retrato suyo en colores y apenas terminado se lo enviaré. Espero no se ofenderá si, en lugar de rubios, he dado a sus cabellos un color verdoso, porque he terminado todos los amarillos.

"Le ruego venga a visitarme; de no ser así, en un momento de debilidad podría escalar el muro y hacer una escapada hasta su casa. En espera de noticias suyas, la saludo con invariable devoción".

CAPÍTULO NOVENO
UNA CARTA QUE PREOCUPA. — SE HABLA DE MEDITADO FILET. — DOÑA LEO ABORDA LOS INCONVENIENTES. —: VIAJE EN TREN Y ANÁLISIS DE UNA CARTA. — MILÓN TIRA AL ARCO CON ACOSTUMBRADO ESTILO. — VISITA AL COLEGIAL. — PUERTA FRANCA. — REGRESO TRIUNFAL PERO QUE NO CONVENCE.

JOSÉ MARÍA recibía con admirable disciplina órdenes de todos los miembros de la familia Madellis, pero ejecutaba solamente las que provenían de doña Leo. En efecto, para nuestro egregio personaje, no era admisible que en jurisdicción de los Madellis pudiese ocurrir algo sin el beneplácito de doña Leo. En 1898 un terremoto ocasionó algunos daños en la residencia urbana de los Madellis, y cuando José María fue a explicar a doña Leo, que se encontraba en su residencia "veraniega, lo hizo derramando lágrimas.

—La señora debe perdonar —dijo José -María humilladísimo—, un temblor de tierra ha demolido parcialmente la pared que limita el salón verde y redujo a fragmentos el juego de porcelana antiguo.

—Está bien —contestó doña Leo severamente—. Pero que esto no vuelva a suceder en lo futuro.

Explicando esto, no debe extrañarnos que José María anunciara a doña Leo: "En el vestíbulo está el barbero para la señora", o: "Han traído una bicicleta de carrera para la señora". Nada podía existir, en casa Madellis, que no fuese "para la señora", o "de la señora". Y todo debía afluir a la señora para ser distribuido a quien correspondiese. Por eso, cuando llegó a villa Madellis la carta de Camilo, José María la colocó en el centro de una bandeja y acercándose con todo respeto a doña Leo, explicó: "Hay una carta para la señora". Llegados a este punto debemos advertir necesariamente, que doña Leo no se encontraba sola cuando José María le entregó la carta, de otra manera resultaría inexplicable cómo la expresada señora, en posesión de la carta y antes de abrirla, pidiese permiso cortésmente a los presentes. Este detalle es importante a los fines de esta historia, porque nos permite colocarnos en la verdadera situación, aun cuando nos limitemos a referir que entre los presentes estaban Carlota y Meditado Filet,

Desde hace casi un mes, todas las tardes el señor Meditado Filet explicaba a la joven Carlota las razones que tenía para considerarla la mujer más atrayente del mundo. Exactamente así: todas las tardes, precedido de hermosos ramos de flores o de preciosos regalos, el señor Meditado Filet entraba triunfalmente en la casa Madellis y, mientras doña Leo y los demás parientes, simulaban no advertir nada, ubicado convenientemente en el sillón del rincón más apartado, proporcionaba a Carlota interesantes detalles sobre la pasión que cada vez más lo acercaba a ella.

Meditado Filet, en los treinta y cinco años, alto, elegantísimo, de cabellos obscuros y provisto de magnífico bigote, era un hombre capaz de despertar la curiosidad de las mujeres y Carlota experimentaba esa situación, demostrando verdadero interés y olvidándose, sin pena, que tenía un marido en el colegio.

No podemos pasar por alto la inmoralidad de Carlota y pensamos que las casadas no deben interesarse por otros hombres que no sean sus maridos. Y estamos también dé acuerdo que una señora, cuyo marido vive, no debe acariciar visiblemente el proyecto de hallar novio. Debemos, sin embargo, considerar que Carlota casada ante la ley, era todavía señorita ante el buen Dios y ante los hombres. Por otra parte consideraba a los maridos como simples leños flotantes lanzados a un náufrago: ¿qué tiene de malo que un náufrago a la vista de un salvavidas mejor que el que tiene atrapado, tienda el brazo para asirse? ¿Y no es lógico también pensar que antes de haber aferrado firmemente el segundo, se tenga, todavía prendido el primero? Martorell en sus famosas Historias Marineras, escribía: "Infeliz el náufrago que, estando en su balsa y a la vista de un buque

abandona aquélla y se arroja al mar para alcanzarlo a nado, creyendo hallar su salvación. Puede encontrar así su miserable fin".

Es lógico, pues, dado el modo de pensar de Carlota, no deshacerse del salvavidas de Camilo antes de haber tomado segura posesión del salvavidas Meditado. Doña Leo era la única verdadera responsable de esta aventura. Pero aun en esto, hay que proceder con cautela antes de condenarla. En efecto, aquí entra en danza la reivindicación de los Cruzados contra los fabricantes de salchichas. Es conveniente tener en cuenta la relatividad de las cosas humanas.

* *

Después de haber leído la misiva, doña Leo se levantó: —¿Quiere usted disculpar, señor Filet? —dijo—, pero inesperadas e inquietantes noticias sobre la salud de un pariente me obligan a privarme de su agradabilísima compañía.

Era natural que, si doña Leo abandonaba el salón, todos debían imitarla. Según José María, el día que doña Leo abandonara este triste mundo, ninguno de la jurisdicción de los Madellis debía permitirse permanecer en él.

—Espero que no se tratará de cosas graves —auguró el señor Meditado Filet muy dolorido, y se marchó después de haber lanzado una ultima y significativa mirada a Carlota.

—¿Quién de nuestros parientes está enfermo? —preguntó el señor Gastón Food cuando el huésped se había marchado.

—¡Nosotros! —dijo sombría, doña Leo,

—¿Nosotros, por usted, o nosotros, por nosotros mismos? —se informó el señor Gastón no pudiendo valorar con exactitud la afirmación de doña Leo, dada la costumbre de la distinguida señora de usar siempre el plurale majestatis.

—Nosotros, por usted y por nosotros mismos —precisó doña Leo. Luego entregó a Carlota la carta de Camilo para que la leyera en alta voz.

Carlota leyó en alta voz y al final, cada uno expresó su parecer personal.

—Ridículo —dijo el señor Gastón.

—Cretino —dijo la señora Flaminia.

—Pueril —dijo tía Elisa.

—Fastidioso —dijo la prima Robinia.

—Enamorado como un colegial —dijo el primo Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico.

Carlota meneó la cabeza:

—Da pena.

—¡Es un criminal encallecido en el vicio! —gritó doña Leo—. Amenaza con escaparse para caer aquí como un envoltorio y arruinar definitivamente nuestro matrimonio con el señor Filet.

El señor Gastón hizo notar algo esencial; —Si Carlota debe casarse con el señor Filet, es indispensable previamente explicarle la situación matrimonial de su novia; ¿o cuentan ustedes con llegar a la anulación del matrimonio sin que el señor Filet se entere de nada?

—¡No! El señor Filet deberá saber y yo misma se lo explicaré. Pero todavía es prematuro. Cuando el señor Filet nos pida la mano oficialmente, entonces será el momento. Hasta ahora se ha limitado a hablar con Carlota y oficialmente, nosotros no podemos saber nada. ¿A título de qué lo informaremos de la existencia de ese condenado marido? Procederemos en forma tal que retarde todavía un mes largo antes de manifestar su deseo y en este tiempo, su simpatía por Carlota se transformará en pasión. Para un hombre apasionado no hay obstáculo que valga y obtendremos del mismo señor Filet la ayuda financiera para desplazar definitivamente al señor rajaleña. Hay que impedir que el criminal invada nuestra casa. Ese es el asunto.

--Iré a visitarlo al colegio, como desea —dijo Carlota—. Lo aplacaré.

La señora Flaminia juntó las manos angustiada.

—¡Carlota! —imploró—. ¡Recuerda que eres casi su novia! ¡Cuida de no comprometerte delante de la gente!

—No es el tipo de marido que pueda comprometer a una mujer de mi categoría —le aseguró Carlota.

Quedó resuelto el viaje y dos horas después, Carlota, en su cómodo camarote de primera clase, viajaba a toda máquina hacia la cercana frontera suiza.

Repasando con calma todos los acontecimientos sucedidos, se siente indudablemente la necesidad de reír; y en efecto, en un momento dado, Carlota se sorprendió de encontrarse riendo.

—El día en que pueda contar todo esto —se dijo—, si alguien queda sin morirse de risa, escribirá por fuerza, con mi historia, una novela humorística. El capítulo donde se leerá que una mujer va a visitar a su marido en el colegio, resultará formidable.

Carlota extrajo de su cartera la carta de Camilo y la releyó concluyendo: "Es un cretino". Esta definición no la dejó del todo satisfecha y la carta fue releída nuevamente un par de veces. Al final rectificó: "Es un cretino sentimental". Pero aquí le surgió una nueva duda: "iCretino sentimental o sentimental cretino!" Una quinta lectura la indujo a inclinarse por "sentimental cretino".

Se trataba ahora de averiguar si Camilo era cretino como consecuencia de su sentimentalismo o era un cretino independiente. Es decir, sentimental de corazón y cretino de cerebro, Carlota lo excluyó, las distinciones entre corazón y cerebro fueron creadas por la literatura. El hecho de que el corazón lata con más fuerza en determinadas ocasiones, no significa que en él resida el sentimiento. Si uno es «retino y su cerebro no reacciona ante determinados hechos, el corazón continuaría su ritmo normal; por lo tanto releída por sexta vez la carta, se podría deducir que Camilo más que sentimental cretino, debía considerársele como una víctima del sentimiento.

—Un desgraciado —dijo para sí Carlota—, y sintió una ligera sensación de pena.

Después de un cierto tiempo Carlota se sorprendió de encontrarse releyendo por séptima vez la carta y tuvo un movimiento de impaciencia. Estrujó el papel en el fondo de su cartera, murmurando:

—¡Es un pobre rajaleña que ha osado transformaras en marido de una Madellis-Wonder! |Qué se vaya al infierno!

Carlota se interesó por el paisaje hasta el final del viaje. Llegó en las primeras horas de la tarde y se hizo conducir inmediatamente al colegio. Tenía prisa en liquidar el asunto.

Un sirviente la introdujo, respetuoso, en el recibimiento y la dejó sola: —"La anunciaré inmediatamente al señor director".

Era uno de los primeros días de septiembre lleno de sol. Carlota se aproximó a la ventana y corrió la cortina para atenuar un poco la luz que inundaba la habitación. La ventana daba a un gran patio en el cual dos equipos de colegiales estaban disputando un encarnizado partido de fútbol, mientras el tumultuoso público compuesto por los otros colegiales rodeaba la cancha. En un momento dado, uno, diez, cien alaridos, partieron furiosos; "¡Milón! ¡Milón!". Un robusto colegial llevaba la pelota hacia el arco contrario, que se hallaba a la derecha de la ventana del recibimiento. El robusto colegial, con ligera camisa blanca deportiva parecía de bronce, por su piel sudorosa y quemada por el sol. Los equipos de fútbol normales están compuestos por once jugadores, pero eran por lo menos quince los colegiales que se arrojaron sobre el corpulento compañero intentando-quitarle la pelota. En un caso como aquél, evidentemente entran en juego también las reservas para defender los propios colores, pero ninguno conseguía detener la marcha fatal del endiablado. Era fuerte y agilísimo y la pelota parecía haber estipulado con él un ventajoso contrato de colaboración.

Los alaridos de la multitud aumentaron: "¡Milón! ¡Milón!" El nombrado Milón disparó un puntapié terrible y la pelota partió veloz como un rayo, pasó silbando entre los palos del arco, golpeó violentamente en el tronco de un hipocastáneo que surgía dos metros detrás y animada todavía de furia destructiva, acertó a entrar en la ventana del recibimiento. Pocos centímetros más abajo y Carlota la hubiese recibido en pleno rostro. Así, en cambio, la pelota rozó su frente y su sombrero voló a cuatro metros de distancia.

Cuando Camilo se hizo presente, Carlota estaba todavía acomodando su sombrero.

—¿Quién es el tal Milón que jugaba en el patio? —preguntó entre dientes Carlota.

—Soy yo —confesó Camilo—. Los compañeros me llaman Camilón, y para abreviarlo, Milón.

—Me lo imaginaba —dijo Carlota—. Primero los ramos de flores, luego las ostras y ahora la pelota de cuero. Progresamos, al parecer, señor Camilo. ¿Se ha propuesto usted destruir mi cara? ¿Tanto fastidio le da?

—Discúlpeme, señorita... Yo...

En ese momento entró el señor director, quien presentó su respetuoso saludo a la señorita Wonder, prima (según la versión de doña Leo), del alumno Camilo Debrai, y agregó alegremente:

—Es, precisamente, la hora de la salida y como nuestro alumno se ha comportado bien, nada se opone a que usted salga a pasear con su primito. El día es hermoso y le vendrá muy bien porque desde hace unos días lo encontramos muy melancólico.

Carlota turbadísima contestó balbuceando: "¡Naturalmente, naturalmente!" Y el señor director mientras Camilo se alejaba para vestirse, le susurró al oído con indiferencia:

—Diga usted a doña Leo que el enfermo mejora visiblemente, estamos en el buen camino. Progresos notables...

—Gracias —contestó con un susurro Carlota. Camilo volvió después de contados minutos.

Se encontraron paseando a lo largo de una hermosa avenida a la orilla del lago, uno al lado de la otra.

"Tratemos de no comprometernos con este imbécil" —dijo para sí Carlota recordando las sabias palabras de la madre. Se sentaron luego frente a una mesita de un café solitario bajo una pérgola, y el agua azul del lago temblaba entre las hojas.

—Acá estoy —dijo bruscamente Carlota—. ¿Se puede saber finalmente qué asunto de tanta urgencia e importancia lo indujo a amenazar con la fuga, con el objeto de obligarme a venir hasta aquí?

—Quería verla —explicó Camilo con dulzura—. Espero no haberla disgustado.

Camilo estaba empapado de sudor. Después de una hora de juego bajo un sol ardiente es una infamia pretender que un hombre deje inmediatamente de sudar sólo por el hecho de que una elegante señora esté a su lado.

—Veo que está muñéndose de calor —dijo Carlota—. Quítese la chaqueta.

—¡No lo haré! —afirmó decididamente Camilo—. Un hombre educado no se quita jamás la chaqueta en público, especialmente si está ante señoras.

—Bravo —exclamó Carlota—. Veo que aprovecha las enseñanzas que le imparten. De todos modos yo lo autorizo para quitársela.

En ese caso por excesiva gentileza o apiadada al ver acalorado al hombre que la acompaña, la señora puede insistir en que él se quite la chaqueta. Aun en este caso, el caballero, con firmeza cortés, no consiente pues tiene presente que el fugaz alivio obtenido, no compensa la descortesía de presentarse ante una dama en atuendo tan descuidado y desceñido...

—¿Desceñido?

—Sí, señorita: desceñido en su acepción de hombre desarreglado y ordinario.

Camilo tenía una óptima memoria, evidentemente, y si le hubiesen pedido podría suministrar detalles preciosos sobre el número de la página que contenía tanta prosa.

Pero Carlota pensaba en los hermosos y endemoniados brazos sudorosos que brillaban al sol.

—Todo está bien, pero ¡yo le ordeno que se quite la chaqueta!

Camilo, entonces, se la quitó y los formidables brazos de bronce emergieron de las cortísimas mangas de la camisa.

"Brazo de changador —pensó Carlota—. Éste sería capaz de tomar por el cuello al señor Filet y arrojarlo a veinte metros de distancia. Que el buen Dios me libre de este bruto".

—Estoy cansado de estar en el colegio —suspiró Camilo.

—¿En poco más de un mes? —protestó Carlota—. ¿No se encuentra bien aquí? Un colegio hermoso, con comodidades, y un paisaje encantador. ¿No mira las luces rojas del lago cuando se pone el sol?

—Sí, pero prefiero mirarla a usted. También usted adquiere un hermoso tinte rosado en el atardecer. Todo se vuelve rosado con las ultimas luces de la tarde.

—No sabía que en el colegio impartieran también lecciones de humorismo —rebatió Carlota—, ¿Ya no le interesa, entonces, que yo lo mire con simpatía creciente antes que con fastidio?

—No me reproche, señorita Carlota —protestó Camilo—, usted sabe que yo la quiero.

—Está bien —cortó Carlota—. ¿Por qué entonces en vez de sentir los caprichos de un colegial, no me cuenta un poco de su vida en el instituto? ¿Estudia? ¿Terminó mi retrato?

Camilo se serenó, buscó en su chaqueta y sacó un rollo que desenvolvió lentamente y aplanó con cautela.

—Aquí lo tiene.

Carlota quedó sin aliento. Efectivamente se trataba de una admirable obra de arte, y dijo afablemente:

—Según su opinión, ¿yo sería, esa señora tan linda?

—Sí, señorita. Tan linda y aun más, usted no se puede ver y no lo sabe.

—¡Sí, yo me veo! Un millón de veces me he mirado al espejo con estos ojos.

—Pero no con éstos —suspiró Camilo tocándose ligeramente los suyos.

Carlota se sintió turbada; quizá la separación entre corazón y cerebro existe realmente y Camilo era independientemente sentimental y cretino. Sentimental por el corazón y cretino por el cerebro. En todo, era indispensable tomarlo con suavidad, astutamente. Y fue suave y astuta:

—Le agradezco mucho sus delicadas expresiones, pero no me ha dicho todavía cómo van sus estudios; me interesa mucho ese asunto, porque de ello depende todo.

Camilo dio las explicaciones requeridas. En un mes había aprendido en realidad muchas cosas y Carlota se mostró satisfecha:

—Veremos el boletín, de calificaciones al final del primer trimestre —concluyó.

—¿Podré salir pronto de aquí? —requirió Camilo.

—Depende de usted, pero debe prometerme no hacer locuras. Me he comprometido ante los míos y les he asegurado que usted es un hombre de buen sentido e inteligente. No me haga quedar mal ante ellos.

—Le juro que no me moveré de aquí hasta que usted no me autorice.

Mediaba la tarde y el lago resplandecía con los rayos del Sol.

—¿Le agradaría un paseíto en bote? —preguntó tímidamente Camilo.

"Con esto no me comprometo —pensó Carlota—. Tan desarreglado y quemado por el sol, lo tomarán por un botero".

El paseo en bote resultó largo y los remos se arqueaban bajo las fuertes manos de Camilo.

—"Si este infeliz advirtiese que estoy jugando con él como si fuese un muñeco, sería capaz de torcerme el pescuezo con sólo dos de sus dedos. Cuando lo sepa será tarde". Ésta fue la primera reflexión juiciosa de Carlota. La última lo fue aun más: "Tiene hasta el

cabello ondulado y brillante, es una de aquellas bellezas clásicas de bañista o de modelo para estatuas alegóricas. El hombre ideal para camareras y vendedoras de pescado. Un marido como éste, deberían disputarlo a mano armada todas las criadas del barrio". Se separaron en el vestíbulo del colegio.

—¿Cuándo volverá? —preguntó tristemente Camilo.

—Depende de usted —contestó Carlota tendiéndole la mano. Luego dejó escapar una débil queja, mientras decía:

—Señor Camilo, una repasadita al capítulo sobre forma de estrechar las manos, no le vendría mal.

—No es necesario, lo sé todo de memoria.

—En ese caso ¿le parece entonces que éste es el modo de estrechar la mano de una pobre señora?

—Ciertamente no, pero debe perdonarme. Es la primera vez que estrecho la mano de una señora que es mi esposa y me he turbado. Lo haré mejor en la próxima visita.

"Espera, que tienes para rato", rió para sí Carlota mientras se dirigía a la estación.

Llegó a su casa casi a medianoche y la familia entera esperaba ansiosamente su regreso.

—¿Y bien? —dijo con emoción doña Leo.

—El enemigo ha sido rechazado más allá de la línea del horizonte —le aseguró Carlota.

—¿Has tenido que hacer muchas concesiones a aquel bruto? —preguntó la señora Flaminia.

—Ninguna, mamá. Ni hemos salido del vestíbulo del colegio ni alcancé a estrecharle la mano.

—¡Cómo! ¿Acaso el desnaturalizado tenía la intención de estrecharte la mano?

—Claro que sí, pero he fingido no ver. "Buenas noches, señor Debrai". Nada más. No conviene dar confianza a los maridos.

CAPÍTULO DÉCIMO

NARRACIÓN DE UN DÍA HISTÓRICO. — EL ALMUERZO DE LAS BURLAS. CAMILO SE EVADE Y MEDITADO FILLET PREPARA UN HÁBIL ENREDO. UNA COMEDIA IMPORTANTE. CARLOTA INSINÚA UN REPROCHE A CAMILO. — ROBINIA SE INMISCUYE EN LA AVENTURA, MIENTRAS DOÑA LEO DECIDE, ACELERAR LOS HECHOS.

DEBEMOS dejar por ahora necesariamente transcurrir un cierto tiempo sin preocuparnos de nuestros personajes. Hasta ahora a cada uno de ellos le ha sido asignado un carácter, una índole, un temperamento, alguna fuerte pasión y lo que más interesa, un programa bien definido. Por lo tanto tienen la posibilidad de proceder por sí solos sin caer en embrollos. El autor puede en consecuencia concederse una merecida tregua para reiniciar, cuando lo considere oportuno, la dirección de las alternativas. No se sorprenda el lector de ver inmovilizados a los protagonistas de esta historia; podría sucederles, algo peor. Por ejemplo, que se dijese de ellos: "Una terrible inundación destruía en forma fulmínea todas las localidades que interesan a nuestra crónica. Los miembros de la familia Madellis, comprendido Meditado Filet, morían en aquel desastre, mientras el señor Debrai (desplazado en Suiza), considerando las dificultades que se habrían encontrado para extender las inundaciones hasta aquel país montañoso, con laudable gesto de adaptación, moría de tristeza. El señor Casimiro Wonder encontrándose como único sobreviviente y no teniendo la fuerza de proporcionar por sí

solo materia para una novela, se retiraba a concluir sus días en los suburbios de Enfiteusis. (Parnaso Meridional).

Medite el lector y recuerde que solamente por una afortunada casualidad, las más célebres novelas son lo que son. Si, por ejemplo, durante el primer capítulo, una humildísima pulmonía hubiese quitado del número de los vivos a don Rodrigo ¿quién podría gustar hoy de aquella obra maestra conocida con el nombre de Los Novios, de Manzoni?

Medite el lector y aproveche la ocasión para agradecer al buen Dios que concede a los personajes de las novelas un tratamiento especial y les evita las desventuras y los incidentes, que por lo común, cortan antes de tiempo los más promisores acontecimientos de la vida real. Cerremos esta breve digresión abandonando los proyectos de inundaciones y dejemos transcurrir un breve mes sin preocuparnos de nuestros personajes; reanudemos la narración y veamos que cosas suceden.

La familia Madellis vivía uno de los días más gloriosos de su historia.

Oficialmente el almuerzo de gala decretado por doña Leo, tenía por objeto festejar a Carlota el día de su cumpleaños, pero en realidad el acontecimiento tenía su importancia por razones muy especiales.

—Juzgo que el señor Filet está en condiciones espirituales favorables a nuestro proyecto —había afirmado solemnemente doña Leo—. Su pasión por Carlota ha llegado a una intensidad más que satisfactoria y bastará que pongamos a su disposición la atmósfera adecuada, para que ella se manifieste plenamente. El cumpleaños de Carlota nos dará la ocasión: invitaremos a almorzar al señor Filet, le haremos participar del aire íntimo de familia, lo reanimaremos con nuestros mejores vinos y al levantarse de la mesa, el señor Filet no podrá librarse de pedirnos del modo más oficial, autorización para comprometerse con Carlota.

—Lindo enredo —exclamó Carlota—. Aunque acojamos favorablemente su pedido, no creo que mi marido permita tan extraña situación.

Doña Leo se fastidió:

—No creo conveniente que una mujer en la que corre la purísima sangre de los Madellis, el día anterior a] de su compromiso con un caballero, recuerde públicamente sus indignas relaciones con un plebeyo.

—¡Abuela, se trata de mi marido!

Doña Leo dijo con decisión:

—Entre un marido oficioso y un novio oficial, debe ser preferido el novio oficial. Por otra parte nadie te ha pedido que te preocupes de las complicaciones eventuales que puedan surgir, en ellas pienso yo. El señor Filet pedirá comprometerse con nosotros y nosotros nos comprometeremos. Luego, trascurrido un determinado período, le expondremos la verdadera situación y lo induciremos a prestarnos su valioso concurso para la eliminación del obstáculo. Anulado el matrimonio, la victoria será completa.

—¿Y si el señor Filet al conocer la existencia del expresado obstáculo, no quisiera saber más nada conmigo? —había objetado Carlota.

—Te quedará siempre el otro marido —contestó doña Leo.

—¿Y si el otro marido, conociendo a su vez toda la intriga, se indignase y me plantara haciendo anular el matrimonio impidiéndonos así recibir la herencia?

—Él no la sabrá nunca, pues procederemos con extrema reserva.

Llegó el gran día y las habitaciones de villa Madellis se llenaron de flores. Flores maravillosas y preciosísimas, en enormes ramos, en cestas y agrupadas en toda forma. El señor Meditado Filet agradecido por ser el único extraño admitido en la fiesta íntima, envió mil orquídeas, traídas Dios sabrá de dónde y a qué precio. Carlota se ocupó durante toda la mañana de tomar nota de los cientos de nombres impresos en las tarjetas que acompañaban a las flores.

—Todos se han acordado —dijo al fin—. Todos, hasta tío Casimiro.

El tío Casimiro había enviado un ramo de ciclámenes y en el sobre que blanqueaba entre las perfumadas flores, no había una tarjeta de visita, pero sí una importante asignación de dinero.

—He aquí al acostumbrado villano que busca ofendernos en todas las ocasiones ostentando su despreciable riqueza —exclamó doña Leo disgustada, arrojando el sobre y su contenido dentro de un cajón del escritorio que luego cerró cuidadosamente, guardando la llave en su bolsillo. Entonces llamó a José María:

—José María, tome esos ciclámenes y llévelos al cuarto de baño.

—¿En la bañera? —preguntó José María.

—Son las flores del susodicho Casimiro Wonder —explicó doña Leo. José María-contestó entonces que había entendido.

El ambiente señorial que hemos creado para nuestros personajes, nos prohíbe especificar dentro de qué artefacto del cuarto de baño encontraron miserable fin los ciclámenes del señor Casimiro Wonder, sobre ésto contamos con la comprensión del lector. Terminada la inspección de los homenajes florales, Carlota se había apartado en el salón azul, pero toda la familia la rodeó inmediatamente.

—¡Afortunada joven! —suspiró doña Leo—. Jamás mujer alguna ha recibido de su enamorado un obsequio de mil orquídeas en una sola vez.

—Ha sido un verdadero plebiscito de afecto —comentó alegremente la madre, señora Flaminia.

—El hecho de encontrarnos aquí, alejados del mundo, no ha impedido que todos nuestros amigos recordaran este día. Inmensa satisfacción para ti y para el resto de la familia, mi querida Carlota —observó orgullosamente el señor Gastón Food.

—¡Un triunfo! —aprobó tía Elisa.

—Todos te han recordado: ¡es como para estallar de felicidad! —reconoció con evidente resentimiento la prima Robinia Food.

—Solamente los maridos no recuerdan a las esposas lejanas —dijo con indiferencia el primo Edo Food, quien no carecía de un cierto sentido práctico.

Carlota alzó los hombros.

—Si fuese una persona educada no lo hubiéramos mandado al colegio —exclamó riendo. Y todos rieron divertidos. —José María —ordenó doña Leo cuando terminó la risa —. Si llegasen flores de parte del señor Debrai, no habrá necesidad de que le diga dónde debe colocarlas.

—No señora, no será necesario —contestó José María—. Irán naturalmente, a juntarse con los ciclámenes del señor Casimiro.

Rieron todos durante largo rato, pero Carlota no parecía muy convencida. Tenía buenas razones para manifestarse así. Aceptaba que Camilo no le interesara nada, aceptaba que las eventuales flores de Camilo hubiesen tenido el triste fin de los ciclámenes, pero le molestaba que su rústico marido no recordara el cumpleaños de su esposa. Oficiales u oficiosos, estimados o despreciados, amados o detestados, loa maridos tienen siempre deberes hacia sus esposas: es una cuestión de principios.

Narran las crónicas del setecientos que el vizconde de la Pipe, como consecuencia de un naufragio se encontró en un escollo con su lacayo, un tal Patton. Después de pasarse seis días sin comer, acosado por el hambre estranguló al lacayo y se lo comió. El vizconde no tenía aprecio por su sirviente, antes bien lo detestaba cordialmente, sin embargo, se fastidió mucho cuando comenzó a comer y su sirviente no le auguró "buen apetito". Es una cuestión de principios.

El almuerzo solemne fue el triunfo de la tesis de doña Leo. El señor Meditado Filet puso bien pronto los ojos lánguidos y los usó exclusivamente para seguir los movimientos de Carlota. Como se encontraba frente a ella, su acción fue favorecida y sus suspiros fueron fácilmente advertidos por la interesada.

—He vagado por todo el mundo —exclamó en un momento el señor Filet. He habitado en cien casas distintas, he satisfecho mí apetito en cien mil hoteles en compañía de cien mil personas distintas. A mediodía almorcé a la sombra de las pirámides, por la noche cené al pie del Vesubio y a la mañana siguiente, abriendo la ventana de mi habitación, vi ante mí las ruinas de la Acrópolis y del Partenón. Siempre así, eternamente así porque me parecía que detenerse era lo mismo que morir. He tenido miles de casas y, sin embargo, hoy advierto que nunca he tenido una casa.

Así dijo Meditado Filet, en voz baja, mirando los ojos de Carlota, y agregó suspirando:

—He vivido miles de aventuras extraordinarias y hoy advierto que no he vivido la única aventura extraordinaria que vale la pena de ser vivida: la aventura que comienza encontrando una niña en el camino de un jardín y que termina encontrando a esa misma niña en todos los momentos entre las paredes de una casa. Carlota sonrió dulcemente.

—Yo me he preguntado siempre con verdadero estupor cómo puede atar un hombre su existencia a una mujer. Hoy me pregunto con idéntico estupor, cómo un hombre puede no atar su existencia a una mujer.

José María, suave como un fantasma, se llevó el plato de la sopa del señor Filet, todavía intacto.

—Sus expresiones, señor Filet, son distintas a las de los, demás hombres —contestó Carlota...

Los lectores deben perdonar esta ruda expresión, pero Carlota había pronunciado la más torpe de las mentiras.

¿Qué ser humano no habla así a la mujer con quien quiere casarse? ¿Podía acaso el señor Filet pronunciar un discurso, más trivial?

Pero esto no tiene importancia. Carlota le contestó en los términos referidos y lo que más importa, miró con real languidez al señor Filet.

—Carlota —susurró el señor Filet—, el primer día que la vi le pregunté si quería ser mi esposa. Ahora me hago cargo que fue un imprevisto golpe de locura y que procedí como los personajes de las novelas. Pero en estos dos meses he vuelto a meditar sobre lo mismo y hoy le solicito de la manera más humilde: Carlota, ¿me concederá un día, la gracia de ser su esclavo?

Meditado Filet era efectivamente un hombre seductor y, Carlota olvidó varios importantes detalles de su estado civil. Se sintió presa de una sutil dulzura e indicó con la cabeza que sí. —¿Puedo hablar al respecto con su familia?

Sí, indicó de nuevo con un movimiento de cabeza la desgraciada Carlota. Meditado Filet no pudo resistir más. El hecho que debía verificarse al terminar el almuerzo, se cumplió en el momento de servirse el pastel de perdices. Meditado se levantó y anunció:

—Señoras y señores, debo comunicarles una noticia sensacional, ¡la señorita Carlota y yo...!

—¡El señor Camilo Debrai! —dijo en aquel momento José María apareciendo de improviso.

Meditado Filet se interrumpió fastidiado: ¡al infierno con el condenado intruso! La familia Madellis palideció angustiada, pero Carlota intervino con rapidez.

—Es un pariente nuestro un poco tonto —explicó sonriendo Carlota al señor Filet—. Permítame un momento —y se levantó dirigiéndose decidida contra el invasor.

—Usted —dijo duramente Carlota cuando se encontró frente al enemigo—, ¿qué ha venido a hacer aquí? ¿Cómo es que a pesar de su juramento no se encuentra en el colegio?

—Le he traído un ramillete de flores y mis augurios de felicidad por su cumpleaños —explicó Camilo.

—Aprecio el simpático gesto —admitió de mala voluntad Carlota—. Pero tanto los augurios como las flores hubiesen sido agradecidos igualmente si se hubiesen enviado por correo.

—Los augurios podía enviarlos, pero las flores no —se excusó Camilo.

—Era suficiente que usted hubiera escrito a un florista de ese lugar y las flores hubiesen llegado con toda felicidad.

Camilo sonrió y mostró un pobre ramillete de flores.

—Pero éstas no. Las he recogido en el mismo jardín donde recogía las que arrojaba a su habitación... Aquellas que recibió en pleno rostro el día famoso... Suponía las hubiese agradecido más por su significado, digamos así, simbólico. Estas flores no las podía encargar a ningún jardinero.

"Siempre supuse que es un cretino sentimental", pensó Carlota. Luego, gracias a un notable esfuerzo, consiguió sonreír.

—Le estoy muy agradecida. Es una delicada atención. Espero que esta vez no me arroje el ramillete al ojo. Pero, ¿dónde ha deslucido sus zapatos en esa forma?

—Como no corrían más trenes desde la ciudad, he venido a pie —explicó Camilo.

—¿Treinta y dos kilómetros a pie? —exclamó estupefacta Carlota—. ¿Se ha vuelto loco?

—No, pero como la quiero mucho...

—Le ruego —lo interrumpió Carlota—. Dígame, más bien, cómo obtuvo el permiso del director del colegio.

—Me escapé —confesó Camilo—. No pude evitarlo.

—¿Escapado? ¡Esto sí que no lo esperaba de usted! —gritó Carlota. Pero en el mismo momento Se acordó que, los comensales la estaban, esperando y se detuvo.

—Hablaremos luego —dijo dirigiéndose al comedor—. Ahora entre, siéntese a la mesa y trate de comportarse del modo menos indecente que le sea posible: tenemos un convidado de categoría.

—¿Qué deberé comer? —preguntó Camilo preocupado.

Carlota levantó los hombros.

—Pastel de perdices, ternera al Madera, pollo a la Gutemberg.

—¿Postres?

—Ciertamente, torta y pastelillos de crema.

—Muy bien —dijo tranquilizado Camilo—. Son todas cosas en las que estoy preparado. Saldré airoso del paso.

Camilo fue presentado a Meditado Filet como "nuestro Camilo", y enseguida se le ubicó al costado de Robinia.

La conversación retomó inmediatamente su animación y todos se propusieron, loablemente, no advertir la presencia de Camilo. Sólo Robinia se ocupó del infeliz personaje. Nadie se lo había indicado, pero estaba sobrentendido, que habiéndole colocado al lado el inesperado comensal, se lo había confiado a su vigilancia.

—Señor Debrai, le aconsejo tratar con delicadeza la lonja de ternera —le dijo a media voz—. Trate de no salpicar la cara a nadie con la salsa. Es usted un aprovechador

—¿Aprovechador?

—Sí, aprovechador, pues especula con la presencia de extraños para realizar impunemente sus infames propósitos. ¡Despacio con el cuchillo! Límpiese la boca.

—Pero mi gestión se redujo a traer flores para el cumpleaños —se excusó Camilo.

—Lindo argumento. Si todos los que han enviado flores hubiesen concurrido debíamos haber pedido prestadas las ollas a algún regimiento.

—Pero yo estaba obligado a concurrir, señorita Robinia: soy su marid...

—Trate de no decir tonterías —lo interrumpió Robinia, y lo acosó con una docena de preguntas sobre los sistemas didácticos del colegio, acerca de las predicciones del tiempo, la técnica de las tallas, la situación política internacional. Era indispensable impedir que Camilo hablase de lo que no convenía.

Entretanto el señor Meditado Filet había recobrado su posición interrumpida y ayudado por el exquisito vino de la casa Madellis, volviendo a su expresión notablemente lánguida, miraba apasionadamente a Carlota y le hablaba en voz baja con dulce sonrisa.

—¿Quién es el que está sentado frente a su prima? —preguntó de repente Camilo.

—Señor Debrai —imploró Robinia—, por amor de Dios no mire en esa dirección. Es de mala educación fijar los ojos sobre una persona. Dígame más bien la técnica de la talla es la misma que la de la xilografía.

—No, la xilografía es otra cosa, pero ese señor mira fijamente a Carlota y estira el cuello para ver mejor. Además no es de persona educada apoyar los codos sobre la mesa y hablar en voz baja con una persona cuando hay otra a su alrededor.

—Si un huésped comete una inconveniencia, las personas educadas tienen la obligación de fingir que no la advierten. ¿Qué opinión tiene usted de Suiza, es un lindo país?

—Bello; lo sensible es que sea todo montañoso... ¿ Qué papel desempeña?

—Lo sabrá usted qué papel representa. Yo nunca estuve en Suiza.

Camilo sacudió la cabeza:

—Pregunto qué papel representa ese sujeto, no Suiza.

—¿Qué demonios tiene que ver el señor Filet? Hablábamos de Suiza —rebatió Robinia —. ¿Está usted dormido?

—No, señorita: sí tiene que ver el señor Filet porque es él quien se interesa por Carlota. Suiza no tiene interés por Carlota —explicó Camilo.

Robinia exageró al encontrar graciosa la ocurrencia. Luego dijo que el señor Filet era un funcionario del gobierno que había conocido a Carlota cuando era pequeña y todo se deslizó discretamente hasta el champaña.

En ese momento sucedió una cosa horrible.

En efecto el señor Meditado Filet se levantó de improviso y anuncio:

—Señoras y señores, voy a darles una noticia sensacional...

Doña Leo contraatacó decidida:

—Le ruego señor Filet, si la noticia sensacional que nos promete es la que anunció hace dos meses en el jardín, es innecesario que prosiga. La conocemos todos y estamos perfectamente de acuerdo con usted.

Tranquilizado, Filet se interrumpió agradablemente sorprendido. Todo se cumplía sin dificultades y por el mejor camino. Volvió a sentarse.

—Adivinó, doña Leo —exclamó riendo.

—¡Viva! —exclamó el señor Gastón, alzando la copa de champaña.

—¡Viva! —contestaron todos brindando.

Solamente Camilo no decía ¡viva!, y Robinia le ordenó que gritase también.

—¿Viva qué cosa? —contestó Camilo con bajísima.voz.

—Es sencillo, viva por la noticia sensacional.

—¿Qué noticia sensacional?

Robinia se enojó.

—¿Se puede saber dónde enseñan la educación si no la enseñan en los colegios? ¿Le parece que es de persona educada inmiscuirse en asuntos ajenos?

—Está bien —rebatió Camilo—. Yo no deseo inmiscuirme, pero si debo gritar viva por algún asunto, debo conocer de qué se trata. Si no, no grito viva.

Robinia advirtió con terror que Filet alargaba la mano sobre el mantel con el evidente intento de estrechar la de Carlota. Se inclinó decidida sobre el oído de Camilo y le susurró:

—La noticia sensacional consiste en que el ministerio Tartín será reemplazado por el grupo Trepagnet.

—Y ¿por qué doña Leo no ha permitido que él lo dijese? Robinia se inclinó aun más hacia el oído de Camilo: —La política es la política. Tenemos servidumbre nueva, es mejor ser prudente.

El señor Filet había conseguido su intento y retiraba su mano cuando Camilo dirigió su mirada hacia él:

—¡Viva! —dijo Camilo levantando la copa y ese viva resonó sombríamente en el silencio.

—El ministerio Tartín me es antipático —explicó en voz baja Camilo a Robinia que lo miraba asombrada.

Carlota que había vivido momentos de angustia trató de disculpar a Camilo:

—No le haga caso, señor Filet —susurró—. Como ya le he dicho, es un poco tonto. No se ofenda.

—¿Ofenderme? —contestó riendo el señor Meditado Filet—. Todo lo contrario. Este "viva" fue proferido después de larga reflexión y por lo tanto es el más sincero. El pariente de ustedes, después de habernos observado con insistencia (lo he advertido) ha comprendido que nos amamos y se complace de nuestra felicidad.

—¡Cómo comprende usted a los hombres! —observó Carlota con admiración.

La reunión se trasladó al jardín para gozar de las últimas tibiezas de aquel hermoso, día de otoño.

—Ofrézcame el brazo —ordenó Robinia a Camilo, quien consideraba con preocupación el hecho que el señor Filet se hubiese sentado con Carlota en el banco más solitario del jardín. —No me explico qué cosas tan secretas tendrá que comunicarle para hablarle siempre al oído —dijo malhumorado Camilo.

—Le estará explicando los detalles del nuevo ministerio —explicó Robinia.

—¡No comprendo por qué razón cuando un hombre quiere explicarle detalles políticos a una señora debe apretarle el brazo en esa forma! —observó con inquietud Camilo.

—¡Al columpio! —gritó Robinia simulando y arrastrando a Camilo fuera de la vista de Filet y de Carlota—. Yo me colocaré sobre el columpio y usted me impulsará.

Robinia se sentó sobre el banquillo del columpio y Camilo comenzó a empujarla. Dejó de hacerlo cuando oyó un grito desesperado.

—¡Asesino! ¿Quiere matarme? Robinia se apeó furibunda.

—Con uno más de sus terribles empujones habría dado la vuelta completa, ¿Se puede saber en qué piensa cuando impulsa a las señoritas sentadas en el columpio?

—Le pido perdón —balbuceó Camilo, y Robinia aceptó las excusas con disgusto.

—¿Estará usted celoso porque un viejo amigo de la familia se sentó junto a su esposa?

Camilo afirmó que no pensaba en eso y Robinia continuó: —Además, el señor Filet no sabe que usted es el marido de Carlota. ¿No se ha establecido acaso con su aprobación, que Carlota lo presentaría como marido tan sólo cuando usted se hubiese mostrado digno de una descendiente de una Madellis? ¿O quiere echarlo todo a perder y arrojarnos en el ridículo para ir a decirles: "¡usted, señor Filet, levántese; yo soy el marido de Carlota?"

Camilo se abandonó sobre un banco con la cabeza entre las manos.

—Tiene razón —exclamó—, todos tienen razón, pero estoy enamorado de Carlota y esto es un inconveniente serio, pues cuando pienso en ella no entiendo más absolutamente nada. ¿A usted nunca le ha pasado estar enamorado de su mujer?

—No, a mí no —contestó riendo Robinia—, pero me imagino como será. Sinceramente, no puedo censurarle. Debemos reconocer, sin embargo, que Carlota ahora no se comporta demasiado bien con usted y que parece gozar de sus enojos.

Más tarde, después de unos instantes de silencio durante cuyo lapso había admirado los lucientes cabellos y el fuerte cuello de Camilo, Robinia gritó de improviso y con voz extraña:

—¡Indudablemente es usted el hombre más estúpido del mundo!

Camilo levantó su cabeza mirándola y en sus ojos se advertía una cortés súplica de explicaciones.

—Su esposa está coquetendo para fastidiarlo y usted permanece aquí tranquilo sin mover un dedo.

—¿Y qué podría hacer? —preguntó Camilo extendiendo los brazos.

—¡Pagúele en la misma moneda! ¿Ella coquetea con un hombre y coquetea usted con una mujer? ¡Así se debe proceder!

Camilo se encogió de hombros:

—Tiene razón, pero ¿dónde encuentro una mujer en este momento?

—¿Y yo soy, acaso, un perro ganadero de Pomerania? —contestó Robinia.

—Pero usted...

—Me da usted lástima, tanta lástima qué no obstante el disgusto que me inspira, aceptaré representar la comedia por usted. Sentémonos en aquel banco.

Llegaron al banco.

—Acérquese bien a mí y hábleme al oído. Reiré ruidosamente —Así explicó Robinia, y Camilo preguntó qué debía decirle.

—Diga cualquier cosa —explicó Robinia—. De todas maneras es una comedia. ¡Pero acérquese más, bendito muchacho! ¿Teme que lo coma? ¡Comience!

—Hoy es miércoles —le susurró al oído Camilo y Robinia rió divertida.

—Magnífico, señor Camilo.

Un arbusto se interponía entre los bancos, distantes unos veinte metros, pero era un arbusto poco espeso y Carlota cuando oyó las primeras carcajadas de Robinia levantó la cabeza y vio lo que debía ver.

—Treinta días tiene noviembre con abril, junio y septiembre, de veintiocho sólo hay uno y los demás treinta y uno —susurraba entre tanto Camilo a Robinia y una nueva carcajada estridente y un nuevo grito, hicieron que Carlota levantase la cabeza por segunda vez.

—¿Le parece señor Camilo?

Las risotadas de Robinia fueron disminuyendo de su tono y los gritos cada vez más suaves, tanto que Meditado Filet no pudo evitar de observar alegremente:

—Carlota, su atento pariente no pierde el tiempo: fíjese cómo ha acorralado a su infeliz prima.

Carlota miró con indiferencia: Robinia tenía abandonada lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Camilo, mientras que Camilo lánguidamente le susurraba al oído: "el portón está abierto, la puerta está cerrada, la nieve es blanca, las ruedas giran, el hastío cansa, la planta es verde, clara está la mañana. Doce, quince, cuarenta y nueve, el cielo es azul, mañana llueve, abre el paraguas, canta el pinzón sobre el jazmín". Sin comprenderlo el desgraciado hacía poesía.

—Carlota, ¿qué le parece si siguiéramos el ejemplo de ellos?.—susurró Meditado Filet con dulcísima voz.

Carlota no volvió a alzar la cabeza porque Robinia y Camilo no le interesaban, pero vio muy bien que Robinia y Camilo se besaban.

—Volvamos a casa —dijo Carlota—. El champaña me ha producido dolor de cabeza.

Una vez en ella, mientras se despedía de la familia Madellis, dijo el señor Filet dirigiéndose a Carlota:

—¿Podré volver mañana a presentarle mis respetos?

—Naturalmente —contestó doña Leo aprovechando el silencio de la nieta.

Meditado Filet se marchó mientras Camilo y Robinia regresaban a la casa.

—Cada vez me convenzo más que es usted un mal educado —dijo Robinia—. Ni siquiera me devolvió el beso que le di.

—Disculpe, señorita —murmuró Camilo— pero como se trataba de una farsa...

—Precisamente, señor Debrai: o las comedias se representan bien o no sirven para nada. Esperemos que Carlota no haya advertido que usted no me devolvió el beso. Habría sido un trabajo inútil.

—Esperemos —contestó el desventurado.

El interesante coloquio terminó aquí porque José María se acercó a Camilo y le comunicó:

—Al señor lo esperan en el salón azul.

—¡Es usted un malvado! —gritó Carlota en cuanto Camilo entró en el salón azul. Camilo palideció:

—He comido la carne en forma impecable —balbuceó el infeliz—. No he bebido con la boca llena, y asimismo me he comportado honorablemente con la torta y con los pastelitos. La señorita Robinia podrá certificarle...

—¡Usted es un malvado! —repitió Carlota con mayor encono—. ¿Pretende, acaso, pasar por humorista? Es usted un ingrato. Mientras su esposa lo mantiene con sacrificios en un colegio donde le den la educación que le falta, usted se comporta como un galeote, escapa y cae sobre la familia a traición, proporcionándole el más angustioso malestar.

—Me he limitado a traerle flores para su cumpleaños —contestó humildemente Camilo, y Carlota se serenó en parte, ¿Qué le importaba ese infeliz? ¿Su único objeto no era acaso, obtener que Camilo regresase al colegio y permaneciese tranquilo allá lejos hasta que doña Leo pusiese término a su empresa? ¿Por qué Carlota se acaloraba? Frente a esta reflexión, volvióse amable y cordial:

—Su proceder me inquietó —dijo sonriendo—. Sobre todo por el papel desairado ante los míos. ¿Cómo podrán creerme en adelante cuando les diga que me ama tanto que no retrocedería ante ningún sacrificio?

—Perdóneme, Carlota —suspiró aliviado Camilo—. No he procedido de mala fe. Quería volver a verla a toda costa... —Ruborizado y vacilante dijo:

—He sufrido tanto viendo que el señor Filet le hablaba en voz baja...

Carlota se puso a reír:

—¡Oh, Dios mío, qué necedad! ¿Acaso no hablaba usted en voz baja con mi prima? Sería una ridiculez que yo sufriese por eso. Somos marido y mujer solamente en mínima parte y podemos, en consecuencia, gozar todavía de toda nuestra libertad, ¿no le parece? Además, permítame que le diga, no es un hecho simpático que usted en presencia de su esposa bese a la prima. Es una cuestión de buen gusto.

El infeliz de Camilo juntó las manos suplicantes: —Se lo juro Carlota, yo no he besado a su prima. —Es extraño; deberé ocurrir al oculista, entonces —replicó Carlota con sutil ironía—. Juraría que las dos personas que se besaban en el banco frente al mío, eran el señor Camilo y la señorita Robinia.

—Le aseguro por mi honor —gimoteó Camilo—. No he sido yo.

—¿No?

—Fue ella. Para ayudarme.

—¿Para ayudarlo?

Camilo contó los detalles de la comedia representado y concluyó:

—Tengo la certeza de serle profundamente antipático, pero como sufría tanto, la señorita Robinia se apiadó de mí.

Téngame asimismo compasión y perdóneme, Carlota.

—Me doy cuenta de todo —replicó Carlota— y me guardaré muy bien de reprocharle nada. Le aconsejaré más bien en no insistir en estas comedias que no son nunca de buen gusto.

--Jamás hubiese pensado en realizarla, pero la señorita

Robinia se mostraba tan gentil y se ofreció con tanta cortesía... .

—Comprendo, Robinia es siempre muy gentil y cortés; y se sacrifica, pero por ello no hay que aprovecharse.

—Le aseguro que no lo haré más.

Carlota se manifestó muy satisfecha del giro de los sucesos y concluyó:

—¿Parte con el tren de las diecisiete o con el de las veintiuna? Hágamelo saber y así lo haré conducir con el coche hasta la estación.

Camilo la miró boquiabierto.

—Le entregaré una justificación para el rector. Pero usted me prometerá escribirme todos los días. Quiero que me cuente todo lo que hace y todo lo que piensa. Lo visitaré muy pronto. ¿Me llevará a pasear en bote como la otra vez?

Era la primera vez que Carlota le hablaba con voz tan dulce y Camilo sintió que su corazón emprendía una endemoniada danza.

—Sí, Carlota —susurró—. Pasearemos en bote por donde usted quiera. Nos parecerá navegar en el mar y cuando nos encontremos solos en medio del agua azul, le diré todo aquello que...

Camilo había sujetado fuertemente la mano de Carlota.

—Si toma usted el tren de las diecisiete, como le aconsejo, apenas le queda tiempo —exclamó Carlota en el tono más elegante que le fue posible.

—Tiene razón —reconoció Camilo. Luego afirmó con decisión:

—Me voy, pero con una condición.

—¿Una exigencia?

—Sí, pero muy simple. Prométame que el domingo irá a visitarme al colegio.

—El domingo próximo iré a visitarle —respondió solemnemente Carlota.

A continuación llamó a José María y le ordenó se preparase el coche. Pocos instantes después Camilo se dirigía a buena marcha a la estación y la familia Madellis invadía el salón azul.

—¿Te ha costado mucho convencerlo para que regresara al colegio? —preguntó con estudiado desinterés Robinia.

—Cuando un imbécil está locamente enamorado de una mujer como yo, siempre es tarea fácil convencerlo —afirmó con pleno dominio Carlota.

—¿Sabes que no me parece tan imbécil como tú lo juzgas? —objetó con absoluta indiferencia Robinia.

—Para mí lo es —contestó con igual indiferencia Carlota—. Para otros no sé. Cada uno juzga como puede.

Doña Leo preocupada, intervino:

—Es necesario que yo hable mañana con el señor Filet —observó—. Es necesario no perder tiempo.

—Tienes razón, abuela —aprobó Carlota—. Está tan enamorado que no me extrañaría volver a verlo por aquí dentro de dos días.

—Ni yo tampoco —agregó, con sutilísima perfidia, Robinia.

CAPÍTULO UNDÉCIMO
DOÑA LEO. ABREVIA LOS PLAZOS. — EL SEÑOR FILET JURA QUE LAS COSAS SE RESOLVERÁN DE ACUERDO CON LOS PLANES PREESTABLECIDOS. — EXTRAÑOS DUELOS VERBALES ENTRE CARLOTA Y ROBINIA. EL SEÑOR MEDITADO FILET LES RESERVA UNA GRAN SORPRESA.

A la tarde siguiente el señor Meditado Filet fue recibido en el salón verde, pero en lugar de Carlota se encontró frente a doña Leo.

—Señor Filet —comenzó con voz grave la insigne dama—, ayer en la mesa he debido hacer una promesa que sabía no podría mantener y le debo, en consecuencia, una explicación.

—No comprendo —-balbuceó Meditado Filet—, tiene quizá alguna duda...
—Ninguna duda —suspiró doña Leo—, pero sí una certeza absoluta: Carlota no puede casarse con usted.
—¿Por qué razón?
—Porque es casada.
El señor Meditado Filet se tomó la cabeza entre las manos en actitud de desesperación y doña Leo continuó:
—Sí, casada y no casada al mismo tiempo. Señora ante la ley y señorita ante Dios.
Meditado Filet la miró atolondrado y afirmó que no alcanzaba a comprender.
—Matrimonio realizado, pero, no consumado —explicó doña Leo—. He aquí todo.
—En nombre de Dios, señora, hable, no me tenga sobre espinas.
—Carlota por un conjunto de hechos que resulta inútil explicar, casó hace seis meses. El matrimonio se realizó en gran secreto por voluntad del futuro esposo y por esa razón nadie ha sabido nada. El mismo día de la ceremonia nupcial, nos enteramos de algo horrible. El esposo estaba loco.
--¿Loco?
—Loco, señor Filet; no furioso, pero loco.
—¡Es verdaderamente una cosa horrible!
—Naturalmente que no permitimos que el esposo tuviese contactos de ningún género con Carlota y procediendo con astucia conseguimos aislar al loco y recluirlo en lugar seguro.
—¿En un manicomio? —preguntó Filet.
—No, lo convencimos de que su educación adolecía de graves lagunas y, lo inducimos a dejarse internar en un colegio.
Meditado Filet se puso a reír.
—¡Un marido colegial! Parece el título de una comedia.. —Es en cambio el título de una tragedia.
—No soy de su parecer, doña Leo —observó alegremente Meditado Filet—, será una cosa sumamente sencilla obtener la anulación del matrimonio. Pero, dígame más bien: ¿quién es ese extraño colegial?
—El señor Camilo Debrai, el joven que vio ayer. Precisamente se había escapado del colegio. Ya regresó a él y allí permanecerá hasta que el buen Dios no resuelva otra cosa. Es situación terrible —concluyó dolorosamente doña Leo—. Somos gente que vive fuera del mundo, no podemos contar con ayuda de personas de valimiento, tenemos un sagrado terror a los escándalos: ¿cómo procederemos?
—Señora —exclamó Meditado Filet—, estoy dispuesto a prestarles toda mi ayuda. Dispuesto a todo y lleno de entusiasmo, porque del éxito de la empresa depende mi felicidad. Ese matrimonio será anulado, tenga usted la certeza.
—¡Será un escándalo!
—Ningún escándalo: procederemos con circunspección. Llegado el caso nos expatriaremos como tantos otros, y volveremos cuando todo esté resuelto. Nadie sabrá nada. Pero, ¿dónde se encuentra el tal colegial?
—En Suiza, en el Colegio Pipet.
—Es suficiente, doña Leo: puede considerarme en adelante como su yerno.
Meditado Filet se marchó lleno de fieras intenciones y doña Leo con voz conmovida llamó a reunión a la familia Madellis.
—Las cosas andan por el mejor camino —sollozó doña Leo—. El señor Meditado Filet se ha empeñado en obtener. la anulación del matrimonio. Pronto nos hallaremos libres. El señor Meditado Filet está dispuesto a todo.
La señora Flaminia, la señora Elisa y el señor Gastón profirieron gritos de alegría.
—¡Lindo tipo de cretino, de cualquier modo! —observó por su parte Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico.

—Esperemos tener éxito —dijo, sin entusiasmo, Carlota.

—Tienes razón —susurró pérfidamente Robinia—. Es un buen muchacho y no merece ciertamente una mujer como tú.

—Es verdad; cuando no es posible interesarse por el marido propio, puede resultar divertido interesarse por los maridos de las demás —replicó con su mejor sonrisa Carlota.

—En la cocina hay un joven ocupado en barnizar un nuevo armario —dijo Robinia—. ¿Quieres enseñarme, Carlota, ya que tienes práctica en ello cómo se hace para declarar su propio amor a un artesano? Yo también deseo casarme con un operario.

Carlota se fue a pasear al jardín: sentía calor, mucho calor.

Llegados a este punto, podrían observarnos juiciosamente que nunca hemos quedado a solas con el señor Meditado Filet. Nos hemos limitado a observarlo cuando otras personas se hallaban presentes y como consecuencia nuestro conocimiento de su persona es muy superficial.

¿Por qué, entonces no hacer una escapadita hasta la casa de nuestro personaje, y sorprenderlo cuando se halla solo con sus pensamientos?

Vamos hacia allá; subamos con ligero paso la larga escalera, caminemos en puntillas a lo largo de ese espléndido corredor y entremos fin silencio al despacho del señor Filet.

Maldición. No está solo. El señor Meditado Filet está hablando con su mayordomo.

—Es un lindo embrollo, muchacho mío —exclama el mayordomo—. El golpe se desvanece como el humo.

—¡Como el humo, un cuerno! —respondió Meditado Filet—. Debe salir bien de cualquier modo. Debo casarme con esa joven: tengo necesidad de su belleza y de su dinero. Es la única heredera de Casimiro Wonder. Tiene tanto dinero que me hace enloquecer. Debo tener éxito, viejo mío.

—Sería un magnifico golpe, querido Jim. Si no tienes éxito, deberemos abandonar este lugar y bien pronto, de lo contrario todo se derrumbará y esta vez no alcanzaremos a salvarnos.

—De acuerdo, pero no existe la urgencia que tú dices. ¿Sabes a cuánto ascienden nuestras deudas?

—Pero...

—Ochocientos cincuenta y siete mil francos —dijo con sorna Meditado Filet—. Son demasiados para que se dude de mí. Harán falta, por lo menos seis meses para que ello ocurra y si antes de seis meses consigo solamente anunciar mi compromiso con la joven, mis acreedores vendrán a ofrecerme todavía sus servicios y me implorarán arrodillados que los acepte. —El mayordomo se hundió en un sillón y puso sus pies sobre una mesa. No estaba muy convencido y, además, era mal educado.

—Hay un marido de por medio, muchacho mío. Aunque se trate de un marido loco y de un matrimonio secreto, siempre es un marido.

—Lo haremos desaparecer —afirmó alegremente Meditado Filet—. Durante un paseo en coche un hombre puede resultar víctima de un desgraciado accidente y terminar sus días, por ejemplo, en un precipicio suizo.

—Ciertamente —aprobó el mayordomo—. Y otro hombre puede quizá terminar sus días en una prisión de nacionalidad no precisada.

Meditado Filet miró de un modo extraño al mayordomo y éste levantó los brazos:

—Jim, estoy cansado —dijo—. Estoy cansado de combinar enredos, de arriesgar el pellejo. No es temor, Jim, no es que ahora tenga remordimientos para arrojar a un pozo a un imbécil: es que estoy cansado.

—Yo también lo estoy, Flik, pero ésta será nuestra última aventura. Luego, terminadas nuestras andanzas, viviremos tranquilamente. Tendrás una linda granja con vacas y caballos. —¿También una trilladora? —suspiró el mayordomo.

—Sí, también una trilladora.

—¿Roja?

—Roja.
—Está bien, Jim: nos casaremos con la joven a pesar de todo.

Como se ve, nuestro viajecito hasta la casa del señor Filet, no ha sido inútil. El señor Meditado Filet no es el caballero que nosotros suponíamos. No es tampoco el brillantísimo partido que suponía doña Leo. Por otra parte, como tampoco Carlota era el brillantísimo partido que suponía Meditado Filet, no nos queda sino solicitar permiso a nuestras gentiles lectoras y a nuestros amables lectores y terminar con una expresión de indudable vulgaridad, pero verdaderamente expresiva: doña Leo y el señor Filet procuraban mutuamente engañarse.
Y todo esto es muy triste.

CAPÍTULO DUODÉCIMO
UN JOVENCITO QUE PROMETE. — UNA VISITA INESPERADA: REAPARECE EL TÍO CASIMIRO. ROBINIA SE ROBA LA MODESTIA. — TRISTE SÁBADO TRISTÍSIMO DOMINGO. UN NUEVO EMBROLLO.

La gran sala de estudios de la "Primera", la sección de los mayores, estaba en absoluto silencio. El preceptor, encaramado sobre su estrado dormía del modo más visible e inequívoco, mientras los colegiales permanecían agazapados sobre su pupitre, con la cabeza metida entre los libros.
Era la última hora de estudio de la mañana del sábado y aunque el preceptor dormía, el artículo 1° del reglamento interno (Capítulo "Deberes") vigilaba insomne e inexorable: " El alumno que durante el mediodía precedente- al día de fiesta no esté en condiciones de presentar, al pedido de sus superiores, todos los deberes de la semana desarrollados con el mayor esmero, no tendrá salida".
Un rollito de papel cayó con admirable precisión sobre el cuaderno del alumno Nicolás Grissin. Correo aéreo: "Pásame inmediatamente el problema, el ejercicio de análisis lógico, la versión latina y el resumen de historia, o estoy arruinado. Tuyo C. D."
Nicolás se volvió hacia C. D. que ocupaba un pupitre al otro lado de la sala y le hizo un gesto. Nicolás tenía catorce años, pero ni aun alzándose en puntas de pies alcanzaba a demostrar diez. Podía en consecuencia, gracias a su pequeñez, pasar inadvertido a los ojos somnolientos de un preceptor deslizándose entre las piernas de les compañeros y llegar a una cierta puertecita. También el alumno C. D. llegó a la puertecita, pero de un modo más legal ya que requirió previamente, levantando dos dedos, la aprobación del preceptor, que le fue concedida. Junto al retrete, se encontraba la leñera y los dos alumnos se refugiaron allí. Nicolás protestó.
—¡Quieres todos los deberes! ¿Se puede saber qué has hecho hasta ahora?
—Nicolás, déjame copiar los deberes o estoy perdido —imploró el alumno C. D., que sin más rodeos podemos llamarlo Camilo Debrai—. Si antes de una hora no los presento, no me dejarán salir mañana. Espero importantes visitas.
—¿Quién vendrá? —preguntó entrometido Nicolás.
—Una persona que me interesa especialmente —explicó Camilo.
—¡Entendido! Se trata sin duda de la primita a quien llevaste a pasear en bote aquel domingo. Los he visto. No está mal la primita..
Camilo se agitó impaciente.
—Nicolás, dame los deberes, no me hagas sufrir.
—Sí, con tal que me digas quien es esa chica —insistió con malicia Nicolás.
—Te lo he dicho: es mi prima.
—¡Historias! Las primas no interesan tanto. ¡Di más bien que es tu novia! —insinuó Nicolás. –
—Y bien, sí, es mi novia. Y ahora vengan los deberes.

Pero Nicolás no estaba convencido del todo.

—Las novias no llegan solas a Suiza para visitar a sus novios y pasear en bote, etcétera. Di la verdad, Camilo: Se trata de una... —Nicolás guiñó el ojo

Camilo se indignó, pero le salió mal.

—¡Nicolás! —gritó—. Avergüénzate, es mi mujer.

Luego, como se comprende, se hubiesen tomado a bofetadas, pero era demasiado tarde. Nicolás lo miraba con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas por el asombro.

—Sinceramente, no lo imaginaba —balbuceó Nicolás—, Discúlpame, Camilo... Aquí tienes los deberes...

Volvieron a encontrarse más tarde en un rincón del patio, durante el recreo de media hora que precede al almuerzo.

—Nicolás —imploró Camilo—, te ruego no meterme en complicaciones. No digas nada a los demás. Tú me comprendes, es una cosa delicada.

Nicolás que tenía apenas catorce años y ni aun alzándose en puntas de pies alcanzaba a demostrar diez, sonrió con aire de superioridad:

—Camilo, ¿somos acaso chiquillos? —exclamó. Luego continuó con gravedad—: Camilo, aquí todos te quieren, porque juegas muy bien al fútbol y porque eres bueno y sobre todo, porque te creen, como lo ha dicho el director, un pobre bobo que ha perdido la memoria. Yo no, yo siempre te he querido por tu temperamento artístico, por tu ánimo gentil, por tu inteligencia y te he creído siempre víctima de alguna intriga. Pero ahora comienzo a dudar. Tienes mujer y te quedas tranquilamente en el colegio entre los jovencitos a estudiar análisis lógico. Camilo, dime la verdad: entonces es cierto que eres un pobre infeliz.

—No, Nicolás —suspiró Camilo—. Soy un pobre enamorado.

Tenía necesidad de desahogarse con alguien y habló. Contó a Nicolás en forma somera su singular aventara, explicó su inmenso amor por Carlota y su aceptación de permanecer en el colegio como único medio de ser aceptado por ella.

—Hay hombres que se suicidan por amor —concluyó Camilo—. Nadie se asombra de eso y tú te alarmas porque un hombre, por amor, ingrese en un colegio Nicolás sacudió la cabeza.

—Si hubiese imaginado que mis deberes te servirían para llevar a pasear en bote a la señora de quien me hablas, no te lo» hubiera pasado. Esa señora es una especie de Lucrecia Borgia.

Camilo se rió, pero Nicolás había leído las más importantes novelas policiales, era el mejor alumno en filosofía y tenía ideas claras.

—Esa mujer no tiene más propósito que hacerte pasar por loco ante los ojos de todo el mundo —afirmó—. Así, un buen día te hará recluir en un manicomio y se liberará de ti.

Camilo protestó airado:

—Nicolás, hablas así porque no la conoces.

—A ella personalmente no, pero conozco a las mujerea —afirmó Nicolás con mucho cinismo.

—Quien llega tarde a la mesa quedará sin fruta —advirtió el preceptor. Los dos compañeros se dirigieron velozmente al comedor.

Después del almuerzo volvieron a encontrarse en un rincón del patio, pero Nicolás no pudo dar ningún sabio consejo a Camilo. Se acercó un mucamo y les dijo:

—Al señor Debrai lo esperan en el recibimiento.

—Pero hoy es sábado —balbuceó Camilo—. Domingo es mañana...

—Está equivocado —contestó el mucamo— Hoy no es sábado por la circunstancia de que mañana será domingo. Hoy es sábado porque ayer fue viernes.

—Quizá tenía tantos deseos de verme —pensó Camilo mientras se dirigía al lugar indicado— que no ha podido esperar hasta mañana —Y el corazón reinició su veloz carrera.

—He aquí nuestro famoso imbécil —exclamó una voz ruda cuando Camilo penetró en el salón.

Y una voz dulce, agregó:

—¿Cómo va nuestro famoso marido?

Camilo palideció, frente a él se encontraba el señor Casimiro Wonder y la señorita Robinia Food.

Hay en las novelas personajes nacidos por error. En la vida real también existen, pero aquí la cosa no es grave, siéndolo en cambio en aquéllas, especialmente en los folletines. El célebre Lapin De La Casse, autor de famosísimas novelas de folletín fue precisamente víctima de uno de estos personajes nacido por error. De La Casse que estaba escribiendo para Le Motín una novela de amor y de aventura, llegó a la séptima entrega sin advertir que desde la tercera, un cierto Jeremías Slapp, después de haber tenido una interesante entrevista con el héroe de la aventura, había quedado esperando órdenes en el segundo salón del Café de la Patonne.

"¿Qué hago ahora con este imbécil?" —pensó el escritor fastidiado. Buscó para el mismo una salida ingeniosa, pero no logró otra cosa que hacerle escribir ana carta que así comenzaba: "Señor, lo he esperado inútilmente en el segundo salón del Café de la Patonne", y terminaba: "De todos modos mi dirección es la siguiente"...

Por otras tres entregas a Jeremías Slapp lo dejaron tranquilo en su casa, luego empezaron a llegar muchas cartas de lectores lamentándose que a un personaje tan simpático como Jeremías Slapp no se le diese intervención alguna en la novela.

En consecuencia, el escritor fue obligado a sacar de la sombra a Jeremías y con esfuerzos sobrehumanos pudo hacerlo intervenir en algunas raras ocasiones. El desgraciado Jeremías, mientras tanto, se condujo del modo más ilógico y extravagante. Cuando el pobre Lapin-De La Casse releía el folletín en el diario del día, sollozaba por la vergüenza y se mordía las manos. Pero ¿cómo podía dar ocupación al maldito Jeremías en forma menos alocada? Entre tanto las cartas se multiplicaban y todos hablaban con formidable entusiasmo de Jeremías Slapp: lectoras y lectores se habían enamorado locamente del personaje. "Es un sujeto divino... Tiene una personalidad originalísima... Es una nueva palabra en la literatura narrativa... Los personajes de Dickens son pálidos e infelices comparados con Jeremías Slapp..." El pobre Lapin De La Casse aullaba de furor y cada vez que lo hacía intervenir, luchaba con la lógica y con la conciencia. Cuando Dios quiso, la novela se terminó y un conocido editor ofreció a Lapin De La Casse una importante suma de dinero para poder reunir en un volumen la novela publicada en folletín. Ponía una sola condición: la novela debía cambiar de nombre y llamarse "Jeremías Slapp".

—Usted me comprende —sostuvo el editor—. El interés de la novela es el propio Jeremías.

De La Casse aceptó a regañadientes y cuando el libro apareció, la crítica habló de la novela exclusivamente en función de Jeremías Slapp. Y la historia hoy recuerda a Lapin De La Casse, como el inmortal creador del inmortal Jeremías Slapp.

Efectivamente, existen en las novelas personajes nacidos por error y tal situación se advierte, porque dichos personajes permanecen sin función por largo período de tiempo y cuando reaparecen muy de tarde en tarde, el lector exclama: "Vean quien llega". No es éste precisamente el caso del señor Casimiro Wonder. Este personaje no se hizo presente durante este tiempo, simplemente porque tenía muchos problemas por resolver, asuntos personales que al lector no interesan y que nosotros ni siquiera mencionamos. Saludemos entonces el regreso a la narración del tío Casimiro, no como llegada casual de un personaje de segundo plano, olvidado a la sombra de algún lejano capítulo, sino como la intervención decisiva de un personaje con autoridad.

Veamos ahora de qué modo tío Casimiro volvió al campo de batalla.

La familia Madellis vivía momentos de tranquilidad. Doña Leo, Carlota, la señora Flaminia, la señora Elisa, el señor Gastón y el Joven Edo habían partido el viernes por la tarde para pasar el sábado con sus amigos Bigoudis-la-Lumme y solamente Robinia velaba por la seguridad de la despoblada mansión. Rogamos al lector no tomar la palabra "velaba" del párrafo anterior en su sentido absoluto. Robinia en efecto velaba por la integridad de la casa en sentido figurado, porque en sentido absoluto la excelente joven se limitaba a dormir profundamente, no obstante el reloj hubiese dado ya las diez. Tío Casimiro la encontró en el lecho y la despertó con un alarido furibundo.

—¡Un solo representante de esta despreciable familia ha quedado en casa y duerme como una piedra!

Robinia abrió un ojo y preguntó si ardía la casa. Luego abrió el otro ojo y se indignó:

—¿Por ventura este es el modo de despertar a la gente?

—¡No! —vociferó tío Casimiro—. ¡Este es el modo de despertar a los haraganes como tú y todos los Madellis del universo! ¿Dónde está Carlota?

—Buen día, tío. Carlota se halla de visita en casa de los Bigoudis-la-Lumme y regresará esta noche.

—¿Y el desgraciado de su marido está con ella? —preguntó tío Casimiro.

—No, no, ni por sueño. ¿Por qué razón debe estar con ella? —dijo Robinia.

—¡Porque es su marido! —volvió a vociferar tío Casimiro —. ¿Y dónde está entonces, si no está con su mujer?

Robinia simuló un gran estupor:

—¿Cómo, señor tío, no lo sabe? ¿No sabe que Camilo está en un colegio?

—¿En un colegio? ¿Y para qué?

—¡Esta sí que es buena! El colegial, dijo riendo Robinia, es aplicado y aprende muchas y lindas cosas.

El tío Casimiro qué no entendía, advirtió a Robinia que, si no se explicaba la tomaría a bofetadas. Robinia afirmó que no deseaba otra cosa que explicarse y en pocas palabras, lo hizo.

—¿Es una estúpida broma que pretendes jugarme? —aulló el tío Casimiro amenazante, pero Robinia no se impresionó.

—Nada de eso, tío Casimiro; es tan cierto lo que le digo, que yo misma lo acompañaré al colegio donde se encuentra Camilo. Estaremos de regreso esta noche. Es un viaje de tres horas como máximo.

—Cuídate, Robinia...

—Por caridad, tío Casimiro, si no resulta cierto lo que le he dicho queda autorizado para arrojarme al lago en cuya ribera se halla, precisamente, el Colegio Pipet.

Tío Casimiro no habló durante todo el viaje. Ni lo hizo cuando Robinia, llegados al colegio, solicitó que fuese llamado el primo, alumno Debrai. Habló solamente cuando vio aparecer a Camilo. Entonces, como ya se ha dicho, gritó:

—¡He aquí nuestro famoso imbécil!

—Buen día, tío Casimiro —balbuceó Camilo.

—¿Es éste el modo de ser marido? —chilló tío Casimiro, pero Robinia intervino con habilidad.

—Busquemos un lugar donde usted pueda gritar, señor tío. Aquí produciremos escándalo. Espere un momento que Solicite del rector el permiso para que nuestro colegial pueda salir.

Poco después caminaban los tres silenciosos por las calles de la ciudad y llegaron a un café solitario y desierto cuyas últimas mesas estaban al borde del lago.

—¿Es posible ser más cretino?—preguntó tío Casimiro una vez que estaban sentados —. ¿Quieres explicarme qué locuras son éstas?

—Ninguna locura, tío Casimiro —dijo melancólicamente Camilo—. La locura ha sido la de casarme con Carlota. Ahora que soy marido, las más disparatadas cosas que yo haga

para ganarme el afecto de mi mujer, se justifican. A menos que usted no encuentre mejor deshacer el matrimonio y que cada uno de nosotros marche por su lado. - Tío Casimiro no insultó a Camilo. ¿No era acaso él el culpable de casi todas las desgracias de Camilo? Se limitó, pues a observar:

—Tu razonamiento no es equivocado, pero recuerda que hay siempre un mínimo de dignidad que no se puede perder. Hoy aceptas permanecer aquí entre estos niños para estudiar análisis lógico y cómo se come el pollo, mañana te veremos vestido de jovencita dispuesto a aprender el punto cruz o el "filet", porque así se le ocurre a la desequilibrada de tu mujer.

Robinia comenzó a reír desconsideradamente y tío Casimiro la miró de mal talante.

—¿Qué motivo tienes para reír de ese modo? —murmuró entre dientes.

—¡Me divierte el hecho de pensar en Camilo luchando con el "Filet"! ¡Ah! ¡Ah! Camilo en lucha con el "filet".

Era un pérfido juego de palabras y el infeliz de Camilo sintiendo el recuerdo de Filet, palideció.

—¡Qué mala es usted, Robinia! —susurró melancólicamente.

Tío Casimiro, que entretanto había quedado absorto en sus pensamientos, volvióse con mucha cordialidad a Camilo: —En el fondo, muchacho mío, tienes razón. Si te gusta proceder de este modo, nadie te lo puede impedir. Además, es posible que tu sacrificio sea apreciado por tu mujer y te vuelvas más simpático. Permanece aquí hasta que te parezca y si necesitas alguna cosa me escribirás, ¿Quieres que regresemos con Camilo al colegio, Robinia?

—Deseo hablar alguna cosa a solas con Camilo —contestó Robinia—. Lo acompañaré yo. Tenemos aun dos horas de tiempo. Le ruego me espere en el vestíbulo del "Imperial" donde dentro de poco lo alcanzaré.

El tío Casimiro emprendió la marcha y cuando estuvo lejos apretó los dientes y tomó a puntapiés a un infeliz gato que por allí transitaba.

—¿Se intenta, entonces, conducir por la nariz a Casimiro Wonder? —dijo para sí—. ¡Malditos Cruzados del demonio! ¡Ya les enseñaré a meter los maridos en el colegio! ¡Pronto tendréis vuestro merecido! ¡Inmediatamente! Modificaremos otra vez las cláusulas del testamento. Veremos quien triunfa.

El tío Casimiro llegó al "Imperial" de buen humor. —Si Camilo no es un tonto los hará morir de rabia. ¡Qué espectáculo!

Cuando quedaron solos, ni Camila ni Robinia encontraron por algún tiempo tema para hablar. Al un, la excelente doncella rompió el silencio:

—Camilo, ¿me permite que le formule una pregunta? —Estoy a su disposición, señorita Robinia. —¿Sabe Camilo, que es usted el más grande de los imbéciles del siglo? —preguntó con gracia Robinia.

—Sí —contestó melancólicamente Camilo—. Lo sé. —En cambio, afirmo que no lo sabe —insistió Robinia. —Lo sé, señorita Robinia —replicó Camilo—. Lo sé yo, lo sabe usted, lo saben todos, hasta Nicolás lo sabe.

—No sabe usted nada, ni tampoco Nicolás —rió Robinia—. Recuerde el sábado pasado cuando llegó escapado a casa, todo lo que ocurrió durante el almuerzo. —Sí, lo recuerdo todo.

—Según usted ¿por quién brindó y gritó viva? —A la salud del nuevo ministerio Trecagnet, Robinia rió con perfidia.

—Usted brindó por la salud de los futuros esposos —explicó.

—¿Futuros esposos?

—Sí; Carlota Wonder y Meditado Filet. Esta era la noticia sensacional que la abuela Leo no quería difundir.

—Usted bromea —exclamó Camilo atontado—. Inventa historias extrañas para hacerme sufrir.

Robinia explicó con ruda claridad el plan urdido para perjudicar a Camilo y terminó con toda desenvoltura:

—Lo que acabo de decirle es una mala acción con respecto a mi prima, pero es una acción noble respecto a usted. En el dilema, preferí favorecerle. Usted me es mucho más simpático que ella.

Camilo atolondrado, se quedó mirando a Robinia.

—No sé verdaderamente cómo agradecerle su gentileza... —murmuró Camilo.

—No se moleste —contestó sonriendo Robinia, mientras se levantaba—. Siempre me cobro por mi cuenta.

E inclinándose rápidamente sobre Camilo, le estampó un formidable beso sobre los labios.

Cobrada su molestia la señorita Robinia se alejó de Camilo, pero antes de abandonarlo definitivamente a su destino, puso en las manos de un robusto barquero una buena suma de dinero y le ordenó:

—Preste atención a aquel joven, y si se arroja al agua sálvelo.

Camilo se limitó a sentarse en la orilla, con las piernas colgando sobre el agua y en esa posición permaneció largo rato, masticando hojas de hierba. Entretanto nuestro robusto marinero que aguardaba pacientemente con los remos empuñados, se cansó y acercándose a él, le tendió la mano con el dinero recibido.

—Si se arroja enseguida, lo espero —dijo el honesto barquero—, pero si no lo hace aquí tiene el dinero y arrójese cuando quiera, aunque sea esta noche, pero por su cuenta. No me conviene estar aquí esperando.

Fue entonces cuando Camilo se levantó y se dirigió al colegio murmurando: "Pobre imbécil... pobre imbécil..."

—¿Y bien...? —le preguntó Nicolás cuando alcanzó a verlo.

—Me parece que tienes razón, Nicolás —reconoció tristemente Camilo, y sin hablar una palabra más se retiró a su habitación, de donde nadie logró sacarlo hasta la mañana siguiente.

Dicen que el príncipe Conde durmió profundamente la noche que precedió a no sé qué batalla. Eso dicen. En cambio es real que Camilo Debrai no cerró los ojos durante esa noche que precedía al domingo. Permaneció asido a las rejas de su ventana mirando la noche. En la lejanía se oía un piano, como es de rigor en las noches que los colegiales pasan en vela, prendidos a las rejas de sus tristes ventanas. Vio la lona que de amarilla transtornábase en blanca, que el cielo se aclaraba y que las estrellas se desvanecían una a una. Recordó entonces que ni siquiera se había quitado las ropas y esperó que sonara la campanilla de llamada.

—Dime —le preguntó Nicolás, cuando se encontraron en la mesa para el desayuno—. ¿Has decidido algo?

—Sí —dijo con tristeza Camilo—. Hoy vendrá a visitarme y le diré lo que se merece.

—Bravo —aprobó Nicolás—. Deberías además tomarla a bofetadas.

—¿A bofetadas a Carlota?

—Claro está, a las mujeres hay que tratarlas así, niño mío —afirmó Nicolás que apenas tenía catorce años y que ni alzándose en puntillas, podía demostrar diez.

—Se comprende. ¡A bofetadas! —murmuró con maldad Camilo—. ¡Sin piedad!

Cuando algunas horas después un mucamo se le acercó y le dijo que lo esperaban en el recibimiento, Camilo se dirigió allá con un solo pensamiento bien claro en su cerebro. Vería a Carlota..., hablaría con ella y podría decirle todo lo que la amaba.

—Bien sabía yo que eran todas fantasías lo que me contó Robinia —pensó alegremente el desventurado mientras entraba en el recibimiento y se habría arrodillado frente a Carlota para pedirle perdón, si una circunstancia particular no se le hubiese

impedido. Quien lo esperaba, no era Carlota sino un señor que le entregó una esquela que Camilo leyó atontado:

"Estoy en casa de la condesa Luisella De Sambot que me encontró en el momento que salía de la estación y no me quiso dejar. Le ruego venga y así podrá también conocer a mi amiga más querida. Carlota".

—Soy el secretario de la condesa —explicó el mensajero—. El coche está listo en la puerta. Son pocos kilómetros: la casa de la condesa está en Melinette.

—Vamos pues —dijo alegremente Camilo.

—Para salir es necesario tener el permiso del señor director —dijo el portero viéndolo pasar.

—¡Tengo el permiso de mi mujer! —contestó alegremente Camilo, mientras subía al coche—. ¡Vale mucho más!

El automóvil partió a buena marcha y muy pronto comenzó a ascender por un pintoresco camino de montaña.

—Hemos llegado —advirtió el secretario después de una media hora, mientras el coche entraba en un patio.

Camilo descendió alegremente y se encontró con la cabeza metida dentro de una funda de una tela espesa y sintió que alguien, mientras le ataba las manos, ordenaba:

—Enciérrenlo en el sótano.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO
REUNIÓN PLENARIA EN EL SALÓN VERDE. — EL SEÑOR BROCHET DE LACERON TERMINA POR COMPRENDER. — LO QUE DESEABA ROBINIA. — ESTALLA UNA NUEVA FÓRMULA TESTAMENTARIA. — EN DEFINITIVA CARLOTA ES UNA WONDER — LA MUJER MÁS DESPRECIADA DEL MUNDO.

¡Al diablo con todos los "fin de semana" del Universo! —exclamó Carlota cuando doña Leo le preguntó la razón del malhumor que claramente manifestaba nuestra excelente “casi-señora-Debrai".

Este importante suceso se desarrollaba en el histórico salón verde de la famosa residencia de campo en presencia de todos los miembros de la familia Madellis. Por esa razón; la respuesta de Carlota —intempestiva por su inelegancia de términos y grosera por sus conceptos en los Anales de la Ilustre Casa— recogió un voto unánime de desaprobación.

—Me parece extraña —observó helada doña Leo—, tu repentina aversión por los paseos campestres de los sábados y me parece más extraño aún el tono con que manifiestas dicha aversión.

—¡Extraña un cuerno! —gritó Carlota. Todos la miraron horrorizados por el nuevo, sacrilegio. Todos, inclusive el ojo de la cerradura de la puerta posterior desde el cual fisgoneaba José María y fisgoneaba como corresponde a un buen mayordomo celoso de sus deberes.

—No comprendo —balbuceó doña Leo pálida y descompuesta.

—Es simplísimo —explicó Carlota—. Por pasar el fin de semana con los Bigoudis-La Lumme, hemos salido de aquí la tarde del viernes y sólo ahora regresamos, al final del día domingo: ¡al infierno, pues, todos los "fin de semana", que hacen perder tiempo precioso y faltar a las citas!

La señora Flaminia se sublevó:

—Carlota, ¿habrá que pensar que mi hija, mi única hija tiene citas de las cuales no estoy informada y con quién, se puede saber?:

—Con mi marido, como es natural—respondió secamente Carlota.

—¡No considero de ningún modo natural que concedas entrevistas al que llamas tu marido! —replicó terminante la señora Flaminia—. ¿Tienes, acaso, la intención de comprometerte irremediablemente?

Carlota juntó las manos:

—En resumen —profirió implorante—, procedemos como los tarentinos que, mientras Atila llegaba a las puertas de la ciudad, continuaban discutiendo si los querubines tenían o no alas.

—Disculpen —interrumpió tío Gastón—, el hecho se produjo entre bizantinos y no entre tarentinos y Atila no tiene nada que ver; se trataba de otras hordas. Además, la cuestión es más sutil aún, ¿no es cierto Edo?

—Sí, sí —admitió Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico y que deseaba terminase la discusión—. Sí, sí debe ser la historia de Sodoma y Gomorra.

—¿Sodoma y Gomorra? —exclamó estupefacto el señor Gastón Food—. ¿Cómo se puede mezclar a Sodoma y Gomorra en este hecho? No me parece.

—Entonces digamos Castor y Pólux —replicó Edo con indiferencia—. Lo importante en los hechos históricos no es el nombre de los protagonistas sino las enseñanzas morales que de esos hechos se deducen. La escena de Eneas que huye de Troya con Anquises sobre los hombros, es importante solamente porque recuerda un admirable gesto de amor filial: que el hijo se llame Eneas y el padre Anquises, poco v monta. Lo mismo sería que el hijo se llamara Leónidas y el padre Bizancio.

Se trataba, evidentemente, de uno de los más desgraciados razonamientos de la historia de todos los tiempos, pero como era conducido con cierta elegancia verbal, el señor Gastón Food quedó perplejo.

—Acepto —balbuceó—. Sin embargo, no se comprende con claridad cuál era el motivo de discusión de los bizantinos cuando los enemigos llegaban a las puertas de la ciudad...

—¡Estaban discutiendo asuntos semejantes a los que discuten ustedes! —aulló Carlota-—. Continúen, continúen...:

Entretanto el señor Debrai a quien había prometido visitar hoy, creyéndose burlado otra vez, e incapaz de resistir a la pasión que lo devora, quizá haya escalado el muro del colegio, y está marchando en grandes jornadas hacia nosotros. Esta es la razón por la cual he mandado al infierno el "fin de semana" que me ha impedido hoy visitarlo, cumpliendo mi promesa. .

—Perdóname, Carlota —dijo la señora Flaminia abrazando a su hija—. He sospechado de ti injustamente y ha sido una verdadera imprudencia provocar a aquel insensato.

—¡Debemos procurar que no salga del colegio bajo ningún pretexto! —afirmó doña Leo —. Necesitamos ahora plena libertad de acción. Por otra parte, permaneciendo Debrai voluntariamente en el colegio entre los niños nos facilitará enormemente la tarea cuando queramos demostrar que no está en su sano juicio y, por lo tanto, incapaz de ser tu marido. No debe salir del colegio por ninguna causa.

—No me extrañaría, sin embargo, que esta noche cayese por aquí —suspiró Carlota—. Está enamorado como un loco el infeliz.

—¿Lo crees así? —preguntó pérfidamente Robinia—. A mí no me parece...

—¡Conozco bien a mi marido! —afirmó secamente Carlota.

—Yo también lo conozco —dijo sonriendo Robinia.

Llegados a este punto es el caso de preguntarnos: ¡qué extraños pensamientos inquietaban desde hacía algún tiempo el cerebro de la señorita Robinia! ¿Qué pretendía Robinia al ayudar a Camilo en la comedia del jardín? ¿Y su extraña expedición del sábado en compañía del tío Casimiro? ¿Y la revelación de los planes que se tramaban en perjuicio del desgraciado Camilo?

¿Robinia odia entonces, a su prima Carlota? ¿O es que, no por odio hacia nadie, sino por amor a la justicia Robinia toma la defensa del débil y oprimido?

Los novelistas del buen tiempo antiguo, en casos semejantes, recapacitaban y se preguntaban solemnemente: "¿Ángel o Demonio?" Nosotros en cambio, no recomenzaremos ni nos preguntaremos nada. Podemos haber olvidado la escena del jardín pero no la de la pérgola a la orilla del lago. Durante esta última escena Robinia afirmó que se cobraba por su cuenta y estampó en los labios de Camilo un formidable beso... Y cuando se anda en estos trances estampando besos a un hombre, no se lo hace por odio a una mujer ni por amor a la justicia.

Enero Champanel, en sus Eistoires Malandrínes cuenta: "El señor Brochet De Laceron hermoso y nobilísimo caballero era el blanco de continuas cortesías de parte de una amable damita. El señor Brochet De Laceron no encontraba el motivo de tantas gentilezas: "No comprendo —decía— qué se propone esta señorita—. Y por curiosidad le seguía el juego. De este modo frecuentó la casa de la señorita y la acompañó a bailes y teatros y ella continuaba colmándolo de atenciones exquisitas y el caballero no alcanzaba aún a comprender qué deseaba la señorita. Continuó, en consecuencia el juego, fingiendo indiferencia sin perder de vista sus movimientos. Entre tanto el buen hombre seguía pensando cuáles eran los deseos de la señorita y estudiaba todas las hipótesis. Las cosas continuaron así y un buen día el señor Brochet De Laceron se encontró en una iglesia al costado de la damita y pronunció el "sí" fatal, estudiando con el rabo del ojo, las diversas expresiones del rostro de la señorita para poder sorprender el posible relampagueo de la verdad, y ni aun entonces consiguió aclarar su duda. —Partieron los esposos y durante el viaje de bodas siguió celosamente observando los más mínimos gestos de su mujer y así pasó la primera noche y así pasaron los días y las noches siguientes. Lo mismo pasaron las semanas, los meses y los años, nacieron hijos y el caballero continuaba observando a la señora. Pero cuando llegó el duodécimo hijo no tuvo necesidad de observar más. Se enfrentó a su mujer y le dijo: "Ahora comprendo el motivo de todas sus cortesías. Usted deseaba tener contactos conmigo". La buena señora agachó la cabeza ruborizada y no se atrevió a negar".

El caso de Robinia es evidentemente semejante al que acabamos de exponer: estaba enamorada de Camilo. No nos sorprenderemos en consecuencia por ninguna rareza de Robinia: una mujer enamorada puede llegar a cualquier extremo. Hasta llegar a odiar al hombre amado. No debemos buscar la causa en el acostumbrado lugar común; aun más, es el momento de apartarnos de un desgraciado lugar común. Se dice "no se sabe a qué extremos puede llegar una mujer enamorada, porque en esas condiciones no razona". ¡Error! Lo malo es precisamente que (mientras en condiciones normales la mujer no razona para nada, vive y procede por instinto) cuando está enamorada es cuando comienza a razonar, pero eso sí, razona como una mujer.

* *

Carlota no se vio obligada a contestar la insinuación de la prima: José María la salvó.

—El señor notario Mórbillier —anunció José María en aquel momento preciso. Todos se miraron perplejos.

¿Qué vendría a hacer el notario del tío Casimiro Wonder?

—¡Ojalá que el buen hombre venga a anunciarnos qué el señor Wonder ha abandonado esta tierra! —dijo Edo interpretando la esperanza casi general. Sin embargo, el señor Casimiro Wonder gozaba todavía de una salud poco común; más aun, de demasiada salud, como pudieron comprobarlo los principales integrantes de la reunión.

—Mi cliente, el señor Casimiro Wonder —explicó el notario—, ha introducido una ligera modificación en sus cláusulas testamentarias y me ha encargado de ponerlas en conocimiento de los señores.

—Le agradecemos esta atención al señor Wonder —contestó con gran dignidad doña Leo—. Y lo hacemos, no por nosotros, sino porque el hecho nos interesa solamente en

forma incidental, pero particularmente lo hacemos por nuestra joven Carlota que es la única interesada.

El notario, que había extraído ya de su cartera el documento, dio lectura de las modificaciones: Dejo todos mis haberes a los hijos que mi sobrina Carlota Wonder Debrai tendrán de la unión con su marido Camilo Debrai. Si dentro del término de un año a contar desde hoy no hubiesen tenido hijos todos mis haberes pasarán sin más trámite a la "Fundación Brachette", la cuál entregará mientras vivan una asignación de cinco mil francos mensuales a mi sobrina Carlota Wonder y a su marido Camilo Debrai, a partir del día siguiente del nacimiento del primer hijo. Si pasado un año no hubiera hijos, ría asignación correrá lo mismo para mi sobrina y su marido, pero sólo comenzará dentro de quince años, a partir de la fecha. El notario dejó una copia del instrumento, y antes de marcharse advirtió:

—El señor Casimiro Wonder me encarga hacerles presente que dentro de un año a partir de hoy suspenderá la asignación que les tiene concedida y que tal asignación aumentada convenientemente corresponderá al sobrino nieto que habrá nacido o estará a punto de nacer dentro de un año.

—¿Y si el tal sobrino nieto no obedeciese a la imposición del señor Wonder?— preguntó el señor Gastón. —Entonces no habrá asignación para nadie. El notario se marchó y la asamblea quedó perpleja. —¡Es monstruoso! —exclamó horrorizándose doña Leo—. ¡El infame pretende que le demos un nieto en doce meses!

—Para ser precisos —intervino Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—, él no pretende seamos nosotros quienes le confeccionemos el nieto. Lo pretende de Carlota. —¿Cómo se puede pretender cosa tan nefanda de una pobre muchacha que todavía no conoce nada de la vida? —aulló la señora Flaminia—-. ¿Cómo se puede?

—Mire, tía Flaminia —observó Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—, el tío no pretende que Carlota le fabrique el nieto por sí sola. En ese caso el señor Wonder sería demasiado exigente. Habla de colaboración entre Carlota y su marido.

—¡No! —gritó fieramente doña Leo—. No permitiremos jamás una infamia de tal género.

—¡No tendría el valor de alzar mi frente si me viera obligado a dar a luz un sobrino qne respondiese al nombre de Debrai! —afirmó el señor Gastón Food.

—¡No! —dijo la señora Elisa—. ¡No! Un desgraciado Debrai no me hará jamás tía.

—¡Sería el nieto de la infamia! —decidió sombríamente la señora Flaminia.

Robinia se limitó a sonreír con no descuidada ambigüedad, mientras que, detrás de la puerta del salón, José María barbotaba: "Esto sí que no lo soportaría".

Carlota rompió bruscamente su silencio y dijo:

—Les ruego no reiniciar las discusiones académicas. Es indispensable que esta extraña historia termine de una vez. No tenemos tiempo que perder. Mañana temprano con el primer tren iré al colegio, para ver a Camilo.

—No me parece que la cosa sea tan urgente como tú dices —le interrumpió doña Leo —. Estoy de acuerdo contigo que la aventura debe ser terminada sin pérdida de tiempo pero debes tener presente que tenemos un año por delante. El nombrado señor Wonder, en efecto, ha asegurado que por un año nos entregará la asignación y en ese lapso tendremos tiempo de resolver las cosas. Carlota le contestó fastidiada:

—No consigo entender tu razonamiento, abuela Leo. Aseguras que tenemos tiempo para regalar, mientras yo no veo cómo dentro de un año el tío Casimiro pueda tener su nietecito si... en definitiva... si no iniciamos inmediatamente la tarea.

Carlota enrojeció de indignación al pronunciar estas últimas palabras, mientras doña Leo, la tía, la madre y el señor Gastón la miraban maravillados.

—Mi Carlotita —exclamó doña Leo alargando los brazos—, temo que todos estos embrollos te hayan producido un poco de cansancio. ¡Olvidas lo más importante! ¿Qué

nos puede importar el susodicho señor Wonder, cuando, casados con el señor Filet, no tendremos ninguna necesidad del sucio dinero del señor Wonder?

Fue precisamente en este momento que Carlota pronunció la primera frase histórica de su vida:

—¡Basta! —gritó Carlota—. Del señor Meditado Filet no me importa un higo seco.

La asamblea agrandó los ojos y doña Leo balbuceó horrorizada:

—¿No te importa un higo seco del señor Meditado Filet? ¿Del hombre con quien debes casarte?

—¡Ni en sueños me casaré con él! —afirmó Carlota; Doña Leo dejó caer los brazos consternada.

—¿Cómo no quieres casarte con el señor Filet? —requirió—. ¿Con quien quieres casarte entonces?

—Quiero casarme con Camilo —aulló Carlota apretando los puños.

—¡Horror! ¡Quiere casarse con su marido! —comentó desanimada doña Leo, mientras la asamblea se horrorizaba disciplinadamente.

Entonces Carlota habló con gran energía: —Aun cuando nuestra dulce Robinia me sonría en forma ambigua, en mi decisión no interviene ninguna razón sentimental. Me doy cuenta que mi marido posee el encanto especial, diríamos "popular" para deslumbrar a las jóvenes de gustos sencillos e inteligencia más bien limitada. Comprendo, por lo tanto, cómo una locuela como Robinia pudo haberse prendado de él...

—¡Horror, abuela Leo! —clamó con simulado espanto Robinia—, ¡mujer de su marido y todavía celosa! ¡Pobre Carlota!...

—Tu sublime ironía no me alcanza —rió con acritud Carlota—. Como decía, aquí no hay asuntos sentimentales. El hecho importante es que debería abandonar un marido seguro por un marido probable y una herencia también probable; corriendo peligro de quedar sin marido y sin dinero. Debemos sacrificarnos por el beneficio común, y si yo sacrifico mis ideales y mi libertad aceptando que un Debrai sea el padre de mi hijo, ustedes pueden sacrificar un poco el orgullo de familia y aceptar que un Debrai sea el padre del sobrino. En el fondo la víctima soy yo, no ustedes. Ustedes son los beneficiados y yo la sacrificada. Aun cuando no me hubiese casado, tío Casimiro me hubiese otorgado una asignación suficiente para mis necesidades.

No se trataba de una rebelión, pero indudablemente un alzamiento y la familia Madellis miraba espantada a Carlota que con la cara enrojecida y húmedos los ojos de fastidio, hablaba con voz dura y autoritaria.

Doña Leo se levantó amenazante:

—¡Pensar que Dios me ha permitido llegar a esta edad —dijo dolorida—, para escuchar a una Madellis con sangre de mi sangre, hablar como hablaría un fabricante de salchichas! ¡Afortunado tú, Safo Madellis, a quien el cielo evitó tanto dolor!—y doña Leo se enjugó una lágrima, mientras la señora Flaminia exclamaba a su vez:

—¡Tú, mi hija, tú, una Madellis...

—jBasta con estos Madellis! —gritó Carlota—. Yo no soy una Madellis, soy una Wonder, en definitiva. Mi padre no descendía de los Cruzados, descendía de las salchichas, si no me equivoco, y, sin embargo, mamá, tú, una Madellis, te has casado con él— ¡Oh! ¡Me juzga! ¡Me condena! —sollozó la señora Flaminia.

—¡Calla, desventurada sin corazón! —agregó sollozante doña Leo—. ¡Desprecias el sacrificio de tu madre! Hubo un instante de penoso silencio. Luego, dejando caer los brazos, el señor Gastón suspiró:

—Las culpas de los padres recaen sobre los hijos inocentes... Es el destino...

Agregó la señora Elisa con evidente desaprobación por la títa inoportuna y el excelente personaje rectificó: —Las culpas de las madres recaen sobre las hijas inocentes...

Doña Elisa lo fulminó nuevamente con una mirada y el señor Gastón suspiró por tercera y última vez: —Las culpas de los tíos recaen sobre las sobrinas inocentes...

¡Casimiro Wonder eres un monstruo! De nuevo se hizo el silencio y Carlota vio a su madre sollozando, a su abuela con la cabeza inclinada, a su tío pálido, a su tía con los labios apretados y la mirada lejana, y a su prima con sonrisa despreciativa en los labios. Vio asimismo que su primo Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico, se desinteresaba en absoluto de los acontecimientos y resolvía un problema de palabras cruzadas, pero no fue suficiente para entonarla y se sintió hija ingrata, nieta degenerada y prima culpable. Cuando se disponía a sollozar y a pedir perdón por su acto nefando, José María intervino por segunda vez, encendió las luces, pues había oscurecido y entregó a doña Leo un telegrama.

A menudo es suficiente una pinceladita de color, una breve nota brillante sobre el gris de una composición pictórica, para cambiar la atmósfera del cuadro. Fue suficiente ese rectángulo de papel de color para que entrara de nuevo en calor la helada asamblea. Todos levantaron la cabeza y miraron a doña Leo.

—Lee —dijo doña Leo entregando el telegrama al señor Gastón, quien leyó lo siguiente en alta voz:

"ALUMNO DEBRAI DESAPARECIDO. FUGADO PRIMERAS HORAS DE LA TARDE EN COMPAÑÍA DE UN DESCONOCIDO, ALEJÁNDOSE EN AUTOMÓVIL. IMPOSIBLE OBTENER OTROS DATOS. RUEGO TELEGRAFIARME SI HA VUELTO O NO A SU CASA. SALUDOS. DIRECTOR PIPET".

—Sabía que se escaparía —dijo Carlota— Mañana temprano deberá estar aquí.

—Esperemos —dijo pérfidamente Robinia.

—Esto no nos interesa más —afirmó doña Leo con disgusto—. Interesa solamente a Carlota —Luego llamó a José María.

--José María, será necesario poner a punto el departamento del ala izquierda. Abra las ventanas, ventile las habitaciones y prepare una con lecho matrimonial. La señorita Carlota se casa y se traslada, por lo tanto, a ese lugar juntamente con su marido.

—Está bien, señora. ¿Y cuándo se realizará ese fausto acontecimiento, si me es lícito preguntarlo?

—Esta noche o mañana temprano.

—Muy bien, señora. El caso es, entonces, urgentísimo...

—E irreparable, José María.

—Muy bien, señora.

—Muy mal, José María.

—Muy mal, señora. Muy mal, señora, muy mal.

—Si mañana se presentara el señor Filet, dígale que hemos partido y que volveremos dentro de un mes. De todos modos le escribiré una carta que usted le entregará.

—Muy bien, señora.

—Muy mal, José María.

—Muy mal, señora.

José María se alejó un poco más agobiado que de costumbre y doña Leo lo miró sacudiendo la cabeza.

—Pobre viejo —suspiró—. También él sufre mucho...

—Es humillante —se quejó el señor Gastón—, es humillante que los sirvientes tengan más dignidad que sus patrones.

Era un feroz latigazo para Carlota, pero ésta no se inmutó siquiera y continuó mirando desde la ventana la noche otoñal que ya había caído sobre el templado jardín. La señora Flaminia juntó las manos y levantándolas al rosetón del cielo raso, clamó al cielo como testimonio de tanta crudeza:

—¡Enamorada! —murmuró con ira—. ¡Enamorada de su marido!

Carlota se volvió como movida por un resorte: —¡Enamorada de la herencia de mi tío! —rectificó fastidiada—. ¡El asunto es bien distinto!

Efectivamente el asunto era bien distinto, pero, en el fondo, era el mismo asunto.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO
UN LUNES ACIAGO. — UN TELEGRAMA ELOCUENTE COMO UNA CARTA. — UNA ESCENA PREPARA LA SIGUIENTE. — CAMILO CLAMA CON URGENCIA. — NOBLEZA.

Al igual de nuestros excelentes personajes concilio el sueño aquel domingo por la noche ¿Y cuál de ellos podía abandonar al dulce sueño la mente preocupada por tan tjpraves pensamientos? ¿Acaso Carlota que esperaba la llegada de su marido de un momento a otro? ¿O quizá doña Leo que agobiada por la ruina de sus soberbios planes, sentía la angustia de verse en la necesidad de poner en la puerta de la calle al señor Filet? ¿Quizá Robinia con el corazón atormentado por su inútil pasión? ¿O la señora Flaminia, o los cónyuges Food, que veían disolverse la esperanza de liberarse de la esclavitud del señor Casimiro? ¿O quizá José María, quien en conocimiento de todos los hechos, veía con terror acercarse al bárbaro invasor?

Podía quizá dormir Camilo, a quien hemos dejado en un terrible embrollo mientras lo estaban por encerrar en un sótano?

Solamente dos personas habían podido dormir plácidamente aquella noche: Edo y Meditado Filet. Pero Edo ¿qué no tenía mayor interés por nuestras preocupaciones en la aventura, no pudo.dormir a cansa de un condenado dolor de muelas, y Meditado Filet aun cuando tenía sobre la mesita de luz un importantísimo telegrama, no pudo dormir a causa de un pequeño incidente en el que nada tenia que ver el asunto Madellis.

En conclusión, antes de entrar en otros detalles del insomnio general, diremos que no hay motivo para sorprenderse si, pocas horas después de haber amanecido el lunes, José María que había recibido órdenes de doña Leo de llevar una carta al señor Filet, lo encontró ya trabajando frente a su escritorio. Meditado Filet lo miró preocupado.

—¿Tenemos alguna novedad desagradable, José María? —preguntó mientras rompía el sobre.

Querido señor Filet:

"Por haberse producido inesperadas y ¿olorosísimas complicaciones de las que le imploro no me pida detalles, todas nuestras relaciones deben, desgraciadamente, terminar.

Le ruego, por la amistad que nos ha dispensado siempre y por el afecto que lo une a nuestra infeliz nieta, se sirva suspender sus agradables visitas.

Le aseguro que si usted, por un solo momento pudiera imaginar la pena que me produce hablar de este modo, me tendría por ampliamente perdonada. Leo Madellis".

Meditado Filet quedó algunos segundos sin aliento, luego miró interrogativamente a José María y el excelente mayordomo suspiró, lo que dio al señor Filet la seguridad que el buen hombre estaba enterado de muchas cosas.

"Es indispensable que yo, a toda costa, haga hablar a este viejo imbécil", dijo para sí Meditado y el problema le resultó más fácil de lo supuesto. José María era quizá el sirviente más discreto que se conocía y jamás hubiera revelado a un extraño el menor secreto de la casa Madellis, pero aquí las cosas cambiaban de aspecto. Para José María el señor Filet no era un extraño. El señor Filet le había caído en gracia desde el primer momento y José María se había acostumbrado desde el principio a considerarlo como un patrón ideal, es decir, como un probable simpático patrón, en fin, como el agradable futuro patrón. Y ahora José María debía inesperadamente trocar a un patrón de la calidad del señor Filet por otro como el despreciabilísimo Camilo. El excelente mayordomo con el corazón angustiado, sentía deseos de justificarse como si se considerase responsable de los hechos acaecidos.

—José María —dijo Meditado con voz grave—, olvídese por una vez en nuestra vida, de ser el más perfecto mayordomo que he conocido. Recuerde solamente que es un

hombre y escuche lo que le pide otro hombre acosado por un terrible dolor. ¿Cuál es el pecado que he cometido para que se me impida penetrar en ese trono donde había esperado encontrar mi felicidad?

José María se enjugó una lágrima con el puño blando de su camisa.

—¡No, señor, protestó! Usted no tiene ninguna culpa. Todos estamos angustiados y la señora no ha pegado un ojo en toda la noche... Es una cosa terrible, señor.

—José María, ¿usted confía en mí? —preguntó solemnemente Meditado Filet—. ¿Siente usted cariño por las personas con las cuales vive usted desde hace tanto tiempo?

—Sí, señor...

—Entonces dígame todo lo que sabe, porque yo quiero y puedo ayudar a doña Leo y a Carlota. Hable, faltará a sus deberes de mayordomo, pero cumplirá sus deberes de hombre. José María no vaciló.

—Juquísimos en un tiempo —explicó—, los señores Madellis por su generosidad perdieron su fortuna y actualmente están en la dolorosa situación de tener que vivir de la asignación mensual que les otorgó el señor Casimiro Wonder, hermano del difunto marido de la señora Flaminia. Todo es de su propiedad: el palacio, la casa veraniega, los muebles, los coches. El señor Wonder prepotente, vulgar y extravagante impuso a la señorita Carlota la obligación de casarse en el término de cuarenta y ocho horas, sin cuyo requisito no le dejaría herencia alguna y habría expulsado a toda la familia, privándola de todo subsidio. Obligada por ello, la señorita Carlota se casó con el señor Debrai, que luego resultó desequilibrado como le dijera la señora Leo...

Meditado Filet, a pesar suyo, sonrió y José María lo advirtió.

—Señor —afirmó José María—, entre los deberes del mayordomo está en primer término el de escuchar tras las puertas. Sólo sabiendo lo que sucede se puede evitar se realicen estulticias a menudo irreparables. Si no hubiese procedido así, hoy no estaría en condiciones por su intermedio de prestar una importante ayuda a doña Leo y a la señorita Carlota.

—Apruebo plenamente su proceder, José María —exclamó Filet—. Le ruego continúe.

—Usted sabe mejor que yo cuál era la intención de doña Leo: obtener la anulación del matrimonio, no consumado todavía para nuestra suerte, y entregar a usted la mano de la señorita Carlota. Pero ayer el notario del señor Wonder nos comunicó de improviso la nueva y delictuosa cláusula introducida por dicho señor, en el testamento que otorgó a la señorita Carlota. De acuerdo con esa cláusula, ella podrá heredar solamente si en el término de un año, tiene un hijo con su marido, el señor Debrai. De otro modo, dentro de un año nos arrojará a la calle a todos y nos cortará los víveres con excepción de la señorita Carlota a quien le quedará solamente lo indispensable para vivir...

—¿Así como lo dice? —preguntó Filet.

—Exactamente así —afirmó José María, y agregó una serie de detalles inexplicables a quien no tuviera presente que los sirvientes escuchan detrás de las puertas, no metiendo el oído, pero sí mirando por el ojo de la cerradura.

—Oído con mi propio ojo, señor.

Meditado Filet quedó un tanto meditabundo, luego con sincero desdén exclamó:

—¡Qué infamia!

Se ha dicho sincero desdén; efectivamente, el caballero no pensaba en las pretensiones del señor Casimiro, pero sí pensaba horrorizado que había corrido el peligro de casarse con una mujer sin un céntimo. Se recobró inmediatamente y preguntó a José María:

—¿Y entonces? ¿Cómo es que ahora en lugar de contar más con mi ayuda, la rechazan?

—Doña Leo —reconoció José María— tenía la intención de apoyarse ahora más que nunca en usted, pero la señorita Carlota, me duele decirlo, no ha tenido suficiente fe. Ha

pensado que podía correr el riesgo de encontrarse un día sin marido y sin herencia y ha preferido, aunque el sacrificio sea grande, permanecer en el lugar más seguro.

—¿Es decir?

—De perfeccionar, como se dice, el... matrimonio —susurró enrojeciendo José María.

Meditado Filet sacudió la cabeza tristemente.

—¿Y el señor Debrai? —preguntó—. Deberá llegar muy pronto, si se pretende que desde ahora yo renuncie a mis visitas.

—Se lo espera de un momento a otro —afirmó José María—. Parece que ya ha salido del colegio. Puede suceder que ya esté en casa.

—Probablemente ya habrá llegado —observó con voz lejana Filet, mientras en la habitación vecina sobre la mesa de luz, la hoja rectangular de un telegrama oscilaba bajo un rayo de sol y decía:

VINO EMBOTELLADO COMO USTED DESEABA. NINGUNA BOTELLA ROTA. EXPESO ÓRDENES PARA LA UBICACIÓN DEFINITIVA. SALUDOS RESPETUOSOS. — JOSÉ.

Era un inocente telegrama que el mayordomo del señor Filet le había enviado la tarde anterior y que con mayor precisión significaba:

AQUEL IMBÉCIL_ COLEGIAL CON BIGOTE ESTÁ ENCERRADO EN EL SÓTANO QUE CONOCES. NINGUNA SOSPECHA, NINGUNA IMPRUDENCIA. ESPERO TUS DISPOSICIONES PARA QUITÁRMELO DE ENCIMA DÁNDOLE UN MARTILLAZO EN LA CABEZA Y ARROJARLO AL FONDO DE UN BARRANCO COMO A UN SACO DE PATATAS, SALUD. — FLICK.

Gracias a este telegrama el señor Filet —como se ha dicho anteriormente— habría tenido motivo para dormir satisfecho, ¿Acaso podía esperar algo mejor? En momento oportuno el señor Camilo Debrai sería encontrado en el fondo de un precipicio entre los restos de un automóvil, víctima de un accidente de tránsito, y Carlota ya viuda podría casar con el señor Filet. Había razón para poder dormir profundísimamente y si aquella noche el señor Filet no lo pudo hacer, la causa debe buscarse en un hecho inesperado, completamente ajeno a las alternativas de nuestra aventura.

Meditado Filet, antes de regresar a su casa había visto en un café nocturno una cara que le parecía conocida, pero no podía precisar a quien pertenecía. Existen en la vida hechos insignificantes que ocupan nuestro pensamiento mucho más que otros de mayor importancia. A veces sucede, por ejemplo, que ya acostados nos asalte la siguiente duda: "¿Habré cerrado o no la puerta?" Después de pensar un largo rato el dilema y repasar detalladamente las acciones realizadas en los últimos diez minutos, como conclusión y sin pleno convencimiento, nos alzamos del lecho y vamos a comprobar si la puerta ha quedado abierta. Volvemos al lecho y transcurridos otros cinco minutos nos asalta de nuevo la duda: "¿Habré cerrado o no la puerta?"

—¡Demonios!, ¡si me he levantado hace un minuto para comprobar!

—Eso dices tú. ¿Qué pruebas existen de que te has levantado! Pensabas hacerlo —objeta el otro yo, interlocutor de nuestros solitarios diálogos.

—¡Hazme el favor! ¡No soy un imbécil!

—No te enojes, por caridad. Procede como quieras; pero si la puerta hubiese quedado abierta...

Transcurrido un corto tiempo, nos levantamos furibundos para comprobar si la puerta está cerrada o no, y como la encontramos bien cerrada, descorremos y corremos el pasador con violencia, produciendo gran estrépito. Volvemos nuevamente al lecho. Transcurren pocos minutos y una duda aflora a nuestra mente: "¿Habré cerrado o no

la,puerta?" Esta vez el enojo llega a la irritación: ¿Cómo se puede tener dudas si hemos descorrido y corrido el pasador?

—¿Me habré vuelto imbécil?

—Por amor de Dios —responde el otro yo—, estamos de acuerdo en que has descorrido el pasador. Decía solamente, que ahora el problema es saber si lo has corrido de nuevo... o no... Es para darse de cachetes, pero pasados cinco minutos no queda otro remedio que saltar de nuevo de la cama y volver a comprobar si la maldita puerta quedó cerrada. Etcétera, etcétera..

Y aun más pequeños pueden ser los problemas; encontrarse sin compañía, por ejemplo, a tres mil metros en una ascensión de montaña y asaltado por la duda: "¿Se debe decir cónyuge o cónyugue, nómada o nómade?"

En esta duda nos debatiremos, quizá, por horas y horas hasta que consigamos olvidar el asunto, pues resolverlo en ese lugar es imposible.

La cara que creemos conocer y no podemos precisar a quién pertenece, es un problema "en cuyas redes nos debatimos hasta que lo hayamos resuelto. Este era el problema que había quitado el sueño a Meditado Filet.

—Sí, —había murmurado mil veces para sí el señor Filet—, sí, estoy seguro que a este hombre lo he visto en la cárcel, pero no recuerdo si era un compañero de celda o uno de los gendarmes que me detuvo.

Es tiempo ya de que abandonemos el dormitorio del señor Filet y regresemos al escritorio del cual nos habíamos alejado para curiosear el contenido del telegrama puesto sobre la mesa de luz: oigamos el diálogo entre José María y Meditado Filet. Sorpresa: ¡En la habitación no hay persona alguna!

Ya que no nos es posible ubicar al señor Filet, tratemos, por lo menos de encontrar a José María. Queremos saber qué es lo que ha sucedido. En marcha, pues y sin pérdida de tiempo a la casa Madellis...

Son las nueve. La familia se encuentra reunida en la salita color de rosa, donde terminado el desayuno, cada uno de sus miembros dedica su tiempo a la lectura de los diarios de la mañana. Las noticias que leen son diversas.

Doña Leo: "¡Qué vergüenza! ¡En qué horribje situación hemos quedado con el señor Filet! ¡Qué muchacha insensata! ¡Cómo lo lamentará! ¿Por qué se demora José María?" Señora Flaminia y los cónyuges Food: "jQué dirá la gente cuando nos veamos obligados a presentar en sociedad a un marido como ése! ¡Qué muchacha insensata! ¡Cómo lo lamentará!

Robinia: "Gustosa me casaría con él, para fastidiar a Carlota. Pero por otra parte, él no ha llegado aún. ¡Ah! ¡ah!"

Carlota: "iCómo es que no ha llegado todavía el infeliz! iDónde se habrá metido!"

Edo Food: "Un rico agricultor inglés trataba mal a sus veinte esclavos negros, los cuales cansados, resolvieron un día huir de la plantación y refugiarse en la vecina selva, donde fueron hallados por el plantador en momentos que se distribuían sendas cuerdas con el evidente propósito de ahorcarse simultáneamente para verse libres de los malos tratos. El agricultor, a quien la muerte de sus esclavos arruinaría, se adelantó decidido y les pidió un trozo de cuerda para poder ahorcarse él también. Entonces los negros por el temor de encontrarse eternamente en el más allá con su feroz patrono, renunciáronla la muerte y regresaron a la plantación...".

Como advertirá él lector, lo leído por Edo Food, estaba impreso en el diario; lo demás sólo estaba grabado en el cerebro de cada uno de nuestros personajes.

Se produjo un largo silencio y al fin Robinia que sufría cuando no podía hablar, salió con una de sus peregrinas ideas.

—Mamá —dijo en alta voz—, tú que tienes el diario de la ciudad, mira en la sección de Objetos Perdidos y Encontrados, si ha sido hallado un marido extraviado ayer.

—¡Reencontrarlo es siempre más fácil que encontrarlo! —interrumpió rápidamente Carlota—. Reencontrar a su marido es siempre más fácil que encontrar marido.

—Rápida y picante contestación de la joven esposa a una soltera agria que busca fastidiarla por la falta de noticias del marido colegial, —explicó gravemente Edo, y Robinia, muy fastidiada estaba por volver al ataque en el momento en que pálido y jadeante, entró José María.

Todos tuvieron la sensación de que algo grave había sucedido. En efecto, José María entró sin pedir permiso.

—¡Señora! —sollozó el buen hombre—. ¡Qué horror!

Doña Leo le ordenó que se explicara.

—El señor Filet se complacía en encargarme saludos, cuando de improviso entraron en su habitación -tres desconocidos. "No me había equivocado anoche cuando te vi en el bar —le dijo con sorna uno de ellos—. Tú eres Jim Lapatte, el viejo Jim que estábamos buscando por el robo de las joyas de Brenton. Esta vez no te escaparás".

José María se secó el sudor que le inundaba la frente, que semejaba la de un vulgar jardinero o un caballerizo.

Luego continuó:

—El señor Filet se rió: "O ustedes bromean o son víctimas de un lamentable error — dijo— De todos modos el asunto se aclarará en la policía. Claro está que estoy dispuesto a seguirlos; espero que me permitan terminar de vestirme. No creo que pretendan que salga en ropa de dormir". El desconocido manifestó su acuerdo, pero que lo acompañaría al dormitorio y efectivamente lo siguió. Poco después se oyó un gran estrépito y al acudir los desconocidos restantes, se encontraron con un hombre en el suelo con una silla en la cabeza.

José María calló y el señor Gastón preguntó:

—¿Quién era el caído?

—No era el señor Filet —explicó José María—. Cuando el hombre volvió en sí, gritó que el señor Filet debía haber huido por una puerta escondida tras un cortinado, y todo se pusieron en su seguimiento.

Doña Leo no tuvo ni tiempo dé perder el conocimiento, los hechos se superponían. Entró aturdida una mucama que balbuceó: "¡La policía!", luego entró un señor de semblante enérgico y modos expeditivos.

—¿La señora Leo Madellis? —preguntó.

—Soy yo —susurró doña Leo.

—Soy Percot, inspector de policía —explicó—. Hemos encontrado en el domicilio del nombrado Meditado Filet, peligroso estafador y delincuente, esta carta suya, en la cual le ruega que no vuelva más a su casa, ¿Le ha jugado también a usted alguna mala pasada?

—No —dijo con dignidad doña Leo—. Había advertido que había algo de equívoco y ambiguo en su persona y eso me decidió a prohibirle la entrada en mi casa.

—Está bien —replicó el inspector—. En la carta leo una alusión al afecto que el señor Filet sentía por su nieta y desearía saber que hay de cierto en el asunto.

—Cortejaba a mi nieta Robinia —explicó doña Leo— y nos había solicitado su mano.

Robinia se ruborizó de indignación pero tuvo fuerza para contenerse. El inspector se rió:

—¡De buena se ha escapado! —exclamó—. Puede usted agradecerle a Dios.

—¿Consiguieron arrestarlo? —preguntó el señor Gastón.

--Ha conseguido escapar una vez más —contestó malhumorado el inspector—. Ya lo atraparemos por la cola.

Salido el hombre que atrapaba a los delincuentes por la cola, pudo entonces doña Leo perder el conocimiento por algunos minutos. Vuelta en sí fue increpada duramente por Robinia:

—¡Así que —vociferó— soy yo la joven que se hace cortejar por los perseguidos por la policía! ¿Por qué no dijo la verdad?

—La verdad es siempre la que se dice, no la que se debería decir —afirmó autoritaria doña Leo—. Por otra parte, no admito tus objeciones: yo procedo siempre con vistas al beneficio común.

Doña Leo se volvió enseguida hacia Carlota.

—-Agradece a tu vieja abuela, niña mía —le dijo—. Si yo no te hubiese obligado a proceder con extrema cautela, te encontrarías hoy quizás en una horrenda situación. Deshonrada y posiblemente sin marido y sin herencia. Recuerda que sólo los labios de los viejos pronuncian las palabras de la sabiduría. Recuérdalo, Carlota.

Doña Leo había pronunciado la más desvergonzada de las mentiras; no sólo faltaba a la verdad tergiversando los valores en tal forma, que atribuía a Carlota el error y ella se atribula la verdad, mientras lo cierto era precisamente lo contrario. A pesar de ello, Carlota no se asombró: estaba habituada a tales razones.

—Le agradezco, abuela Leo —dijo con digna simplicidad.

Después de un frugal almuerzo la asamblea se reunió en el histórico salón verde y doña Leo, en vista de la nueva situación, concluyó:

—La infame cláusula impuesta por el susodicho señor Wonder hace que nuestra indignación rebalse, pero aun con el corazón sangrante, debe ser aceptada. Antes de un año debemos dar un nieto a ese despreciable sujeto y se lo daremos. Los acontecimientos, en consecuencia urgen: es necesario encontrar al señor Debrai lo más pronto posible.

—Estoy de acuerdo —observó el señor Gastón—, ¿pero cómo encontrarlo si no sabemos donde está?

—No puede tardar en llegar, —exclamó con desenvoltura Carlota—. En realidad, todavía no han pasado veinticuatro horas de su salida del colegio.

—¡En veinticuatro horas pueden suceder tantas cosas! —suspiró Robinia con sonrisa ambigua.

—Debo comunicar —dijo Edo Food, quien no carecía de un cierto sentido práctico— que la semana pasada me hice prestar del llamado señor Filet, la suma de tres mil francos, ¿debo restituirlos?

—No creo que mi hijo deba mantener relaciones y ulteriores con individuos de esa categoría —gritó fieramente el señor Gastón Food, el cual, por su parte también había obtenido del así llamado señor Filet un préstamo de siete mil francos.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO
FILET SIGUE EN LA BUENA; CAMILO EN LA MALA. — CAMILO TIENE UNA IDEA FELIZ. — UNA HORRIBLE AVENTURA. ENTRE HONESTOS TENDEDORES AMBULANTES. — OTRA HORRIBLE AVENTURA. — FINAL " ALLEGRO, MA NON TROPPO".

Este imbécil llegó apenas a tiempo —dijo con sorna el hombre que comía pan y queso sentado a la mesa de una modesta cocina.

—No comprendo qué relación hay entre tu fuga y la del imbécil que tenemos aquí encerrado —observó el hombre que lo miraba comer.

—Estoy de acuerdo —explicó el primero—. Claro está que aun sin la llegada de este imbécil, yo estaría aquí a salvo, pero no tendría posibilidad de obtener un millón de francos.

—¡Bromeas, Jim!

—No, viejo Flik. ¿No te he referido ya lo que me contó José María? La joven podrá heredar solamente si en el término de un año tiene un rorro con el imbécil que tienes encerrado en el sótano de esta casa. Como la herencia de Casimiro Wonder es inmensa, resulta que como mínimo, el imbécil que está al fresco aquí debajo vale un milloncejo. El nombrado Flik miró al llamado Filet boquiabierto de asombro.

—Se invierte la marcha. Antes queríamos eliminar a Debrai, ahora lo conservamos cuidadosamente hasta que la joven y sus parientes interesados, nos entreguen el milloncejo. Aquí nadie nos conoce, estamos en Suiza, a pocos kilómetros del límite y en una casa insospechable: podemos proceder con absoluta tranquilidad, viejo Flik.

—Bien —dijo Flik—. Con todo, conviene no perder mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo; ahora bajemos al sótano, hagámosle escribir inmediatamente la carta. Te aseguro que nos traerán el dinero aquí. No nos delatarán, pues aprovecharemos de la doble circunstancia del interés que tienen por conseguir la herencia y del terror al ridículo. Toma la linterna, Flik.

Un enorme cerrojo cerraba la puerta del sótano y se necesitó largo rato para descorrerlo, pero ni bien la puerta se abrió, el nombrado Filet tuvo oportunidad de proferir lamas grosera y soez blasfemia que había pronunciado en su vida. El imbécil valorado en un millón de francos había desaparecido. Por un ancho agujero del muro se veía el jardín iluminado por la luna. Una sombra se movió en las inmediaciones del cerco.

—¡Allí está! —gritó el nombrado Filet, mientras el llamado Flik disparaba sin más trámite por dos veces su revólver. Encontraron en la pared del cerco, señales de sangre: el fugitivo, en consecuencia, había sido herido.

—No podrá andar mucho —exclamó el nombrado Filet mientras se arrojaba en su seguimiento en compañía de su compinche.

El fugitivo, más que correr, rodaba hacia abajo por la pendiente en cuya cima estaba la casa. En el fondo del valle-cito brillaba el agua de un torrente. ¿Esperaba, quizá, llegar hasta allí para aprovechar la comente? Pero los perseguidores les pisaban los talones.

—¡Detente, imbécil, o te disparo dos balas a la espalda! —le gritó el nombrado Flik, furibundo.

Se oyó un disparo y Flik, herido en una pierna, cayó aullando de dolor.

—Por aquí, por aquí —dijo ana voz y el fugitivo se encontró frente a un endeble puentecillo por el que atravesó a la carrera el torrente.

Pasemos por ahí también nosotros y abandonemos por un instante a los dos burlados perseguidores y ocupémonos de nuestro fugitivo.

Se sostiene comúnmente que el amor vuelve ciegos a los hombres y nosotros aceptamos ese dicho popular, pero reconocemos que si Camilo Debrai se encontró en un momento en la imposibilidad de ver, la causa no era la pasión amorosa en cuyas espirales nuestro joven se debatía. Efectivamente, más que el amor, una buena funda de tela espesa puede cegar al hombre cuya cabeza ha sido metida en ella, y Camilo Debrai como ya se ha dicho, se encontraba precisamente en esa situación.

El primer pensamiento de nuestro egregio personaje, fue una tontería. Era bien raro el modo como las condesas recibían a sus huéspedes. El segundo, menos tonto y más en la realidad, fue que en esa situación, le sería bien difícil satisfacer su deseo de "ver" a Carlota. El tercer pensamiento fue más complejo y más en razón.

—¡Ahora entiendo! —se dijo Camilo mientras lo empujaban así encapuchado y maniatado hacia el sótano—. Robinia tenía razón: ¡Intentan eliminarme para que Carlota pueda casarse con el maldito Filet! Soy un desgraciado imbécil, pero de hoy en adelante no jugarán más conmigo: ¡Estaré bien alerta!

Era, sin duda, demasiado tarde. Tanto más que como se ha explicado, mientras Camilo razonaba en esta forma, tenía la cabeza metida dentro de una funda de tejido impermeable cuando la funda le fue quitada, ¿qué pudo descubrir Camilo dentro de un sótano oscuro?

Maldijo el instante en que por primera vez había visto a Carlota en la ventana de su pieza y concluyó con un tardío reconocimiento: Nicolás tenía razón. |Es en verdad una especie de Lucrecia Borgia! ¡Oh si pudiera escapar!

Después de haber pensado largamente lo que haría si se encontrara de improviso fuera de aquel oscuro sótano, llegó a una confortable conclusión:

"No tengo otro pensamiento que deshacer el nudo que me une a Carlota, para poder mandarla al demonio en compañía de su detestable familia y en el fondo, ¿qué quieren ellos sino que yo renuncie a Carlota? ¿Y en consecuencia, por qué no nos ponemos de acuerdo?"

A tientas, encontró Camilo un poco de paja, sobre la cual se durmió tranquilo y si no esperó la llegada de Filet, la culpa fue del nombrado Flik que carente de toda fantasía, no se preocupó lo más mínimo de su prisionero, de le había encargado atraparlo y encerrarlo en el sótano, a lo cual había dado cumplimiento. Que el prisionero pasase hambre o sed no le interesaba por no estar en sus obligaciones averiguarlo.

Así llegó la medianoche de aquel triste domingo, y luego llegó también la medianoche del tristísimo lunes sin que Camilo viese persona alguna, tomó a puntapiés la puerta, aulló y gritó pero nadie acudió y entonces pensó:

"Comprendo, quieren hacerme morir de hambre aquí encerrado".

Gracias a su singular vigor físico consiguió librarse de la atadura de las manos y el día martes, valiéndose de un clavo grande que pudo desprender de la pared, pudo trabajar durante todo el día para librarse del encierro. Como la casa había sido construida sobre una cuesta, el sótano por un lado estaba bajo la superficie de la tierra, mientras que del puesto, una de sus paredes casi toda al descubierto, daba al jardín que llegaba hasta la cerca.

Las paredes del sótano eran de piedras grandes, y un imperceptible hueco entre ellas, guió justamente la elección de Camilo. Quitar la primera piedra fue el paso difícil; las demás salieron con relativa facilidad, tanto que cuando el nombrado Filet al término de un viaje peligroso llegó cansado y hambriento ante su cómplice Flik, Camilo estaba terminando la brecha y veía ya cómodamente el cerco, el cielo azul y la luna amarilla. Cuando oyó los pasos de los compinches que se acercaban, estaba quitando la última piedra y apenas tuvo el tiempo necesario para arrojarse afuera hacia la calle. Sin embargo, la debilidad no le permitía huir de los dos malandrines, y si pudo hacerlo fue por hechos posteriores, según se verá más adelante.

Según recordará el lector, sobre el muro había rastros de sangre, que, indudablemente perdida por la impresión, ya que las balas disparadas por Flik no lo habían alcanzado.

Al oír la amenaza de Flik, el estampido del arma y luego el grito de dolor del mismo Flik, Camilo pensó angustiado como el que sabe que el miedo a veces produce fenómenos nerviosos singulares, pero parece difícil que llegue al extremo de hacer perder sangre. Lo más probable seria que con la prisa se hubiese lesionado con la punta de piedra, o con una ramazón.

"¡Ay de mí, estoy herido de muerte!" Pero a continuación pensó que era poco probable que fuese otro quien gritara si el herido era él; armóse de valor y como la voz que había oído "Por aquí, por aquí", le indicaba el camino, y se lanzó sobre el puentecillo con extraordinaria velocidad.

Alguien lo tomó por un brazo y lo arrastró entre rocas y matorrales y el infeliz continuó corriendo hasta que se encontró en una gruta donde cuatro personajes esperaban alrededor de una hoguera, sentados sobre sacas de mercaderías. Camilo se arrojó al suelo jadeante, después de balbucear algunas palabras, luego el hombre que había disparado el fusil dióle una copa de aguardiente y se marchó. Mientras los primeros tragos de licor tranquilizaban a Camilo, el hombre volvió y dijo con indiferencia:

—Se baten en retirada. El hombre que quería alojarle una píldora en la espalda, debe haber recibido una buena en su pierna. El otro lo carga «obre el hombro.

—No sé cómo agradecerles —balbuceó Camilo. Pero lo interrumpió el hombre cuyo aspecto era bien siniestro:

—No se preocupe. ¿Se proponía pasar solo o con mercadería?

—Yo..., yo trataba de huir —dijo turbado Camilo—. Conseguí agujerear la pared...

—¿Hacía mucho que estaba encerrado?

—Tres días.

El hombre le alcanzó pan y queso:

—Sírvase, debe tener hambre. Ni aun en Suiza, estar preso es un gran negocio.

Camilo quiso explicar que se trataba de un error y dijo:

—-Se equivoca, señor; soy un hombre de bien. Yo...

—Estamos de acuerdo —lo interrumpió el otro en forma terminante—-. ¿Si no lo hubiese juzgado inmediatamente como uno de los nuestros, hubiera acaso disparado sobre la pierna de su perseguidor? Los de nuestro oficio somos todos gentes de bien. ¿Dice acaso la Biblia que es delito comprar mercadería en un lugar para venderla a dos kilómetros de distancia? Delito es robar, no comprar y revender, que es comercio honesto. ¿No le parece?

—Naturalmente, naturalmente —aprobó Camilo mientras masticaba a dos carrillos.

—¿Marchamos? —dijo el hombre cuando terminó de fumar su pipa. Los otros siguieron su ejemplo, y guardando las pipas cargaron sus respectivas sacas.

Camilo ofreció sus estupendos hombros a la comitiva y bien pronto tuvo sobre ellos la carga correspondiente. Las palabras del jefe de los contrabandistas lo habían tranquilizado. Mientras caminaba junto a los otros masticando vorazmente para resarcirse de los tres días de ayuno, se sintió contento y agradeció al buen Dios que lo había puesto en contacto con modestos vendedores ambulantes, tan honestos que citaban píamente importantes pasajes de la Biblia. La fila costeó durante un buen tramo el torrente pedregoso. De vez en cuando el jefe recomendaba atención y en esas oportunidades todos se arrojaban al suelo al reparo de las piedras, para reiniciar la marcha en nueva formación. Camilo pensó en posibles deslizamientos de piedras, en esos lugares y que las recomendaciones eran laudable prudencia para precaverlos contra las mismas. Abandonado el torrente, encontraron en una especie de desfiladero cuyo techo era el cielo estrellado, donde se produjo un lamentable incidente. —¡Alto! ¡Alto! —gritó de improviso una voz desde una elevación.

—¡Alto o hacemos fuego! — increpó otra voz a espaldas de la comitiva.

Era una emboscada en toda regla y los vendedores ambulantes se encontraron bloqueados, pero no se amedrentaron; se arrojaron a tierra e iniciaron su defensa con certeros tiros de fusil a diestra y siniestra.

Camilo que aturdido había quedado en pie, oyó silbar loa proyectiles junto a su cabeza, porque los agresores también hacían fuego.

—¿Tenemos suerte? —susurró uno de la comitiva al jefe—, ¡A quince pasos de aquí está la Boca del Lobo!

—Efectivamente —dijo el jefe— Todos hacia allá —ordenó en voz baja—. Comiencen los del medio y uno cada dos minutos. Sigan hacia Bicheville por el camino de siempre, para reunimos en la hostería de Witlon.

Los hombres se pasaron la voz y uno después de otro, mientras los restantes intensificaban el fuego, se arrastraron hasta una grieta que se veía a un costado de la hondonada y se dejaron deslizar hacia abajo. Camilo los siguió hacia la Boca del Lobo maldiciendo a los asaltantes que evidentemente infestaban aquellos parajes y una vez transpuesto el barranco, después de haber andado por un sendero entre arbustos, se encontró en un hermoso camino descendente agobiado por el peso de una enorme cantidad de sacas, que durante la marcha había ido encontrando una tras otra, echándoselas a la espalda: ¡Al diablo con los valientes! ¡Abandonaron toda la mercadería para escapar más deprisa!

Aclaraba, cuando al doblar un recodo del camino se encontró frente a una ciudad; el afirmado desierto de una gran calle brillaba bajo la luz de una fila de lámparas.
—¡Agradezco al buen Dios! --exclamó el desventurado, leyendo sobre un gran cartel "BICHEVILLE, Km 0,150". Esta es la ciudad que nombraron los comerciantes. Se trata de buscar ahora la hostería de Witlon.

Sus pasos resonaban sobre el empedrado brillante de escorcha y las sacas pesaban excesivamente. "Si por lo menos encontrara alguien a quien preguntar". Iba atravesando una plazuela, cuando encontró finalmente a dos guardias. —Señores —preguntó—, ¿saben, por favor, dónde está la hostería de Witlon? Si no la hallo pronto, moriré bajo el peso que llevo.
—Más que un changador, parece usted ana empresa de mudanzas —observó riendo el policía más anciano—. Siga derecho, el primer callejón a la derecha. Cincuenta pasos en total.
—Gracias y buenas noches. —Buenos días.
Al rato, pudo leer en una gran placa "WITLON", y no pudiendo sostener la carga con una mano sola, tomó a puntapiés la puerta.
—-¡Alguien de la casa! —gritó fuertemente. Acudió a abrirle un hombre pálido como un muerto. —¿Llegaron los otros? —preguntó Camilo-—. ¡Rápido, que la carga pesa!
—¡Jesús María!
Descendió por una escalera empinada y encontró reunidos en un sótano al jefe y a toda su compañía.
—¡Este no es un hombre, es un sujeto infernal! —gimió el jefe ayudando a descargar las sacas de las espaldas de Camilo.
—¡No se ha perdido ninguna! ¿Cómo no lo han visto? —No había un alma —contestó riendo Camilo—. ¿Quién podía verme?
—¿Cómo pudo encontrar mi casa? ¿Conoce usted Bicheville? —preguntó el dueño de la hostería.
—Jamás estuve aquí, pero he preguntado a dos guardias en la plaza.
Los hombres gimieron.
—¡Loco! —gritó el hostelero, pero el jefe lo disculpó alzando los hombros:
—Cargado como estaba ¿podía huir? Era entregarse. La única manera de no dar sospechas, era proceder en la forma que lo hizo. Tú, Witlon, prepara nuestras valijas, pondremos las mercaderías en ellas y nos marcharemos uno a la Vez como si fuésemos tranquilos viajeros. De este modo no encontrarán nada aunque examinen la casa.
—Pero —quiso objetar Camilo—, yo...
—Usted quedará aquí bien escondido, niño mío. Los dos guardias le han visto la cara y puede ser reconocido. Lo libraremos en el momento oportuno. ¡No perdamos tiempo!
Camilo no terminaba de entender.
—Disculpe: ¿Y si me reconocen? ¿Qué he hecho yo de malo? —preguntó.
El jefe de la pandilla, sonrió:
—Nada, efectivamente no ha hecho nada, pero ¿cómo demostrará que no ha hecho fuego contra los aduaneros? ¿Y que no es nuestro cómplice, si lo han visto cargado con el contrabando?
—¡Ah! —dijo Camilo, y dejándose caer sobre un montón de trapos, cerró tranquilamente los ojos.
—Déjalo tranquilo, Witlon —exclamó el jefe.
—Debe estar muerto de cansancio, pobre diablo.
Camilo no dormía. Yacía inconsciente como una piedra, no por cansancio, sino de terror concentrado, pues el desdichado había terminado por entender.

—Te lo confío, Witlon —dijo el jefe marchándose—. Reúne, al parecer todas las tretas del infierno, es fortísimo y me es simpático. Es indispensable que lo apartemos del embrollo por su bien y el nuestro.
—¿Por el mío? —masculló Witlon—. ¿Por el mío, cuando ustedes se marchan y me lo dejan acá?

* *

Amanecía ya. Era un miércoles, un melancólico miércoles de otoño. En la buhardilla de una casa de doce pisos un gato se despertó, bostezó, se estiró, arqueó su lomo y se arrojó a la calle.
—Pero no —le dijo un gorrión mientras caía—. ¡son las hojas las que deben caer en el otoño, no los gatos!
—¡Efectivamente, me equivoqué! —dijo el gato distraído e interrumpiendo su caída, ascendió por el aire y continuó durmiendo.
Una hoja de hipocastaneo pretendía desprenderse de su rama.
—¿Qué haces? —gritó angustiada la hoja vecina—. Todavía estás verde y puedes seguir viviendo.
—¡Oh la vida! ¡Qué desilusión! —rió la otra arrojándose al suelo.
Una hoja desilusionada, suicida. La triste hija del buen tiempo pasado, del tiempo que fue.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO
NO PUDIÉNDOSE DAR AL LECTOR LA "ESCENA MADRE" SE DA EL "CAPÍTULO PADRE". — UNA EXPLICACIÓN ARRASTRA A LA OTRA. — UNA AGRESIÓN ARRASTRA A LA OTRA. — EL FAMOSO CARTEL. — ¿LA TRISTE AVENTURA TERMINA?

Bicheville es una ciudad de la Suiza francesa, y cuenta con cuarenta y tres mil almas, pero si usted visita el país no pierda tiempo en buscarla. Primero porque no la encontrará, segundo porque no vale la pena conocerla pues se trata de la ciudad menos pintoresca del mundo y si nosotros la nombramos es solamente porque nuestro Camilo escapado del sótano del pérfido Filet, había terminado en el sótano del hostelero Witlon, precisamente de Bicheville. El viajero que en la mañana del 30 de noviembre de 19... se encontrara transitando por las calles de Bicheville, habría notado ciertamente los grupitos de personas detenidos frente a un gran cartel fijado durante la noche en todas las esquinas. Si se hubiese acercado a los grupos habría podido oír los comentarios más dispares. Claro está que procediendo así, nuestro viajero, habría perdido las mejores horas del día con grave daño para sus negocios. No abusemos más de nuestro viajero y dispongámonos a conocer por nuestros medios que entre esos distintos pareceres el más interesante era el que expresaba un hombre envuelto en un sobretodo, que vagaba con un amigo en los alrededores de la hostería de Witlon.
—Estoy seguro —aseveraba aquél—. Es el hombre cargado de sacas que nos preguntó aquella mañana por la hostería de Witlon. ¿Recuerdas Patter?
El nombrado Patter contestó:
—Vaya si lo recuerdo, brigadier. Nos divertimos mucho en esa oportunidad. No cabe duda, es él. Imaginé en seguida que debía tratarse de un desequilibrado escaparlo sabe Dios de dónde.
—Abramos los ojos, Patter; cincuenta billetes de a mil nos calentarían discretamente el estómago.

—¡Si tuviésemos la suerte de encontrar a este loco! Porque hace dos semanas estamos realizando un mal negocio, brigadier. En estos parajes malditos, jugando a las escondidas, en lugar de encontrar los malandrines que buscamos, hemos encontrado solamente sabañones y resfríos. ¿Para qué insistir, brigadier?

—Sabemos por nuestros informantes que Witlon está en contacto con todos los contrabandistas de la zona; nos interesa, por lo tanto, no perder de vista a los clientes que salen y entran de su hostería. Verá que algo pescaremos y renovaremos algunos viejos conocimientos, algún encuentro interesante, pero es necesario tener mucha paciencia.

—La tendremos, brigadier.

—Vale la pena, querido Patter. Estoy seguro: los sejá que intervinieron en aquella batahola y que consiguieron escapar después de haber herido a los tres aduaneros, se han refugiado en la hostería de Witlon. Este endemoniado hostelero, es la llave de toda combinación. ¿Acaso el loco de las sacas 110 se dirigía allá?

Hemos oído lo suficiente para comprender a quién se referían. Expliquemos más bien, que relación hay entre ese loco y el cartel que tanta curiosidad despertaba a los dos Guardias vestidos de civil, bastará para ello, reproducir el cartel:

¿QUIÉN LO HA VISTO?
SE OFRECEN 50.000 FRANCOS
A quien lo devuelva con vida a la Dirección del Wurstel Hotel, Ginebra.

Naturalmente este singular cartel no había aparecido por gracia de Dios en las esquinas de Bicheville. ¿Quién lo había ideado? ¿Quién otorgaba los 50.000 francos?

Yo no, señores, lo juro y puedo demostrarlo

El señor Casimiro Wonder, a las dieciséis del 11 de noviembre se sintió más Nerón que nunca. Habrían transcurrido cuatro días desde el momento que había arrojado al campo enemigo la bomba incendiaría de la nueva cláusula testamentaria y de hora en hora aumentaba su deseo de comprobar "de visu" los efectos producidos. En consecuencia a las dieciséis del 11 de noviembre, no podo ya resistir la tentación y decidió invadir la casa Madellis. Doña Leo, apenas estallado el "rayo Pilct", se había trasladado con toda la familia a la residencia urbana y fue precisamente a la puerta de ese palacio que tío Casimiro al poco rato llamó de mala gana. Como era su costumbre, apartó violentamente al camarero que acudió a abrirle y con el amplio sombrero bien encasquetado se dirigió a zancadas hacia el salón imperio, donde sabía que a esa hora, debía encontrar reunido al enemigo. De un puntapié abrió de par en par la puerta y se encontró de pronto frente a la más lúgubre y silenciosa reunión del mundo.

—¿Y bien —aulló con su acostumbrado modo el tío Casimiro— de esta manera saludan los Cruzados al dueño de casa?

De un tirón arrancó la silla sobre la que estaba sentado el señor Gastón y llamó a José María: "Viejo reblandecido —chilló— ¿no adviertes que las sillas tienen las patas flojas? ¡Lleva a componer inmediatamente esta silla!"

Doña Leo, doña Elisa y doña Flaminia se levantaron al mismo tiempo, como tres fantasmas automáticos y con la cabeza orgullosamente erguida y sin dignarse siquiera mirar al tío Casimiro, se dirigieron una tras otra hacia la puerta. El señor Gastón, que ya se había levantado, las siguió; Edo, Robinia y Carlota siguieron sentadas tranquilamente. El tío Casimiro se divertía enormemente.

—Y tú, —dijo dirigiéndose a Edo—, tú, joven Cruzado ¿no te sientes ofendido por mi presencia? ¡Sin embargo, no me pareces menos imbécil que los demás!

—Sí, tío Casimiro —explicó tranquilamente Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—. Yo también soy imbécil, pero imbécil independiente.

—¿Y tú, Carlota —preguntó tío -Casimiro con tono amable—, qué tienes que ni me has saludado?

Carlota por toda respuesta se levantó y se acercó a la ventana mirando hacia fuera.

—Es una criatura que sufre —explicó suspirando Robinia—. Seducida y abandonada, la infeliz vive esperando a quien nunca volverá.

—¡Cretina! —dijo Carlota sin volverse, y tío Casimiro pidió explicaciones.

—El caso es bien doloroso —explicó Edo—. Hace cuatro días que el marido de Carlota se escapó del colegio y a pesar de la búsqueda, no ha sido posible dar con él. Tal hecho preocupa seriamente a todos, porque como bien lo habrá notado usted, el señor Debrai es querido tiernamente por toda la familia.

—¡Extraordinario!—dijo sonriente tío Casimiro—. Ahí está la razón por la cual la vieja guardia se alejó indignada, de mi presencia: creerán que he sido yo quien organizó la desaparición del pollo para enredarlos en un nuevo embrollo derivado de la nueva cláusula.

Carlota volvióse con vivacidad:

—Naturalmente, tío Casimiro —exclamó—. Esta no puede ser sino otra de sus amables salidas, como la del matrimonio en cuarenta y ocho horas. ¡Continúe divirtiéndose así: no somos sino muñecos en sus manos!

Carlota volvióse agresiva:

—Pero yo —continuó—, ilustre tío, si no me hubiese angustiado la situación del resto de la familia, hace rato lo hubiese mandado al infierno, juntamente con su maldita herencia! Pero soy muy capaz de hacerlo ahora; pues ¡no tengo necesidad ciertamente, de su dinero para vivir! ¡Puedo arreglarme perfectamente por mí sola y reír de su enmohecida cara!

—¡Muy bien! —gritó tío Casimiro—. Así debe hablar una Wonder. Ten presente, sin embargo, que en este asunto no he intervenido para nada. Tu, Robinia, puedes atestiguar que yo he aconsejado a Camilo que permaneciera en el colegio. Más bien tú, maldita charlatana, le habrás aconsejado mal cuando quedaste sola con él. ¡Qué le habrás contado!

Carlota miró aturdida a Robinia y la infernal criatura se puso a reír:

—Es inútil que pongas esa cara—exclamó—. Sí, el sábado acompañé a tío Casimiro para visitar a Camilo y se lo he dicho todo.

—¿Todo? —balbuceó Carlota—. ¿Todo qué?

—Que planeabas desembarazarte de él para casarte con el nombrado Meditado Filet.

—¡Es una calumnia! —protestó Carlota.

—No digamos tonterías, primita, ¿y los planes arreglados con abuela Leo? ¿Y las flores, y los regalos, la visita de todos los días, las frases apasionadas, el almuerzo del compromiso? ¿Y los largos coloquios de la abuela para convencer al señor Filet que debía prestarnos ayuda en la anulación del matrimonio?

—Puedo ser acusada de no haber tenido fuerza en ese momento para rebelarme contra mi abuela, mi madre, mi tía y todos ustedes en una palabra, y de haber colaborado en un juego que me repugnaba: solamente de esto se me puede acusar, pero tú sabes que cuando llegó el momento oportuno, me expliqué claramente.

Robinia dejó caer los brazos desolada:

—Puedes ir a contárselo al portero del Colegio Pipet, —dijo—. Tal vez consiga el regreso de Camilo.

Sobre una mesita, delante de Carlota había un lindo grupo de porcelana que representaba un pastorcillo arrodillado frente a una rica dama vestida con miriñaque de crinolina en actitud de entregarle violetas. Era una escultura delicada que atraía a quien la miraba, ecos de dulces versos perfumados de Arcadia. Carlota reparó en el grupo pero el tío Casimiro, puso una de sus manos sobre la estatuita, y el pastorcillo y la dama no terminaron sus días en la cabeza de Robinia.

A un gesto de tío Casimiro, Robinia y su hermano se marcharon. Una vez a solas, tío Casimiro le preguntó bruscamente.

—¿Qué porquerías son éstas?

Carlota explicó:

—¡Porquerías hubo una sola y la realizó usted, señor tío! ¡La porquería fue obligar a una joven a casarse en cuarenta y ocho horas!

El tío Casimiro no contestó. También él se acercó a la ventana y miró afuera, luego volvióse y dejó caer los brazos:

—No quiero reprocharme de ser la causa de tus desventuras, niña mía. Hagamos anular este matrimonio y no se hable más de ello.

Carlota se ruborizó de indignación y gritó:

—¡Ni en sueños!

—En definitiva —le preguntó perdiendo, la paciencia el tío Casimiro—. ¿Se puede saber qué diablos quieres?

—¡Quiero mi marido! —chilló Carlota, blandiendo el maldito pastoreillo—. ¡Usted me obligó a casarme y ahora debe devolverme mi marido!

—¡Nadie en el mundo ha conseguido sacar nada con amenazas a Camilo Wonder! —gritó a su vez el tío, abriendo de un puntapié la puerta—. Verás como mandaré a todos ustedes al diablo. —Pero el mismo día el director de la mejor agencia de investigaciones de Europa era llamado telegráficamente por el señor Wonder y recibía la orden de encontrar al señor Camilo Debrai aunque ello costara un millón. Como transcurrieron quince días sin saber nada importante, tío Casimiro hizo fijar el famoso cartel en la ciudad Suiza. También el texto del famoso cartel fue obra del tío Casimiro. Carlota que revisó los borradores, agregó solamente "ojos negros".

—Este es un detalle estúpido, sin importancia —observó el tío Casimiro—. Por otra parte, ¿quién se puede acordar si aquel imbécil tiene los ojos negros o verdes? Yo no lo recuerdo.

—En cambio, yo sí lo recuerdo —dijo suspirando Carlota.

Esta es la historia del famoso cartel cuya aparición desencadenó en todas partes tantos comentarios, especialmente en Bicheville donde aun se hablaba de él a altas horas de la noche. En efecto, los viajeros que hacia la medianoche de aquel 30 de noviembre hubiesen entrado en el local que dirigía el recordado señor Witlon y prestado atención a las conversaciones que se sostenían en el grande y humoso salón, en más de una mesa habrían oído recordar el cartel. Por ejemplo, en aquella más próxima a la puerta, en la que estaban sentados dos hombres; alto, elegante, vivaz el primero, algo cargado de años, pero robusto y de líneas vulgares el otro.

—¡Cincuenta mil francos! —comentaba con sonrisa maligna el hombre alto—. Cien mil daría yo si me entregaran a domicilio a aquel imbécil, pero daremos con él.

—¿Estás bien seguro que se encuentra aquí? —preguntaba dudoso todavía el otro.

—Flik, yo no soy poeta ni hablo porque encuentro las frases hechas. La noche que te hirieron seguí desde lejos a los cinco con los cuales se alejó el imbécil. Eran cinco contrabandistas que llegados al barranco de Lapipe, en el momento que cruzaban la frontera, fueron detenidos por los aduaneros. Yo estaba lejos, pero había una magnífica luna, que permitía ver como de día. Se dispararon numerosos tiros de fusil y crea que tres aduaneros quedaron heridos. Vi desaparecer uno por vez a los cinco contrabandistas y con ellos a nuestro mirlo como tragados por la tierra. Al poco rato los vi aparecer nuevamente en el camino que desciende a Bicheville. Evidentemente debe existir alguna gruta que del barranco de Lapipe lleva hasta allá y los contrabandistas no habiendo podido cruzar la frontera, habían regresado. Me dejé caer por la cuesta como un alud y conseguí alcanzar a uno y seguirlo hasta Bicheville. Lo vi llamar aquí y como estaba alerta, apenas se abrió la puerta me introduje yo también pidiendo alojamiento. Mientras el hostelero trataba de ahuyentarme pretextando no tener habitaciones desocupadas, traté de fijar en mi cerebro la cara de mi hombre, el cual había quedado sentado e incapaz de moverse por el terror. Me alejé algo y me introduje en un callejón sin perder de vista la

puerta de la hostería. Como a la media hora, vi llegar probablemente el último de los contrabandistas cargado con las sacas de mercaderías. Luego, uno por vez, salieron los cinco, con valijas cual si fuesen viajeros. Lo seguí como su sombra. Lo seguí en tren, en diligencia hasta su misma casa. Supe quién era, pero el mismo día desapareció sin que pudiese detenerlo. No me quedaba sino esperar su regreso, que se cumplió hace tres días. Lo detuve la misma noche cuando salía de la hostería. Estuvo gentilísimo, me contó todo, asegurándome que nuestro mirlo, se encuentra aquí en un escondrijo del sótano y que no lo dejan salir, porque temen haya sido individualizado por dos guardias y no quieren correr riesgos. Por eso te he escrito que vinieses.

—Admitiendo que el contrabandista te hubiese dicho la verdad, ¿quién te asegura que pasado el temor no haya advertida a sus compañeros?

—Plik, ¿te estás imbecibilizando? Ese no hablará jamás después del salto que le hice dar después de la ceremonia, y es probable que el cartel complique las cosas, porque cincuenta mil francos pueden tentar para cometer imprudencias. Hay que vigilar al hostelero: el sujeto con quien habla ahora, me parece que puede ser uno de los cinco de aquella noche.

Efectivamente, Meditado Filet tenía razón: Witlon hablaba con el jefe de la cuadrilla, nuestro viejo conocido.

—Sería una imprudencia sacarlo ahora —decía Witlon—. Hay dos personas que desde tace días rondan mi casa. Se disfrazan a menudo, pero no me engañan: son siempre los mismos dos policías. Ahora la cara de ese imbécil se ha vuelto famosa con la fotografía del cartel y todos la retienen en la memoria para tratar de ganar los cincuenta mil francos. Si los dos policías lo ven, estamos listos: nos lo soplan y, además, le harán un montón de preguntas y el pollo ése nos meterá en líos.

—No creo que hablase, le salvé la vida.

—Escucha: sea que lo reconozcan como el hombre que llevó la carga la noche de la batalla con los aduaneros, o que lo reconozcan como el Debrai del cartel, en cualquiera de los dos casos estamos fritos.

—Hay que arriesgarse: cincuenta mil francos son muchos francos, ¿No estoy aquí? ¿Me han detenido, acaso?

—De cualquier modo, la tuya ha sido una imprudencia. Sabes que sospechan de ti en la policía central. En estos últimos tiempos alguien debe haber charlado más de la cuenta.

—Se trata de cincuenta billetes de a mil. Debemos darnos prisa o aparecerán los otros cuatro...

En una mesa cercana a la estufa, tres pacíficos gentilhombre» bebían cerveza.

—Atención —decía el más anciano—. Hace diez minutos que en la mesa de nuestro hombre se ha sentado un señor alto, vivaz y elegante.

—¿Es él? —preguntaron los otros dos que no deseaban volver la cabeza.

—Estoy seguro: parece copiado de la fotografía que tenemos en el bolsillo. Ha citado aquí a su compinche, lo cual tendremos trabajo con los dos. Veremos.

Un cuarto personaje llegó y se sentó.

—¡Noticia sensacional! —anunció—. Hablé con el amigo del policía y he sabido que dos guardias juran que el sujeto del cartel es el mismo que la noche del diez les preguntó dónde se hallaba la hostería de Witlon. Lo recuerdan perfectamente porque llevaba sobre los hombros una cantidad desproporcionada de carga. Supe también que Witlon está bajo vigilancia por contrabando—. Otro agregó:

—Witlon está vigilado por la policía; sabemos ahora que el último rastro de Camilo, lo ubica aquí. Meditado Filet llama a su compadre y lo cita en esa hostería; ¿por qué en ella, centro de nuestras investigaciones, no puede encontrarse también el señor Debrai?

—¡Santo Dios! Esta historia ha tomado ahora un extraño ritmo de marcha y no es posible dar un paso adelante, sin retroceder inmediatamente otros diez. Pero éste es el último paso atrás, y si Dios quiere, después de éste podremos llegar al final rápidamente.

¿Quiénes eran, entonces, esos cuatro gentileshombres? Eran cuatro activos empleados de la mejor agencia de investigaciones privadas de Europa; de aquella que puso en marcha el tío Casimiro. Iniciaron su gestión los perspicaces sabuesos realizando una detenida investigación preliminar en la casa del desaparecido, habiendo encontrado en Robinia la informadora más escrupulosa. Al fin se había preguntado. ¿Cui prodest? ¿Quién tenía interés en la desaparición de Camilo?, y sin vacilar pensaron en Filet. Era necesario, por lo tanto, encontrar a Filet, pero la nueva residencia del aventurero, no era conocida a pesar de todas las averiguaciones efectuadas por la policía regalar y nuestros sabuesos poseían un indicio con un bien definido punto de partida: Ginebra, Colegio Pipet.

Supieron allá que había partido en automóvil. Fastidiaron al mundo entero, y lograron conocer las características de aquel automóvil y cómo era el hombre que había llevado consigo a Camilo, así también por los puntos donde habían pasado. De ese modo llegaron a la casa de los dos malandrines, encontrándose allí con un hombre de cara poco recomendable cuyos datos de filiación correspondían exactamente a los de una fotografía que llevaban, debajo de la cual estaba escrito: "Federico Molk, alias Flik, mayordomo del llamado Filet". Esperaron pacientemente, sin hacerse notar, que alguien llegase a alegrar al solitario bribón, que cojeaba malamente. Durante la espera visitaron la casa en repetidas ocasiones y encontraron el agujero en el muro del sótano y al pie del mismo, un clavo grande con hojas de papel arrolladas a. modo de empañadura y en esas hojas decía: "Camilo Debrai-Ejercicio de análisis lógico". También encontraron los dos cartuchos de la pistola de Flik y llegaron por fin basta el puentecillo, donde los rastros se perdieron y los buenos sabuesos se sentaron a esperar con fe. Algo podía suceder. Sucedió en efecto, que después de catorce días llegó una carta al solitario Flik, quien ya restablecido partió amorosamente seguido de los cuatro sabuesos. Llegados a Bicheville, mientras uno de los cuatro fue a entrevistar a un viejo amigo de la policía central, los otros no abandonaron un instante a Flik y con él entraron ya bien avanzada la noche, en la hostería de Witlon. Uno de los tres salió para telefonear al cuarto, como se había establecido. Luego alguien se sentó a la mesa de Flik. El resto lo sabemos.

Conviene decir, por otra parte, que mientras sucedía todo esto en el salón de Witlon, en el fondo de un pozo seco, secreto impenetrable del sótano del bribón hostelero, Camilo Debrai echado en una hamaca se balanceaba lentamente y se figuraba que volvía de improviso a la luz del sol, que caminaba por una hermosa calle solitaria, se encontraba con Carlota Wonder Debrai, a la que aferraba por el cuello y por la parte que en los varones se llama fondillos, teniéndola suspendida así, por un instante, sobre un profundo canal, para dejarla caer luego abandonada a su destino.

"¡Canalla!", dijo con voz sibilante cuando la vio debatirse en el agua fangosa. Luego volvió a pensar y repitiendo todo el final arrojó a Carlota al canal exclamando ahora: "¡Agripina!" No le gustó el efecto ni tampoco le satisfizo el apelativo de Lucrecia Borgia. Pensó de nuevo y reconstruyó desde el principio la escena, arrojando a Carlota en el agua esta vez sin decir nada. Se limitó a frotarse las manos como para quitarse el polvo que tuvieran, escupiendo al mismo tiempo en el canal. Camilo, tratándose de venganzas era probablemente un refinado: ni este último proyecto le satisfizo. "Es necesario algo más alegórico", dijo. Recomenzó la reflexión desde el principio, encontrada Carlota, se inclinó y dijo: "Discúlpeme si la he tomado por una mujer, señora víbora". Luego se alejó bien erguido.

Sacudió la cabeza: "No resulta alegórico: y, además, víbora es demasiado bueno. Calificándola de víbora, reconozco que es alguien, que tiene una fuerza".

Volvió a encontrar a Carlota y se inclinó de nuevo: "Disculpe si la he tomado por una mujer, señora mosquito..."

Mosquito era bastante alegórico por cuanto significaba un ser que intentaba dañar a Camilo pero que sólo conseguía picarlo. No era, sin embargo, suficientemente ofensivo,

¿No sería mejor pulga? No; tampoco pulga satisfacía. Camilo bajó de su hamaca y se puso a caminar como podía en el fondo del pozo iluminado por una Vela. "Mosquito y pulga son ofensas de chicuelo", dijo irritado. "¡Le diré sapo! He aquí que llega. Inclinación. Discúlpeme si la he tomado por una mujer, señor sapo..., o señora sapo..." Nada, de nuevo, "Discúlpeme si la he tomado por una mujer, señora rana...".

Camilo se echó en su hamaca muy deprimido. No conseguía nada que le satisficiera. Pensó que quizá hubiese sido mejor aplicarle dos bofetadas en el rostro y abandonarla sin ulteriores alegorías. Enfrentó dé nuevo a Carlota, le dio un buen par de bofetadas y la miró alejarse cabizbaja.

La quiero volver, probó un puntapié y luego rectificó con un pescozón. No, un hecho así no significaba nada. Hacía falta una frase, son las palabras las que, verdaderamente hieren. Probó a gritarle "Sílfide", y le gustó el sonido de la palabra esdrújula, pero luego entró en serias dudas sobre el significado de la misma. Se le ocurrió también pasar frente a Carlota montado en un caballo blanco que caracoleaba, pero recordó que no sabía montar. Probó con la bicicleta pero el efecto no le pareció bueno. Volvió a intentar hacerlo a pie y encontrada Carlota, le lanzó una notable cantidad de adecuados improperios, luego le volvió la espalda y se marchó.

—¡Camilo! —se oyó llamar.

—¡Al demonio! —respondió sin volverse.

—¡Camilo, atención que le bajo la escalera! —insistió la voz.

—¿La escalera? ¿Qué quiere usted decir? —gritó Camilo.

—¡Atención! —advirtió la voz y una escala de cuerdas silbó ante la nariz de Camilo.

—¡Suba con rapidez! —dijo la voz desde arriba. Se trataba de Witlon, y Camilo cuando advirtió se sintió turbado. "¡Me sacan del pozo y no sé qué decirles! ¡Maldición! ¿Qué hago?"

Subió; Witlon y el jefe de la pandilla lo esperaban, quienes le colocaron una capa con el cuello de piel y una amplia gorra también de piel

—Es el momento oportuno —explicó Witlon—. Es la una de la madrugada, dentro de veinte minutos sale un tren para Ginebra, lo acompañaremos hasta allá y quedará libre.

¡Por fin! Camilo sintió su corazón rebosante de gozo, al día siguiente volvería a ver el sol. Quizá ese mismo día encontraría a Carlota... "Disculpe si la he tomado por una mujer, señora víbora..." Era mejor no pensar en eso por el momento.

Salieron en la noche fría y los tres caminaron lentamente a lo largo del callejón que desembocaba en la calle principal. Entraron con desenvoltura en ella y todo era silencio. A los tres les latía fuertemente el corazón.

—¡Alto! —dijo una voz imperiosa mientras dos hombres desembocaban de un portón.

El hostelero desapareció con la rapidez de un cohete y el jefe de los malandrines que con un puñetazo consiguió abatir a su contrincante, desapareció en otra dirección. Camilo ni siquiera intentó librarse del abrazo del segundo individuo.

—Maldición, brigadier —imprecó mientras se levantaba el hombre caído—. ¡Han fugado sin que los haya podido reconocer!

—No es nada, Patter —contestó el brigadier—, nos basta con uno de los tres. Lo haremos hablar. ¡Adelante!

Camilo se inclinó dócilmente entre los dos guardias pensando en su desgraciada historia: salir de un sótano para caer dentro de un pozo, salir del pozo para caer en la cárcel.

No habían recorrido cien metros cuándo fueron alcanzados por un coche cerrado, que se detuvo a su lado.

—Perdonen —preguntó el cochero: —, debo llevar a mi patrón que se halla moribundo a. la Clínica Kemineth y no sé por donde queda. ¡Por caridad!, ¿quieren indicarme el camino? ¡Oigan cómo se lamenta el infeliz!

Se oían débiles gemidos de dolor que llegaban del interior del coche y el brigadier y el guardia, se acercaron manteniendo fuertemente aferrado a Camilo y comenzaron a explicarle al cochero el camino que debía seguir. A Camilo le pareció que de improviso algo salía por la portezuela del coche. El hecho es que el brigadier alcanzado en la cabeza por un mazo de goma, cayó a tierra con un breve grito. El compañero, instintivamente volvió hacia él la cabeza, momento que aprovechó el cochero para colocarle en la nuca un mazazo de notable fuerza.

—¡No perdamos tiempo! ¡Suba! —dijo una voz al abrirse de par en par la portezuela. El coche partió al galope de su caballo y en breves instantes se halló fuera de Bicheville.

Recuperado Camilo de la sorpresa, sintió alegría, se encontraba de nuevo en libertad, gracias al ingenio de Witlon y del jefe de los malandrines.

—Ha sido un golpe verdaderamente genial —reconoció Camilo jovialmente.

—No hace falta mucho ingenio para librarse de dos polizontes —le contestó el hombre sentado a su lado. Y no era la voz de Witlon ni la del citado jefe.

—Y usted, joven, recuerde que debe respetar las paredes de los sótanos, si siente apego a su pellejo.

—Pero usted —balbuceó Camilo—, ¿usted es el señor Filet!

—¡Lindo descubrimiento! —le contestó la voz burlona—. Como si yo no hubiese advertido que usted era el señor Camilo Debrai, en cuanto salió de la obscuridad entre el hostelero y su compiche. Creo, sin embargo, que nos pondremos de acuerdo. Trate de no moverse mucho, porque podría rozar el gatillo de mi pistola. ¡Hay tan poco espacio aquí!

Camilo comenzó a creerse loco: contrabandistas, hostelero, guardias, Filet. ¿Cómo sabía Filet que él era el fugado del sótano?

—Flik —gritó en ese instante Filet—, ¿cuántos kilómetros faltarán todavía hasta el lugar donde encontraremos el automóvil?

—Tres —contestó el hombre del pescante—. En pocos minutos llegaremos.

Camilo se sobresaltó. Ese era el hombre que lo había encerrado la primera vez en el sótano. Sótano, pozo, sótano: había motivos para alegrarse. Pero entonces, ¿tanto deseaba este Filet casarse con Carlota que no vacilaba aliarse con los bandidos y agredía a los guardias, con tal de poder tenerlo en su poder?

—Disculpe, señor Filet —dijo tímidamente Camilo—. ¿Todo esto es por el asunto de Carlota?

—Adivinó.

—Pero entonces, si usted no quiere otra cosa, es inútil que se haga mala sangre: estoy dispuesto a dejar libre a Carlota cuando usted quiera. Le aseguro que no realicé gestión alguna para casarme con Carlota...

—Figúrese, señor Debrai —exclamó Filet—. ¡Todo lo contrario! Usted no se imagina el deseo que tengo de verlo reunido a su gentilísima esposa. Deseo simplemente de usted que escriba a su esposa una cartita en la cual le manifieste que es usted mi huésped y que es necesario me remita una cierta suma de dinero para que lo pueda ver de nuevo.

—¡Una suma para verme de nuevo! —objetó Camilo—, Pero si no me quería ni de balde...

—¡Maldición! —aulló en aquel momento Flik, mientras dirigía el coche hacia el costado del camino, ya que éste se hallaba cerrado por un automóvil que acababa de presentarse. Se oyó el chirrido de los frenos, voces airadas se alzaron, luego se abrió una portezuela del automóvil y la luz de un potente faro enceguеció a Camilo.

—¡Arriba las manos! —dijo alguien, precediendo su voz al caño de una pistola.

—¡Al infierno! —murmuró Filet alzando los brazos.

Una mano levantó la gorra de piel de Camilo y algunas voces dijeron alegremente: "Es él".

El coche se había detenido en el mismo borde del terraplén, sobre el cual corría el camino, debajo, a una decena de metros, entre matorrales, brillaba el agua de un torrente.

Camilo que todavía estaba sentado en el coche sobre el lado del río sintió que la portezuela cedía a la presión de su pie, tomó entonces una rápida resolución, bajó velozmente del coche y se dejó caer hasta el torrente. No podía haber adivinado que los recién llegados eran loa pesquisantes contratados por el tío Casimiro.

Llegó rodando hasta el fondo, atravesó el agua saltando de piedra en piedra y continuo corriendo mientras tuvo fuerza para ello. Llegado a un establo abandonado se dejó caer sobre la paja.

Se despertó aterido. Era ya de día y encendiendo un buen fuego, recobró sus fuerzas. En el valle a pocos centenares de metros vio un amplio caserío y descendió hacia él. Conservaba en el bolsillo una modesta suma de dinero y como sentía apetito, después de comer tomarla un tren para llegar hasta la primera ciudad de su país. Estaba exhausto. No resistía más, su pobre mente se perdía en aquel laberinto. Tres agresiones en una noche: guardias, rescates y sabe Dios que otra cosa. Pero, ¿qué deseaban de él todas esas gentes?.

Había llegado al pueblo y lo primero que vio fue un cartel con una gran fotografía.

"¡Conozco esa cara de estúpido!", dijo para sí Camilo con mal humor. Luego leyó que se ofrecían cincuenta mil francos a quien llevara a Ginebra al poseedor de aquella cara de estúpido y entonces creyó comprender.

"¡He aquí la clave de lo que de mí querían! ¡Entonces han fijado una talla sobre mi cabeza! ¿Quién pudo haberla establecido? ¿Qué habré hecho de malo para inducir a la gente a poner preció a mi cabeza?"

Decidió cortar por lo sano. Compró pan y queso y resuelto se dirigió a la estación:

—Un billete para Ginebra. Tercera clase. Deseo saber quien me persigue.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO
CAMILO TIENE UN ENCUENTRO INESPERADO. — CAPÍTULO BREVE PERO SIGNIFICATIVO.

Llegado al hotel Wurstel de Ginebra manifestó Camilo que deseaba hablar inmediatamente con la persona que se interesaba por el señor Debrai. Lo acompañaron hasta frente a la puerta del departamento 115.

—Sírvase pasar, señor —susurró el mucamo abriendo la puerta y Camilo entró con ánimo muy agresivo.

—¡Ahí ¿Estás aquí, maldito machacón? —dijo al verle parecer, de mal talante el tío Casimiro Wonder— ¿Se puede saber dónde has estado vagabundeando todo este tiempo?

—Yo...

—¡Eres un desgraciado!

—Sí, señor...

CAPÍTULO DECIMOCTAVO
LA VENTANA FATAL. — CAMILO ES UNA ESCULTURA. — FIRMES PROPÓSITOS DE CARLOTA. — REVUELTA DE CARLOTA. — DOÑA LEO TRIUNFA.

Era una mañana gris de diciembre y Carlota hacía rato que atribuía formas extrañas a las breves salidas del cielo raso de su alcoba, cuando entró la mucama.

—El café, señora.

—¿Señora? —dijo asombrada Carlota—. Hasta anoche me has llamado señorita.

—Sí, pero el señor José María nos ha ordenado esta mañana que la llamemos señora.

—Muy bien, deje el café sobre la mesita. Me levanto.

Se deslizó lentamente de la cama y se detuvo a mirarse en el gran espejo del armario.

—¡Pobre señora Carlota! —suspiró sacudiendo tristemente la cabeza. Vio sobre ana bandeja dos diarios y tres tarjetas: ninguna novedad todavía a pesar de que hacía casi un mes que nada se sabía del colegial. Volvió a mirar a la Carlota del espejo. —¿Se puede saber por qué debo preocuparme si ese sujeto no vuelve? —le preguntó.

—Yo lo sé —respondió la Carlota del espejo.

—¡Ah!, sí, ahora lo recuerdo yo también —replicó rápidamente la Carleta de carne y hueso—. Es por la cláusula del testamento. Ese loco de tío Casimiro quiere un nietecito antes de un año, pues de otro modo no me deja ni un centavo, por eso precisamente me preocupo de que mi marido no esté aquí...

—No, señora Carlota —contestó la Carlota del espejo—. Esas mentirillas se las puede contar al portero, no a mí que soy tú misma. A ti, en este momento, no te importa un higo seco de la herencia. Te interesa la persona en sí misma.

—¡Pongámonos en razón! —dijo riendo la Carlota de carne y hueso—. ¡Me interesa como puede interesar a una mujer, su marido!

—Comprendo, comprendo —insistió la Carlota del espejo—, pero es necesario tener presente que existe más de una mujer enamorada de su marido...

—¡Uh! —exclamó incrédula la Carlota verdadera—. ¿Una mujer enamorada de su marido? jNo exageremos! No conozco ninguna...

—Yo en cambio, conozco una —afirmó la Carlota del espejo—. Se llama Cari...

—¡Tonterías! —la interrumpió la Carlota de carne y hueso, irguiéndose nerviosamente.

Un leve rayo de sol alegró el rectángulo gris de la ventana. El ambiente de la habitación estaba muy caldeado e impregnado de perfumes, y Carlota que se había colocado una pesada bata, abrió de par en par los cristales. Mientras giraba la falleba, recordó de improviso que en otra oportunidad se había asomado a aquella ventana y un ramillete de flores le había golpeado la frente.

—¡Estupideces! —dijo mientras apoyaba los codos en el antepecho, pero se echó atrás con un grito: algo había llegado silbando y le había golpeado en la frente. Una zapatilla. Carlota volvió a asomarse, animada de intentos belicosos, pero enmudeció de asombro.

—Disculpe —oyó que alguien le decía desde el jardín de la casa vecina—. Un gato me llevó la carne... y he errado el tiro...

—Por favor —contestó Carlota procurando dar a sus palabras el tono de mayor sarcasmo—, ya estoy acostumbrada a recibir de usted toda clase de proyectiles en la cara. ¿Se encuentra usted bien?

—Muy bien —agregó Camilo Debrai. Es innecesario decirlo: sé trataba dé Camilo Debrai, quien había regresado, pero a su casa, y había reabierto su taller, cuya puerta daba al jardín contiguo al de la casa Madellis. Camilo vestía una tosca blusa y estaba en zapatillas, en zapatilla, mejor dicho, pues una de las dos había cumplido la trayectoria de que ya hemos hablado.

—¿Qué linda obra realiza usted ahora? —continuó amablemente Carlota.

—Trabajo en una decoración en gran relieve —explicó con indiferencia Camilo—. Tengo mucho que hacer. Discúlpeme, siento un poco de frió, así medio descalzo.

—No haga cumplidos, vuelva a su taller y le deseo buen éxito en su trabajo -—exclamó Carlota realizando un terrible esfuerzo para no golpear las hojas de la ventana en lugar de acercarlas con el cuidado indispensable para ocultar el despecho que la roía. Delante del armario tropezó con la zapatilla y la recogió mirándola con disgusto.

—¡Arrojaré por la ventana esta porquería! —dijo, —¿Por qué tirarla por la ventana en lugar de llevársela al taller? —insinuó la Carlota del espejo. —¿Yo llevársela? ¡Estás fresca...!

Sin embargo, media hora más tarde Carlota salía de su casa llevando ensartada en el dedo meñique enlazada de cintita del que pendía un elegante envoltorio.

El taller de Camilo daba al jardín por una gran puerta vidriera, y Carleta antes de entrar tuvo ocasión de observar largamente a su marido mientras trabajaba. -

—¡Muy gracioso! —exclamó al fin abriendo la puerta de par en par, mientras Camilo se volvía sobresaltado.

La obra en ejecución era de particulares características. Se trataba más que nada de una venganza artística en madera: un grupo de numerosos personajes apenas bosquejados, excepto uno ya casi concluido, que representaba a doña Leo en su más feroz expresión.

—Muy gracioso —repitió Carlota—. Imagino que estas otras figuras apenas comenzadas serán los retratos de los demás miembros de nuestra familia. Y a mí, ¿dónde me ha colocado?

—A usted en ninguna parte —explicó turbado Camilo—. Usted no interesa al señor Casimiro.

—¿Así que usted trabaja por encargo del señor Wonder?

—Efectivamente.

—¡Qué deliciosa situación! De este modo simultáneamente puedo avergonzarme de ser su esposa y sobrina de quien le ha hecho el encargo. Pero, hablemos de otra cosa: he venido a traerle su zapatilla.

—Demasiado atenta. Nuevamente le pido perdón por mi torpeza...

Camilo continuó trabajando, evitando con todo cuidado que su mirada se encontrara con la de Carlota, mientras ésta sentada en un banquito lo miraba trabajar en silencio. En el taller había grato perfume de madera recién cortada y el fuego que ardía en la chimenea también estaba perfumado con resina.

"Es verdaderamente él tipo de hombre de quien puede enamorarse una mujer como Robinia", pensó Carlota. Y se ruborizó de indignación, porque le pareció oír de nuevo a la Carlota del espejo que le decía riendo a carcajadas: "Pretende engañarme, señora; a mí que soy usted misma". De esta manera transcurrió más de media hora y al fin Carlota se levantó de su escabel.

—En verdad, hemos callado cosas muy interesantes —dijo—; su manera de conversar, señor Debrai, es precisamente la que me gusta. Buenos días.

—Buenos días —balbuceó Camilo abriéndole la puerta.

Cuando quedó solo, Camilo sacudió decididamente la cabeza y afirmó:

—Estamos de acuerdo: ha sido muy gentil al traerme la zapatilla; ha sido muy cordial en su conversación, no tendrá la culpa de lo que ha sucedido, pero sí la tienen los suyos. Estamos de acuerdo que la aventura de Filet no la organizó ella, como se infería de las palabras de Robinia; de acuerdo también, en que Filet quisiese realizar el rescate por cuenta propia, de acuerdo asimismo sobre lo que dijo tío Casimiro acerca de la prisa que ella se tomó cuando creía no encontrarme más; de acuerdo en todo, pero ¡lo que está decidido, se cumplirá! La farsa debe terminar: este raro matrimonio debe ser anulado, tanto más ahora que Carlota me es perfectamente indiferente. Camilo sintió fuego en sus mejillas al expresar la última frase. Evidentemente era incapaz de contar mentiras ni aún a sí mismo

—¡Al diablo! —concluyó. Estaba fastidiado y quien lo serenó fue doña Leo, pues la gubia vengadora le sacó dos dientes a la escultura y le puso bizca la mirada.

Cuando regresó a su casa Carlota encontró a su familia reunida en el salón estilo imperio. Se discutía animadamente y apenas apareció, fue interpelada por doña Leo.

—¡Carlota! —gritó alarmadísima la insigne matrona—. José María asegura haber visto esta mañana que aquel individuo andaba por el jardín vecino al nuestro.

—¡Sí, señora! —confirmó José María—. Tan es cierto que inmediatamente he ordenado a la servidumbre que en adelante llamen señora a la señorita. He esperado hasta último momento...

—Muy bien —aprobó doña Leo.

—Ahora comprendo —dijo Carlota recordando a la camarera del café.

—iQué hacemos ahora Carlota! —-preguntó preocupadísima doña Leo—. Este hombre es nuestro marido, estamos comprometidos hasta frente a la servidumbre y ya ha trascurrido un mes de los doce establecidos en la cláusula testamentaria. No podemos esperar más. Es indispensable que él habite normalmente en esta casa y que todo suceda, en las demás condiciones, en el modo más regular. ¿Me explico?

—¡Eh¡ ¡Eh! —rióse Robinia guiñando un ojo—. Hemos entendido, abuela Leo. ¡Eh!, ¡Eh!

Edo, quien no carecía de cierto sentido práctico, pero que de vez en cuando lo olvidaba, sonrió estúpidamente, mientras Carlota, ruborizándose se dirigía fastidiada a la ventana para mirar fuera.

—¡No es el caso de bromear Robinia, ni de reír estúpidamente, Edo! —intervino doña Leo—. Se trata de un asunto muy serio, que interesa a toda la familia. Tú Carlota no seas huraña y acércate: es necesario que actúes inmediatamente.

—¿Yo?

—Ciertamente. Debe traerlo aquí sin pérdida de tiempo.

Por otra parte resulta escandaloso que tu marido habite en la casa vecina y continúe labrando madera en lugar de habitar en nuestra casa y de proceder como todo hombre de bien. .

—Lo intentaré, le escribiré una cartita —dijo con aire aburrido Carlota.

—¡Carlota! —le reprochó la señora Flaminia.

—¡No tomemos las cosas con tanta ligereza! —protestó severo el señor Gastón.

—¡No pienses sólo en ti, debes hacerlo también por los tuyos! —amonestó indignada tía Elisa.

—Mi dignidad me impide ir a inclinarme ante un individuo que durante un mes anduvo vagabundeando ¡sabe Dios, por dónde! —afirmó Carlota.

—No comencemos con las tonterías de la dignidad —dijo el señor Gastón.

—Sin embargo, hasta hace poco, precisamente por conservar la dignidad de la familia se cometieron millares de inconveniencias —protestó Carlota.

—Quien tiene la responsabilidad de la familia y de su honor, somos nosotros, y solamente nosotros sabemos cuando deben plantearse las cuestiones de la dignidad —sentenció severísima doña Leo—. No existe tu dignidad personal, muchacha: existe la dignidad del conjunto de la familia, y ¡ésta la tutelamos nosotros!

Carlota se rebeló con violencia:

—¡Existe, en cambio, mi voluntad! y les aseguro que jamás pondré mis pies en la casa de ese sujeto. Deberá presentarse aquí por sí solo para pedirme disculpas y lo hará.

—Tengo mis dudas, si lo permites —observó con mucha ironía Robinia, pero Carlota rió en forma despreciativa:.

—Ha intentado alejarse de mí, se ha esforzado por olvidarme, pero luego, por no poder resistir, pobre pollo, debió volver. Sería suficiente que yo le dijera una sola palabra, para hacerlo volar hacia aquí, pero no diré tal palabra y, sin embargo, volverá igualmente.

Esa misma tarde, después de un largo rodeo inútil Carlota entraba sin llamar en el taller de Camilo.

—Olvidé preguntarle si en este último tiempo vio a tío Casimiro —explicó Carlota con admirable desenvoltura—. Como pasaba por aquí, entré a preguntárselo.

—Lo he visto hace tres días en Ginebra —dijo Camilo después de haber intentado en vano soltar una mentira.

—¿En Ginebra? ¿Cómo es posible...?

Camilo se sintió humillado. "Había jurado no contarle nada, no darle explicaciones de ningún género y en lugar de cumplir lo propuesto y tan sólo porque ha expresado una mediana curiosidad, le contaré todo. Soy un imbécil". Camilo contó desde el principio su espantable aventura y Carlota lo escuchó con los ojos desorbitados y con el aliento en

suspenso. Y a medida que los hechos se iban sucediendo, sentía crecer en su pecho la piedad por el infeliz. Y era una piedad dulcísima que retardaba los latidos de su corazón y le producía una sutil languidez.

Jamás había sentido por nadie ana piedad semejante, en eso estaba bien segura: ni cuando, dos años atrás el viejo jardinero le había contado todas sus desgracias, y las enfermedades, y el incendio de la casa, y la muerte de su mujer, y el accidente del padre —Carlota recordaba muy bien—, había sentido tal infinita piedad. Al final se había limitado a regalar dinero al pobrecito. No había sentido entonces el deseo agudo de abrazar estrechamente al infortunado ni de estamparle fuertes besos sobre los labios, como sentía ahora en el caso de Camilo. Se detuvo solamente porque le constaba que los hombrea son criaturas groseras, capaces en consecuencia de interpretar equivocadamente un gesto de piedad por uno de debilidad, o peor aún, de simpatía.

—¡Pobre Camilo! —suspiró al término de las explicaciones y contó la indignación que había suscitado en toda la familia el caso Filet—. ¡Qué será ahora cuando conozca esta última fechoría! —exclamó. Luego dio una ojeada a su reloj pulsera y dijo:

—¡Ya las veinte y quince! ¡Y en casa se cena a las diecinueve y cuarenta y cinco!, encontraré todo frío o recocido. ¡Qué lástima con el buen apetito que siento¡ La culpa es suya.

—Yo —balbuceó Camilo— pierdo a menudo la noción del tiempo.

—Esto significa que deberá llevarme a cenar a algún lugar donde la comida esté a punto.

—iY yo debo acompañarla! —balbuceó Camilo—, iY en un restaurante de lujo!

—Ciertamente: ¿habremos acaso gastado en balde nuestro dinero, para enviarlo al colegio si ni siquiera aprendió a comportarse correctamente en la mesa de un restaurante?

Oyendo hablar de colegio, Camilo se ensombreció y apretó los dientes, pero Carlota interrumpió:

—¡Dése prisa, arréglese para salir, señor marido!

—¡Marido hasta cierto punto! —murmuró cejijunto Camilo, mientras entraba en la habitación contigua.

Carlota lamentó la expresión y sintió una desagradable sensación de frío.

La comida fue absolutamente silenciosa. Carlota, en un momento, se fastidió y preguntó a Camilo si se había vuelto sordo o mudo para no contestar ni siquiera a sus preguntas.

—Hace veintitrés días que estoy fuera de adiestramiento

—explicó el desventurado—. Si no presto atención, realizo cosas horribles. ¡Es lamentable! ¡Había llegado a comer el pollo asado exclusivamente con el tenedor! ¡Quién sabe si volveré a conseguirlo!...

Camilo acompañó a Carlota hasta la puerta de su casa.

—¿Entra? —preguntó Carlota.

—Gracias, voy inmediatamente a mi casa.

—Si no me equivoco, ésta también es su casa.

—Sí, pero no tanto como la mía. Buenas noches.

—Buenas noches y muchas gracias.

De un hecho como aquél no se tenía noticias y la familia Madellis, sentada en la sala de fumar, esperaba a la sacrílega que no sólo había faltado a la comida, sino que regresaba a tardísima hora.

—Carlota, ¿dónde has estado? —Le preguntó horrorizándose doña Leo cuando la vio entrar.

—En el cinematógrafo, a comer con amigos, en el café y en otros muchos lugares más —contestó con naturalidad Carlota.

La señora Flaminia se levantó como movida por un resorte:

—¿Así contestas a la madre de tU madre? —gritó—. ¿A la madre de tu madre que te pide cuentas de tu escandaloso proceder?

—Soy casada —explicó Carlota— y de mis actos sólo debo responder a mi marido.

La familia Madellis palideció. Entonces ¿se trataba de una rebelión completa? ¿Se disgregaba la unidad familiar? En el profundo silencio se oyó el ruido de una bofetada. Doña Leo había acertado la mejilla de la rebelde, con rapidez y decisión. Carlota estalló en sollozos y se acurrucó sobre el diván con la cara entre los almohadones.

—Y mañana temprano—dijo con voz firme doña Leo— irás a buscar a tu marido y lo traerás aquí.

Carlota asintió con un movimiento de cabeza y la familia Madellis sonrió: la rebelión había sido vencida y doña Leo había reasumido firmemente el dominio de la situación.

CAPÍTULO DECIMONOVENO
LAS DECISIONES DE CAMILO. — SU RETORNO A LA CASA MADELLIS. — UNA NOCHE EXTRAÑA. — PREPARATIVOS PARA UNA FUSTA. — CAMILO ACEPTA POR AMOR DE LA FAMILIA.

Mientras Camilo seguía trabajando en el grupo escultórico familiar al mismo tiempo que pensaba en sus asuntos sentimentales, terminó afeando aun más con un golpe de gubia la papada de doña Leo:

"Se comprende perfectamente que la señora Carlota intenta atraparme una vez más, pero yo no pasaré en toda mi vida el umbral de esa maldita casa. Al contrario, si la insigne señora tuviese todavía la audacia de entrar aquí, le diría redonda y claramente cuál es en este momento mi propósito: ¡Anulación! ¡Camilo Debrai fue tonto cien veces, pero no lo será ciento una!"

Precisamente en ése momento entró la insigne señora Carlota.

—Espero que no me obligue siempre a salir de casa para tener la satisfacción de verle la cara —dijo Carlota.

—No es una tarea difícil, la mía —explicó con tranquilidad Camilo—. Podría usted aprenderla fácilmente de memoria ahorrándose así mucho camino.

—Encontraría más gentil de su parte, si en lugar de hacerme el homenaje de sus detestables mordacidades, facilitase mi deber de esposa, yéndose a vivir a nuestra casa.

—No veo la necesidad de ser gentil con usted —contestó sonriendo Camilo.

Evidentemente (y Carlota ya lo había advertido) el joven no era ya el corderillo de antes. Las adversidades lo habían madurado casi por completo y el colegio lo había avispado enormemente (es sintomático que el trato con los niños resulte perjudicial para la ingenuidad de los adultos.. Señora, no ponga jamás en un colegio a su marido).

—Le ruego no se haga el gracioso —exclamó Carlota—. Usted debe mudarse a la casa vecina y vivir con su esposa. ¡No dejaremos de ser la comidilla del barrio si se llega a saber cómo están nuestras relaciones¡ Camilo suspiró:

—Debo confesarle una cosa terrible —dijo mientras le entregaba una hoja que extrajo de un cajón—. Es el boletín de calificaciones del colegio —explicó—. Como puede ver, he obtenido cuatro en historia, tres en geografía, uno en análisis lógico y cinco en filosofía. Con estas notas tan bajas no tendría jamás el valor de pasar el umbral de su casa. ¡Soy un reprobado, señora!

Carlota comprendió que actualmente la situación se había invertido: ella imploraba y Camilo bromeaba. Entonces ella habló con voz dolorida: —¡Todos en mi contra! El tío Casimiro que me obliga a casarme en cuarenta y ocho horas; mi madre que no me comprende; mi prima que me calumnia; mi abuela que me obliga a representar actos indignos y luego me toma a bofetadas. Ahora también usted se transforma en mi enemigo

y se burla de mí. ¿Qué daño pude haberle hecho al elegirlo como marido? ¿Cree acaso que si no hubiese sentido algo por usted me hubiese casado? ¡Es usted un asesino!

Un sollozo le impidió continuar y Camilo juntó las mano diciendo:

—¡Cálmese, por amor de Dios! Volveré a su casa. Comeré y dormiré allí aun cuando siga trabajando en mi taller, pero tenga en cuenta que todo esto no cambiará en absoluto lo que he decidido. Por otra parte, tengo la certeza que en breve plazo usted misma me rogará que me vaya.

—De acuerdo —dijo Carlota secándose las lágrimas—. Nadie le obligara a realizar actos contra su voluntad.

Una vez retirada Carlota, Camilo recorrió repetidas veces largo a largo el taller, dando furibundos puntapiés a todo aquello que se le presentaba al alcance de sus pies.

—¡Continúo en la trampa! —gritó—. Todo andaba óptimamente con el viento a mi favor y he aquí que por cuatro lagrimitas todo se derrumba. ¡Como un vulgar aficionado dramático de décima categoría, he perdido la ocasión de contestarle como se merecía I Cuando dijo: "Debe vivir con su esposa", debí intervenir y precisar: "El hecho real es, mi buena señora, qué mi firme resolución consiste en vivir lo más lejos posible de usted". Y luego explicarle mi proyecto de anulación del matrimonio. En lugar de eso, por el lindo gusto de entregarle mi boletín de calificaciones, he arruinado todo.

Camilo se serenó y recobrada la confianza en sí mismo, afirmó: "¡A pesar de todo me mantendré, señora Carlota!

Camilo Debrai podrá, quizás, ser estúpido cien veces, pero no ciento una" Luego recapacitó sobre su expresión y rectificó:

"¡Sí, Camilo Debrai podrá, quizás ser estúpido, ciento una vez, pero jamás ciento dos? Por de pronto comenzaré por no mantener la palabra dada, ¿He prometido mudarme a su casa? Tanto peor: no lo haré". Y para decir la verdad,

Camilo consiguió no mantener su palabra hasta la noche. Pero considerando que hubiese sido una descortesía obligar a una señora que volviese a rogárselo, se dirigió hacia la casa Madellis diciendo para sí: "Estúpido, pero cortés".

La familia Madellis estaba terminando en silencio la más silenciosa cena de toda su vida, cuando apareció José María, quien anunció agitado:

—Señora, ha llegado el señor de la señorita, i Al poco rato entraba efectivamente Camilo, balbuceando un saludo al que contestó en coro toda la familia.

—Siéntese —lo invitó sonriendo doña Leo—. Le haremos servir inmediatamente alguna cosa.

—Muchas gracias, ya he cenado —afirmó Camilo—. Preferiría se me indicara mi habitación...

—Lo acompaño —dijo Carlota poniéndose de pie e iniciando la marcha.

—Pero...

—No se preocupe, ya he cenado.

—Sí, sí, ya ha cenado —certificó doña Leo. Pero, para ser sinceros, Carlota no había probado bocado. Llegados al primer piso, Camilo y Carlota caminaron por un largo corredor, luego ella abrió de par en par una puerta.

—Esta es la habitación.

En realidad se trataba de una magnífica habitación, espléndidamente arreglada, admirablemente caldeada e iluminada, pero tenía un grave defecto: era una habitación con cama matrimonial.

—No hace falta una cama tan ancha —observó Camilo—. Es suficiente una cainita común.

—Comprendo —objetó Carlota ruborizándose a su pesar—. Pero dos duermen mejor si la cama es ancha.

—¡Ah! —exclamó Camilo como recordando algo. Quitóse decididamente la chaqueta y comenzó a desprender el nudo de la corbata.

Carlota no pudo ruborizarse, pues ya estaba bien enrojecida, y en plena turbación ante lo inesperado de la situación, no encontró más solución que dirigirse rápidamente hacia la puerta balbuceando:

—Disculpe, bajo un momentito a desearle buenas noches a la abuela...

Pero no descendió y en cambio fue a encerrarse en su habitación.

—¡Mal educado! —dijo sentándose frente al espejo—. ¡Si me demoro dos minutos, lo hubiese visto en camisa! ¿Este es el modo de proceder? ¿Por quién me toma?

—Por su mujer —contestó la Carlota del espejo.

—El hecho de encontrarse solo por primera vez con su mujer no autoriza a un hombre educado a quitarse inmediatamente las ropas —replicó resentida la Carlota de carne y hueso—. Es una, falta de consideración.

—Hasta cierto punto —dijo la Carlota del espejo—. Sería falta de consideración si fuese un sujeto repulsivo. Pera tratándose de un apuesto hombre con cuerpo de atleta...

—¿Qué sabes tú de su cuerpo? —se indignó Carlota de carne y hueso—. ¿Acaso te has bañado con él?

—No, querida —agregó la Carlota del espejo—. Pero lo hemos visto en camiseta deportiva aquella vez, ¡y sus formidables brazos no nos impresionaron muy mal, que digamos!

—No digamos tonterías —la interrumpió Carlota real—. El hecho es que Camilo es el consabido mal educado y que el gesto grosero de desnudarse ni bien entramos en la habitación, lo ha realizado con el preciso intento de ofendernos.

—Puede ser que así sea —aprobó la Carlota del espejo—. Pero no es éste el momento de perder tiempo en cavilaciones. Debes volver inmediatamente a su habitación, desvestirte y meterte en la cama.

—¿En la cama con él? —balbuceó Carlota—. ¿Yo en la cama con un hombre que conozco sólo por el hecho de ser mi marido? ¡Nunca!

—Querida mía —dijo riendo la Carlota del espejo—, ¿sabes que me haces reír? ¿Tú que hasta hace poco tiempo te dabas aires de mujer que se mofaba de todo, resulta que ahora tienes miedo de acostarte con tu marido?

—¡Si se tratase solamente de dormir! —lloriqueó la Carlota de carne y hueso—. ¡Vaya a saber qué intenciones tiene aquel bruto! ¿No has visto con qué rapidez se arrancó la chaqueta?

—¡Eres bien estúpida, muchacha! —la insultó la Carlota del espejo—. Eres una de aquellas muchachas tontas que mientras hablan tienen el aspecto de cínicas y sin reparo alguno y luego ¡se sienten morir de miedo cuando un hombre las mira de un modo ligeramente equívoco!

Carlota continuó largo rato la discusión con su imagen y al final decidió:

—No me importa nada de lo que yo pueda pensar de mí misma. Dormiré aquí en mi habitación y sola. Será, además, la manera de demostrarle que le he pedido su regreso simplemente para reconquistar mi tranquilidad.

Come consecuencia, se despojó de sus ropas y se acostó. Pero no consiguió dormir: oyó dar la medianoche, luego la una, las dos, las tres, las cuatro y tas cinco. A las seis vio el resplandor de la aurora, el sol estaba por salir. Cuando llegó el día perdió sus temores. Se levantó con ánimo bien agresivo y con firme pisada se dirigió a la habitación nupcial. —Me acostaré a su lado muy suavemente —pensó para sí—, me divertiré viendo sus gestos mientras duerme y esperaré a que se despierte para reírme de su turbación. Debe tener aspecto bien ridículo en camisón.

Mientras giraba con cautela el picaporte, oyó algo inesperado que le produjo un deseo loco de reír, que pudo contener algunos segundos sin respirar. No cabía duda: Camilo Debrai roncaba como un concierto de contrabajos. Ni bien abrió la puerta los deseos, de

risa se le pasaron inmediatamente: la cama matrimonial estaba vacía. Además de Camilo, faltaban en ella un colchón, una frazada y una almohada. El infeliz se había refugiado en el reducido cuarto de vestir vecino y Carlota guiada por el sonoro ronquido, fue a mirar por el ojo de la cerradura y descubrió que Camilo dormía tranquilamente, bien ubicado sobre una canuta plegadiza que debió encontrar sobre algún armario.

Narra Quisquepiatte en sus Confesiones de un Marinero: "Dos amigos, Brik y Tropper habían robado juntos un costal de harina, luego se hablan acostado, cada uno en su propia habitación. El saco de harina había quedado en la habitación de Brik. Durante la noche Tropper pensó: "¡Es una vergüenza que me haya puesto en sociedad con un vulgar malandrín! ¡Yo, Tropper, hijo de gentiles hombres y de damas, asociarme con un vagabundo!" Sintióse profundamente humillado y después de madura reflexión decidió: "¡Quebraré esta desgraciada sociedad y volveré a ser el caballero independiente de antes!"

Para llegar a esto era indispensable matar a Brik para robarle la harina y después de afilar su cuchillo, Trópper se dirigió con cautela hacia la habitación de Brik. Pero éste ya había huido con el costal de harina. Tropper, entonces, noblemente indignado exclamó: "¡Ladrón!"

Así lo narra Quiqueplatte. En cambio, nuestra historia narra que Carlota en presencia del lecho vacío y descubierto el refugio de Camilo exclamó con doble indignación:

—¡Desvergonzado!

No cabe duda: todo el mundo pensará que ésa fue una singularísima noche de bodas.

—Para salir tendrá necesariamente que pasar por aquí —dijo para sí Carlota, sentándose sobre la cama y abriendo un libro—. ¡Y cuando pase, nos veremos!

No tuvo mucho que esperar. A las siete menos un cuarto la puerta se abrió y precedido por un colchón, entró Camilo.

—Ahora coloco de nuevo todo en su lugar —pensaba para sí Camilo al conducir el colchón hacia la cama— Así nadie advertirá nada.

—Toda esta maniobra fue absolutamente inútil —dijo riendo Carlota—. He dormido tranquilamente en mi habitación.

—Sí, comprendo —agregó el infeliz—. Pero las precauciones nunca están de más.

Carlota sintió un terrible desee de tomarlo a bofetadas, pero logró contenerse y hasta consiguió reír.

—No tema, señor Camilo: nadie quiere atentar contra su pureza. Al contrario, para demostrarle como me siento solidaria con usted en esta tarea de salvaguardia de la virtud, todas las noches yo misma le prepararé su cainita. Desgraciadamente, tendré que dormir en esta cama, pero usted podrá roncar a su gusto en la suya: —Camilo se ruborizó.

—¿Se oye aún con la puerta cerrada?

—Se oye, sí. En lugar de cerrar la puerta usted debería cerrar la boca.

—Si la molesto con el ronquido, póngame a dormir en ana habitación más apartada.

—¡Ni en sueños! —protestó Carlota—. La gente debe vernos entrar en la misma habitación, para tranquilidad de mi familia. Lo que en ella suceda lo sabremos solamente nosotros. Pero no se preocupe: el suyo es un modo simpático de roncar. Usted ronca en do sostenido menor, como la Sonata Claro de Luna, de Beethoven. Yo adoro a Beethoven.

—Voy a trabajar.—dijo inclinándose Camilo—. Buenos días.

Carlota bajó hacia las once y encontró la asamblea ya reunida.

—Ya está todo hecho —le comunicó doña Leo alegremente—. Las invitaciones han sido repartidas anoche mientras tú dormías. Falta solamente que tú des una pulida a tu consorte.

—No comprendo —confesó Carlota.

—Esta noche realizaremos una fiestecita —explicó doña Leo—. ¡Debemos justificar ante el mundo, la presencia de este hombre en nuestra casa!

—Es lógico —-dijo la señora Flaminia—. A mi vez debo explicar al mundo: "¡Este, es el marido de mi hija y no un sujeto que se halla de paso en la casa!"

—¿Y cómo no hacerlo? —exclamó Robinia—. ¡Es necesario decir que es tu marido! ¡No desearía se creyera fuese el mío!

—Se comprende —agregó la señora Elisa—. Debemos evitar toda causa de posibles equívocos.

—Sí señor —añadió el señor Gastón—. La gente debe saber: en casa Madellis se muere un ser extraño, pero nada se puede murmurar, ya que se trata del marido oficial de Carlota.

—Cierto, es necesario precisar —concluyó Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—. De otro modo la gente podría creer que se trata de uno de mis acreedores quien para tener alguna probabilidad de reconquistar su dinero, ha venido a instalarse en mi casa.

Carlota dejó caer los brazos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Darle a entender que de su comportamiento de esta noche depende tu felicidad y nuestra cordialidad. Enseñarle a proceder decentemente. Explicarle la conveniencia de hablar poco, prepararlo sobre los posibles temas de conversación...

—La señora está servida —anunció en aquel momento

José María y la familia Madellis se dirigió a la mesa. Poco después llegó Camilo, quien comió en forma correcta, hecho que fue advertido con simpatía por toda la familia. Terminado el almuerzo, mientras Camilo trataba de escurrirse hacia la puerta, fue detenido por Carlota quien lo acompañó hasta una salita apartada

—Tendremos una fiestecita esta noche —comenzó Carlota.

—Le agradezco me haya advertido —la interrumpió Camilo—. Detesto las fiestas de familia. Iré a dormir a mi casa para no oir siquiera el rumor de las conversaciones.

Carlota le explicó que la fiesta se daba en su honor para presentarlo oficialmente en su calidad de marido de Carlota Wonder, y que por lo tanto, no podía faltar.

—Lo malo es que yo no tengo ningún interés de ser presentado como marido de Carlota Wonder —hizo notar Camilo con evidente sarcasmo.

—Tampoco lo tengo yo en ser presentada como su esposa —contestó Carlota— pero, por otra parte, es necesario hacerlo. Es un favor que le pido en nombre de mi familia.

—Está bien —dijo Camilo—, si se trata de un pedido de su familia me sacrificaré.

—Quisiera formularle alguna indicación con respecto al modo de comportarse...

—Ni una palabra mas —exclamó Camilo—. Lo sé todo. En el colegio me han enseñado cabalmente lo necesario para conducirme bien en las fiestas familiares; desde el modo de vestirse hasta la forma de eliminar diestramente una mancha de "zabaione" caída en uña manga o sobre la pechera. El colegio debe haber servido para algo.

Poco después, habiendo quedado sola, Carlota fue rodeada por la familia.

—¿Y entonces? —se informó doña Leo.

—Todo bien —contestó Carlota—. Todo explicado, todo comprendido.

—Perfectamente —-dijo alegremente el señor Gastón.

—De todos modos, será prudente rogar entre tanto al buen Dios que nos ayude —masculló Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico.

CAPÍTULO VIGÉSIMO
LA FUSTA. — CAMILO ENCUENTRA UNA MULTITUD DE TIÍTAS Y DE PRIMITAS. — LÓGICA SINGULAR DE DOÑA LEO. — CAMILO SIGUE DURMIENDO.

¿Se puede saber qué espera aquel infeliz? —preguntó en voz baja doña Leo a Carlota.

—Debía arreglarse las manos, abuela; ¡y se necesita tiempo con las manazas que tiene! —la tranquilizó Carlota—.

Además, me dijo: "Bajaré cuando hayan llegado todos los invitados. Entonces Edo exclamará: ¡firmes! ¡Una sorpresa: les presento al señor Camilo Debrai, marido de Carlota!"

No podía por cierto, oponerse a su capricho.

—Esperemos tranquilos —suspiró doña Leo.

La fiestecita anunciada por doña Leo se había transformado en una reunión de gran gala. Nadie había faltado, ni siquiera el duque de Vigatto quien hacía seis años que no participaba en reuniones mundanas. La flor de la aristocracia de la ciudad estaba presente en la sala de casa Madellis y las señoras, tratándose del primer acto social de la temporada, estrenaban los trajes más extraordinarios del mundo.

La familia Madellis se sentía llena de orgullo y de temor. En efecto, ¿cómo se comportaría Camilo?

Todos los invitados habían llegado, la fiesta se desenvolvía con todo brillo y la iniciación del baile era inminente (no faltaba una reducida pero delicada orquesta), cuando un soplo helado recorrió el salón refulgente de luces e hizo que todos los circunstantes quedaran inmóviles y silenciosos por la sorpresa. Un hombre joven de contextura atlética había aparecido de improviso y avanzaba seguro de sí mismo, contoneándose ligeramente, hacia Carlota. El joven vestía un traje deportivo de color muy claro, con zapatos amarillos y debajo de la chaqueta llevaba una gruesa chamarra roja, de ciclista.

—¡Mal educado! —le silbó Carlota cuando Camilo estuvo a su lado.

Doña Leo y las otras damas principales de los Madellis se dirigieron a las habitaciones del piso alto para poder desmayarse con toda comodidad. Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico, rompió el silencio que había caído sobre los presentes y anunció en alta voz, a pesar de que toda la concurrencia estaba inmóvil como si fuese de hielo:

—¡Firmes! ¡Una sorpresa! ¡Les presento al marido de Carlota, señor Camilo Debrai!

—¡Bien por el señor Debrai! —aulló Camilo estrechando sus propias manos—. ¡Afectos y felicitaciones! ¡Viva!

Desde una milla se advertía que el infame estaba ebrio como una cuba.

—¡Viva! —gritó el duque de Vigatto que adoraba los licores.

—¡Vivaaaa! —aullaron todos los demás, damas y caballeros, condes y duquesas, divertidos por la cordial locura de aquel maravilloso hombrón.

—María del Castello —se presentó la condesa del Castello sonriente y alargando su mano a Camilo.

—¡Salud, adorable tiíta! —exclamó Camilo abrazándola y estampándole tres formidables besos, uno en cada mejilla y el tercero en la frente.

Nadie en el mundo agradecerá más el ser llamada adorada tiíta y ser vigorosamente besada por un apuesto joven, como una madura condesa. La condesa del Castello rió entusiasmada. Lo mismo hicieron las demás nobles damas.y se fueron presentando a Camilo. Camilo besó a todas: tiítas, primitas, sobrinitas, hermanitas. Luego besó en la frente al duque de Vigatto, quien ya repleto de viejo coñac, devolvió el beso y calificó a Camilo de "pimpollito mío". Doña Leo, la señora Elisa y la señora Flaminia auxiliadas por el señor Gastón, seguían todavía desmayándose por turno en las habitaciones del piso alto, cuando Edo subió para referir las alternativas del escándalo.

—iQué hace ahora ese desgraciado! —sollozó doña Leo. —En este momento realiza el doble salto mortal desde la posición de firmes en la sala de los tapices.

—¡Ji!, ¡ji!, ¡Dios mío! —aullaron las tres mujeres—. iSe ha visto copa semejante!

—Es cierto —aprobó Edo—, lo reconoce también el conde de Pistis, que ha recorrido todo el mundo, que jamás vio hacer un doble salto mortal desde la posición de firmes. —¡Calla, infame! —lo interrumpió doña Leo—. Yo preguntaba al cielo si hasta hoy se había visto un horror de este género ¡Estamos deshonrados!

—No me parece, abuela —objetó Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico—. Todos se divierten.

—¡Pero se divierten a nuestra costa! ¡Se ríen de nosotros! ¡Ese miserable borracho inspira repugnancia a todos! —No me parece, abuela —objetó nuevamente Edo—, todas las mujeres, señoras y señoritas, viejas y jóvenes se han hecho besuquear alegremente por él.

—¡También eso! —aulló doña Leo—. ¿Las señoras se hacían besuquear?

—Sí, abuela —confirmó Edo—. Y creo que debe amonestar severamente a su nieta Robinia, quien aprovechándose de los vapores de Camilo, se le ha presentado bajo nombres diversos haciéndose besuquear por lo menos quince veces. Carlota estaba muy fastidiada.

—Peor para ella —dijo secamente la señora Elisa—.

¡Ella también debió presentarse bajo diferentes nombres si quería hacerse besuquear¡

—¡Horror! —afirmó doña Leo—. Horror completo. Deshonra y ridículo sobre toda la familia. De todos modos debemos ser fuertes y fingir que participamos en el juego. Luego, cuando la fiesta haya terminado, arreglaremos las cuentas.

Bajaron y se agregaron a un grupito de señoras. Camilo se había calmado y bailaba apretando entre sus brazos a doña Gisela Marodolis, la más apetitosa señora de la ciudad y la nombrada, aceptaba complacida la situación.

—Es un joven extraordinario —comunicó la condesa del Castello a doña Leo, quien cortó hábilmente la conversación.

—José María —dijo en alta voz doña Leo-—. ¡Los helados!

Desgraciadamente en ese momento terminaba la pieza de baile y Camilo que pasaba frente a doña Leo, la escuchó.

—Y bien, señoras y señores -gritó el desgraciado—. José María tendrá el honor de traerles los helados, pero yo tendré el honor de traerles a José María.

Desapareció mientras los invitados esperaban ansiosos las novedades. Poco después regresó. José María sostenía una gran bandeja cargada de helados y Camilo sostenía a José María a quien tenía aferrado con la mano izquierda por el cuello y con la derecha por los fondillos, lo sostenía levantado sin aparente esfuerzo como una especie de ¡Presenten armas! y caminaba con absoluta comodidad. Debía poseer dos brazos formidables porque sin dar señales de cansancio, presentó a José María a todos los invitados, sin olvidar a ninguno y al final lo llevó con la bandeja vacía hasta la cocina.

Doña Leo, que había subido las escaleras apresuradamente, quedó desvanecida hasta el final de la fiesta. La señora Flaminia y la tía Elisa, en cambio, se hicieron fuertes y no se alejaron de la sala. La reunión terminó hacia las seis de la mañana. Entonces los invitados se marcharon de mala gana y Camilo abrazó llorando a todas las damas y las besó afectuosamente, llamándolas tiíta, primita, hermanita, sobrinita y ninguna lo rechazó. Al contrario; Edo refirió enseguida que una cierta Robinia encontró el modo de hacerse abrazar y besuquear todavía por seis o siete veces. ¡Y Carlota! Carlota reía continuamente. Todos, hombres y mujeres le aseguraban que su marido era el joven más simpático del universo y Carlota reía divertida... para no llorar de rabia. Terminada la fiesta y antes de meterse en cama, la familia Madellis se constituyó en asamblea para realizar un balance en conjunto de la reunión. Dijo doña Leo:

—El desvergonzado, pensándolo serenamente y vistos los resultados finales, se ha herido con sus mismas armas. Emborrachándose soezmente y vistiéndose como un repartidor de pan con el objeto de hacer caer la deshonra sobre nuestra casa, en lugar de ser tomado como un vulgar villanejo, ha sido considerado como un sujeto simpático y original y más de una señora nos envidia un marido de tales condiciones. Es indispensable dar pie al equívoco y hablar de él como si se tratara de un hombre divertido, de un locuelo. Inútil es recordar que para nuestro uso interno, el Debrai será siempre un perfecto mal educado.

Dijo la señora Flaminia:
—Precisamente mal educado yo no diría. Podríamos considerarlo como un muchacho sin gracia. Dijo la señora Elisa:
—¿Qué culpa tiene él si es un poco locuelo? Digamos un muchacho y con eso está todo.
Dijo Robinia:
—Más que otra cosa, un lindo muchacho.
Dijo el señor Gastón:
—¡Sí, un simpático muchacho!
Edo, quien no carecía de un cierto sentido práctico, observó con toda justicia:
—Habría que saber lo que piensa Carlota.
—¡Es un perfecto mal educado! —exclamó Carlota, y doña Leo se indignó.
—¡Protesto enérgicamente!. La culpa de todo la tienes tú. Tú que con tu mal carácter no has permitido que este joven sano y afectuoso te abriese su corazón. Todos nosotros lo consideramos y lo hemos siempre considerado con gran simpatía; sólo tú te has mostrado siempre como mortal enemiga. In vino ventas, ¡niña mía! Esta noche, ligeramente alterado por el champaña tu marido ha besado con afecto a todas las señoras y señoritas y ¡a la única que no ha besado ha sido a ti!
—Es cierto —afirmaron tía Elisa y doña Flaminia, las que en la escena del adiós, habían sido repetidamente besadas por Camilo, quien las había llamado "mis deliciosas primitas".
—Y no te ha besado a ti, porque su subconsciente, único centro de control no alterado por el alcohol, le ha hecho notar que eres su enemiga. Cuida más bien de no mantenerte en la única posición que puede serte funesta y busca recordarle que nosotros deseamos un nietecito lo más pronto posible.
Así concluyó la insigne señora. Y esto viene a demostrar que en la vida se puede cambiar de opinión de un momento para otro, siempre que se lo sepa hacer con dignidad y se tome la precaución de asumir la opinión de la mayoría y castigar al más débil.
Carlota antes de echarse en el lecho tomó a puntapiés la puerta de la sala de vestir, gritando:
—¡Grosero, mal educado!
—Salud, duque —balbuceó en sueños Camilo y reinició su ronquido con laudable empeño.

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO
UN ALMUERZO EXTRAÑO. — EL PROCESO MATUTINO. — CAMILO SE VENGA. — CARLOTA SE RINDE. — ¿O ES CAMILO QUIEN SÉ RINDE?— COMPROMISO MATRIMONIAL DE DOS CÓNYUGES. — RESCATE DE UNA MUJER. — TÍO CASIMIRO CONQUISTA BUENA COMPAÑÍA.

¿CAFÉ con leche o té? —preguntó José María con el mayor respeto.
—¡Cebollas fritas con mayonesa! —respondió Camilo en voz alta y sin levantar los ojos del diario.
Doña Leo y los demás miembros de la familia Madellis, se sobresaltaron, quedaron un instante inmóviles y con la cabeza baja y luego siguieron bebiendo su café.
José María, después de buscar en vano la mirada de alguien, preguntó nuevamente para ganar tiempo:
—¡El señor ha dicho café!

—¡He dicho cebollas fritas con mayonesa! —repitió con decisión Camilo. Y José María, dirigido por un afirmativo movimiento de cabeza de doña Leo, corrió hacia la cocina para dar a la cocinera la horrenda novedad.

—¡Quiere cebollas fritas con mayonesa!. —Menos mal —se consoló la cocinera—. Ayer pidió berenjenas hervidas con ajos machacados con albahacas y aceite; anteayer, albóndigas de manzanas con anchoas picantes, el día anterior salame frito con zabaione. ¡Menos mal lo de esta mañana¡

En ese intervalo, mientras Camilo alegraba la lectura de su diario con ligeros silbidos, llegó Carlota que deseando los buenos días a todos, se sentó al lado de su marido. Doña Leo, tía Elisa, mamá Flaminia, tío Gastón y Robinia levantaron sus cabezas como movidas por resortes. Diez ojos se clavaron en Carlota sin abandonarla por un solo momento.

—¿No sirve al señor Camilo? —preguntó Carlota a José María para sustraerse a aquella muda interrogación.

—El señor Camilo espera las cebollas fritas con mayonesa —explicó doña Leo sonriendo, mientras Carlota bajaba su cabeza.

Llegaron las cebollas y la familia Madellis miró con horror a Camilo que comía cebollas fritas con mayonesa por desayuno; luego doña Leo se levantó y la reunión se disolvió en silencio. Camilo tomó su sombrero y salió después de haberle dicho a José María: "Si preguntan por mí, estoy en mi taller, como dé costumbre".

Carlota fue llamada a la sala íntima de doña Leo y allí encontró a su mamá y a tía Elisa.

—¿Y bien? —preguntó severa doña Leo, mientras las otras dos mujeres miraban a Carlota de modo terriblemente interrogativo, bajo la cual nuestra infeliz joven se había sentido tan a disgusto en la mesa.

Carlota se sonrojó y experimentó un deseo vehemente de romper las porcelanas colocadas sobre los muebles, pero bajó la cabeza un tanto confundida.

—¡Sin novedad todavía!

—¡Muy bien!—dijo a regañadientes y con tono sarcástico doña Leo.

Las otras dos se limitaron a juntar las manos y a mirar implorantes el cielo raso.

—Puedes retirarte —dijo burlona doña Leo. Carlota salió y cuando entró el señor Gastón quien hasta ese momento había andado nerviosamente frente a la puerta del salón, doña Leo le alargó los brazos:

—Sin novedad todavía —dijo.

—¡Es inaudito! —contestó el señor Gastón.

Poco después entró Robinia a quien le bastó una ligera mirada al rostro desconsolado de su padre para comprender perfectamente. Volvió al corredor y, acercándose a Edo que se hallaba recostado en un sillón leyendo el diario, le dijo en voz baja:

—¡Van mal las cosas! Ninguna novedad. Consumatum non est...

—¡Qué me importan a mí los puntos cardinales! —-balbuceó Edo que, ignorando el latín, no podía comprender. —¡Eres un imbécil! —le dijo Robinia con desprecio— Asi es —reconoció, sin alzar la cabeza Edo, quien no-carecía de un cierto sentido práctico—. Imbécil sí, pero independiente.

No podemos tener la pretensión de decir que en todas las oportunidades tuviese Edo ocasión de repetir el equívoco sobre los puntos cardinales, pero sí podemos afirmar que la escena que acabamos de describir con fidelidad, se repetía frecuentemente en la casa Madellis, durante los últimos, quince días. En la histórica reunión plenaria que se realizó al terminar la famosa "fiestecita", el "congreso" había establecido que Camilo era un simpático muchacho y que Carlota, era la única culpable de todo lo que sucedía. Todas las mañanas el "Congreso" solicitaba de Carlota detalles precisos sobre la actividad referente al nieto impuesto por la cláusula testamentaria de tío Casimiro. Pero, ¡ay de mí!:

¡todas las mañanas Carlota inclinaba la cabeza humillada y vergonzosa, lo que daba motivo a Robinia de que pudiese susurrar malignamente a Edo: Consumatum non est!

Guay si el "congreso", además de esto, hubiese sabido que, todas las noches, Carlota dormía sola en el lecho matrimonial y Camilo se encerraba en la reducida habitación contigua al dormitorio...

Carlota pasó una muy triste mañana. A mediodía no bajó para el almuerzo ni tampoco se hizo ver para la cena. Camilo pasó por el dormitorio matrimonial para encerrarse en el suyo y la encontró completamente vestida, recostada en la gran cama.

—-¿No se siente bien? —le preguntó con forzada indiferencia.

—No puedo más —contestó con resignada tristeza Carlota.

—La culpa no es mía; le había advertido que venía aquí contra mi voluntad. Esta gente me da grima y entonces deliberadamente exagero mis groserías.

—Lo que usted hace es mi único consuelo —explicó Carlota—. Cuando le oigo pedir por la mañana ajíes en vinagre con crema y zábaione; cuando en el almuerzo lo veo cortar el pescado en trocitos con el cochillo y luego comerlo con la cucharilla del dulce; cuando a la noche veo a tío Gastón y a mi primo bajar para la cena, de traje negro, mientras usted llega con atuendo claro deportivo y su gruesa chamarreta de ciclista como la noche famosa de la fiesta, yo gozo. Admiro su comportamiento. Durante el día no pronuncia usted más de ocho palabras triviales, pero son tales que alcanzan a envenenar la sangre de toda la familia. Por todo esto le estoy muy agradecida. Claro está que todo agravio que usted les hace, ellos lo cargan sobre mí y me hacen objeto de tan mudo desprecio, que me veo obligada a pasar aquí encerrada todo el día. En cambio usted lo pasa trabajando; por la noche se acuesta antes que yo y no lo veo más. No puedo, en consecuencia, ni cambiar cuatro palabras con, usted, no digo como amigos, ni siquiera como marido y mujer. Por todo esto estoy triste.

Camilo miró preocupado a Carlota, quien tenía los ojos húmedos por el llanto y tuvo la certeza de que la muchacha hablaba con sinceridad. Se sintió conmovido y trató de consolarla.

—Usted lleva una vida muy monótona. Debería, salir, ver gente, andar por las calles más concurridas, ir al cinematógrafo, al teatro, a algún club nocturno. Carlota meneó la cabeza sonriendo. —¿No le gusta? —preguntó Camilo —Me gustaría, pero yo no soy ya señorita. Soy casada y las señoras tienen muchas obligaciones, entre las cuales la primera es el de no salir solas de su casa. T las señoras no pueden ni siquiera rogar a los hombres de la familia que las acompañen al cinematógrafo o al club nocturno, cuando hay un marido que en lugar de salir con ella se va a la cama.

Camilo no contestó. Carlota se había abandonado sobre la cama con la cara entre los almohadones. Camilo miró la nuca delicada y los cabellos delgados y suaves, luego se puso a caminar de un lado al otro de la habitación. Por fin se detuvo y dijo:

—¿Le gusta la revista? —le preguntó tratando de expresarse en el modo menos afectuoso posible. —Muchísimo —contestó Carlota suspirando.

—Entonces, dése prisa, póngase el tapado de piel, que apenas alcanzaremos a tiempo.

—Representan "Klo-klo", en el Fenice.

Carlota de un brinco se sentó en la cama con la mirada radiante de alegría.

—¿De veras que me acompañaría? —preguntó.

—Se comprende —mascculló Camilo. Luego tuvo un sobresalto.

—¿Y para salir, cómo haremos? —dijo—. Todos nos verían salir.

—Tiene razón —convino Carlota arrojándose de nuevo desconsolada sobre el lecho—. ¡No les daremos esta satisfacción!

Entre tanto Camilo que se había asomado a la ventana que daba al jardín, volvió sobre sus pasos y exclamó alegremente:

—¡Estamos salvados! Debajo de la ventana hay un buen montón de tierra blanda y de hojas. Me dejo caer y después la ayudo a bajar, luego pasamos al jardín de la casa vecina, es decir, de mi casa. Tengo la llave del portón; salimos y así burlaremos a la familia Madellis!

—Respete más a mi familia —lo amonestó en tono de broma mientras vestía el saco de pieles.

Cerraron la puerta con pasador y el ojo de la cerradura fue tapado. Apagaron la luz. Camilo, se dejó caer con agilidad y tendió los brazos para recibir a Carlota. Un breve vuelo y los firmes brazos de Camilo la recibieron y la colocaron suavemente en el suelo. Sin dificultades pasaron al jardín vecino y salieron por el otro portón.

—¡Ya hemos burlado a la familia Madellis! —exclamó alegremente Carlota cuando estuvieron en la calle.

—Debería tener un poco más de respeto por su familia —la amonestó con fingida severidad Camilo.

Y los dos rieron como dos chicuelos despreocupados.

La revista "Klo-klo" les pareció amenísima y a su término cuando se preparaban para salir del teatro, Camilo adelantó una propuesta: en el subsuelo se baila hasta las cinco de la mañana y hay números de variedad.

—-¿Cómo lo sabe usted? ¿Concurrió alguna vez?

—No he concurrido nunca, me lo ha dicho un amigo...

—No me resuelvo a concurrir... ¡Vaya uno a saber el mal ambiente que habrá!...

—Estará conmigo, no debe sentir temor alguno.

—¡Bah! Ustedes los hombres dicen todos lo mismo.

—Disculpe, pero yo soy su marido...

—¡Uh! ¡Los maridos son peores que los hombres!... —¡Baila usted tan bien!...

Llegaron a tiempo y al poco rato bailaban alegremente. Regresaron a las cinco y entraron por el mismo camino que habían salido. Cerraron con precaución la ventana.

—¡Me he divertido mucho! —susurró Carlota.

—Yo también.

—Lo bueno es que nada han advertido —dijo riendo Camilo.

Charlaron en voz baja un rato, luego Camilo tomó su colchón y lo acomodó en el lugar acostumbrado.

—Buenas noches, Carlota.

—Buenas noches, Camilo.

A la mañana siguiente, como desayuno, Camilo pidió salame batido con crema de chocolate.

—Me permito hacer notar al señor que comúnmente se baten los huevos, no el salame —balbuceó José María mientras la asamblea se horrorizaba y Carlota se mordía los labios para no reír.

—No importa, bátanlo lo mismo.

Durante la tarde del mismo día Carlota oyó ligeros golpes en el vidrio de la ventana de su habitación. Era Camilo que desde el jardín vecino había lanzado piedrecillas y hacía señas para que bajara. Carlota dijo entonces que salía para visitar. a la costurera y en cambio entró en la casa vecina. Camilo la esperó en el taller que parecía más alegre que de costumbre: tenía aire de fiesta.

—¡Qué aroma! —gritó Carlota ni bien entró.

—He preparado castañas asadas —explicó Camilo.

¡Estupendo! En casa no las sirven porque sostienen que arruinan los estómagos.

—Comeremos castañas y beberemos vino espumante —explicó Camilo.

Se llenaron de castañas y bebieron el vino en un jarro porque Camilo no tenía mejor cristalería. Carlota regresó a su casa cuando la familia cenaba. Se fue directamente a su

habitación porque, dijo, no tenía apetito. Una hora después, mientras intentaba conciliar el sueño echada sobre el gran lecho en la penumbra, vio entrar a Camilo en puntas de pie. Antes de entrar en su acostumbrada y reducida habitación, Camilo le tocó la frente para asegurarse de que no tenía fiebre y le preguntó en voz baja si las castañas y el vino le habían causado daño.

—No... ¡me han producido gran bienestar! —susurró Carlota.

Después de ésa, hubo otras tres escapaditas: cinematógrafo, teatro lírico, opereta. Más adelante, pasada una semana, vino la famosa noche del "Gran Baile de los Canarios Cantores". Se habían comprometido para concurrir y lo cumplieron.

Bajaron por la ventana como las otras veces, y bailaron como endemoniados y bebieron vino espumante. Luego regresaron a eso de las tres tomados del brazo, pero muy tomados del brazo porque Camilo tenía abrazada a Carlota por su delicado talle y Carlota se hallaba a gusto y se limitaba a apoyar la cabeza sobre el hombro de su acompañante.

—Parecemos dos novios —observó Camilo.

—Y, sin embargo, no somos sino marido y mujer... —suspiró Carlota.

Llegados al portón de su casa, Carlota confesó:

—Estoy cansada, no me siento con fuerzas para entrar por la ventana esta noche. ¿No podríamos entrar suavemente por la puerta? No nos oirán.

—De acuerdo, pues yo también estoy cansado.

Entraron sin producir el menor rumor, después, de haberse quitado el calzado, y nadie los oyó. Pero al pasar frente al salón imperio, vieron las luces encendidas y a través de la puerta semiabierta, descubrieron el "congreso reunido".

—José María asegura haberlos visto saltar por la ventana —decía doña Leo—. Por otra parte no se puede ir a golpearles la puerta del dormitorio. ¿Y si estuviesen? ¡Qué papelón haríamos!

—Yo deseo que este asunto quede aclarado —intervino tía Elisa, y no pienso ir antes a la cama. Si entran por la ventana, los verá José María que está apostado en el jardín; si entran por aquí, los veremos nosotros.

—Son ya las tres, podríamos acostarnos —repuso doña. Flaminia—, mañana por la mañana yo me encargaré de hacer hablar a Carlota...

Camilo sintió que la mano de Carlota apretaba fuertemente la suya.

—Escapemos —susurró Camilo.

Volvieron con toda precaución sobre sus propios pasos y se encontraron en la calle.

—Ahora podemos calzarnos nuevamente —dijo Camilo.

—iQué se vayan todos al demonio! —exclamó Carlota:

Caminaron apresuradamente en esa noche de diciembre, llegaron frente a un portón y los dos se prendieron a la campanilla haciendo un ruido infernal. Un mucamo asustado los hizo subir y al final de la escalera, un hombre en traje de dormir, armado con una vela encendida y un revólver les detuvo el paso.

—¡Ah! ¡Son ustedes malditos fastidiosos! —gruñó.

—Sí, tío Casimiro.

—¿Tienen acaso la intención de quedarse aquí?

—Sí, tío Casimiro.

—¿Por mucho tiempo?

—Para siempre, tío Casimiro...

Aquí termina nuestra historia. Es una historia un poco deshilvanada que quizá les haya gustado y quizá no, pero que tiene un contenido muy humano y moral. Demuestra que el amor es una fuerza formidable y que cuando un hombre y una mujer se aman, terminan siempre por casarse aun en el caso de que ya sean marido y mujer...

FIN